HISTORIA MÍNIMA DEL

siglo XX

John Lukacs

Soloreiusdam que aut volorror rem vel entur?
Labo. Lut excessint. To maio. Laborem volendior audae vel is volupisciae consequaerum quidele ndictum ium



Historia mínima del siglo XX

JOHN LUKACS

TRADUCCIÓN DE JOSÉ ANTONIO MONTANO

EL COLEGIO DE MÉXICO

Título original:
A Short History of the Twentieth Century
© John Lukacs, 2013

Edición original en inglés:

The Belknap Press of Harvard University Press, 2013

De esta edición:

© Turner Publicaciones S. L., 2014
Rafael Calvo, 42
28010 Madrid
www.turnerlibros.com

DR © El Colegio de México, A. C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D. F.
www.colmex.mx

Primera edición: septiembre de 2014

ISBN : 978-84-16142-84-2

Diseño de la colección:
Sánchez / Lacasta

De la traducción: © José Antonio Montano, 2014

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:
turner@turnerlibros.com

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

ÍNDICE

I
‘Dios escribe derecho con renglones torcidos’

II
‘Ya solo hay guerras entre pueblos’

III
‘Autodeterminación nacional’

IV
‘¡Hermanos cosacos!’

V
Sin nostalgia por ‘el mundo de ayer’

VI
Al sur de la frontera y allende el Pacífico

VII
‘Clase media’ no es ‘burguesía’

VIII
‘Yo era nacionalista, pero no patriota’

IX
La ola del futuro

X
‘Espero que no sea demasiado tarde’

XI
Someter y conquistar Alemania y Japón

XII
La casi completa división de Europa

XIII
El audaz Harry Truman

XIV
Nacionalismo estadounidense, benevolencia estadounidense

XV
'Europa' y el final de la guerra fría

XVI
'El gran salto adelante'

XVII
Los límites del conocimiento humano

I

‘DIOS ESCRIBE DERECHO CON RENGLONES TORCIDOS’

‘Siglo’ – Un siglo estadounidense – La potencialidad de Alemania – El papel decisivo de Hitler – ¿1989 o 1945? – La presencia de la superpotencia estadounidense – Stalin y el repliegue del poder ruso – El fin del colonialismo – Recuperación y ascenso de China – El fin de la Edad Moderna o europea – De la democracia liberal a la universalidad de la soberanía popular

*N*o existe, hasta donde se me alcanza, ninguna historia seria del siglo xx ; pero solventarlo no es el propósito exacto de esta obra. He vivido buena parte del siglo xx. He participado en algunos de sus acontecimientos, y me he ocupado de ellos como historiador. Durante toda mi vida he sostenido, enseñado y escrito que aspirar a una historia “objetiva” y “científica” es un error, como también lo es aspirar a una historia “subjetiva”. Al igual que casi todos los tipos de conocimiento humano, el histórico es personal y participativo, desde el instante en que, aunque no sean idénticos, el que conoce y lo conocido nunca se dan por separado ni pueden separarse del todo. No poseemos enteramente la verdad, pero debemos buscarla. Buscar, pues, las muchas verdades –al parecer incontables e incompletas– de la historia del siglo xx es algo que merece la pena todavía, y quizá siempre.

Sirva a modo de premisa filosófica. El conocimiento o, mejor dicho, la comprensión de la historia tiene menos que ver con la definición que con la descripción. Consiste en palabras y frases que no pueden separarse de los “hechos”, que no se limitan a ser un envoltorio de los hechos. “En el principio era el Verbo”, y así será en el fin del mundo.

Algo sobre el término *century:* su significado actual de siglo no lo adquirió hasta mediados del siglo XVII, cuando apareció en inglés y en francés. Antes se refería a un regimiento de cien soldados; en latín, *centuria* (de donde viene *centurión*, su jefe). El significado nuevo fue un síntoma del surgimiento de la conciencia histórica. Como lo fue ponerles nombre a las tres edades: Antigua, Media y Moderna. Los hombres de la Edad Media no sabían que eran medievales. Sabían que las cosas estaban cambiando –unas para peor, otras para mejor–, pero nada más. *El otoño de la Edad Media*, el libro del gran historiador holandés Johan Huizinga, se publicó en 1920. Quinientos años antes, nadie, o casi nadie, habría entendido lo que significaba ese título. En el siglo XX nuestra conciencia histórica se ha desarrollado tanto, y en tantos aspectos, que va cundiendo la percepción de que nos hallamos ante el otoño de la Edad Moderna. Aún es más clara la percepción de que el siglo XX ha supuesto también el fin de la Edad Europea, que es otro importante tema, o subtema, del presente libro. A esto hay que añadir que el siglo XX ha sido (atendiendo a la historia y no a los números) un siglo corto, de setenta y cinco años, que va de 1914 a 1989, marcado por las dos guerras mundiales (seguramente las últimas), de las que fueron consecuencia la revolución y el estado comunista de Rusia, con la caída del mismo al final, en 1989. (El siglo XIX histórico duró más: noventa y nueve años, desde la derrota de Napoleón en 1815 hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914).

Otra cosa. El siglo XX fue un (¿el?) siglo estadounidense. Al lector actual no le sorprenderá esta afirmación; pero sí le habría sorprendido al de antes de la Primera Guerra Mundial, e incluso al de antes de la segunda. No nos sorprende oír o leer que el siglo que va de 1914 a 1989 (e incluso más allá) ha sido un siglo estadounidense, del mismo modo que el XIX fue en gran medida británico, y el XVIII francés. Esto se refiere no solo a la fuerza militar, al poderío naval y a las posesiones imperiales, sino también a otro tipo de influencias, aunque el poderío militar y naval sea lo que más cuente. Los acontecimientos decisivos del siglo XX, las dos cordilleras que

determinaron en gran parte su paisaje, fueron las dos guerras mundiales; la segunda consecuencia en buena medida de la primera, y la llamada guerra fría casi enteramente consecuencia de la segunda. Sin su alianza militar con Estados Unidos, Gran Bretaña y Rusia no hubieran podido, ni aun combatiendo juntas, ganar la Segunda Guerra Mundial; sin la entrada de Estados Unidos en la primera, los británicos y los franceses tampoco hubieran podido ganarla, al menos no en 1918. Pero estas alianzas hablaban de algo más que de poderío militar, marítimo y aéreo. Hablaban del fin de la Edad Europea. Algunos europeos lo habían reconocido ya antes de 1914, al percibir en el mapamundi que Europa era solo una península de Asia.

Los británicos –sus gobiernos sucesivos ante todo, pero también buena parte de la prensa– consideraron que debían tener buenas relaciones con Estados Unidos, y aceptar su supremacía en determinados lugares y circunstancias (algo que casi nunca habían hecho antes de 1914). Todavía en 1895 hubo una pequeña crisis entre Washington y Londres a propósito de Venezuela. Pero menos de tres años después, en 1898, el gobierno y la prensa británicos apoyaron, casi sin excepción, la decisión de Estados Unidos de ir a la guerra contra España (una guerra que provocó el primero). Desde entonces, y a lo largo de todo el siglo xx, nunca el gobierno británico se ha opuesto con firmeza a Estados Unidos. Durante los cincuenta años anteriores a 1914, creció la influencia estadounidense en la vida británica. Sir James Bryce, que fue embajador en Estados Unidos y conocía bien este país, llegó a escribir (en su libro *The American Commonwealth*): "Estados Unidos se ha anticipado en algunos aspectos a las naciones europeas. Está transitando antes por caminos que ellas seguramente seguirán". En buena medida, en cosas que iban más allá (o por debajo) de la política. Por ejemplo, en los innumerables inventos y prácticas estadounidenses; en los países angloparlantes sobre todo, pero también en otros muchos del planeta. Más importante aún: Hitler estuvo cerca de ganar la Segunda Guerra Mundial en 1940. De no haber sido por Winston Churchill y Franklin Roosevelt, lo habría podido conseguir.

Por contra, la presencia y la influencia británicas en Estados Unidos fueron decreciendo. La emigración a este país había tenido como fuente principal las islas británicas, pero el aflujo fue disminuyendo en el medio siglo anterior a 1914, un periodo en el que la inmigración desde otros países europeos no cesó de incrementarse. Theodore Roosevelt, uno de los grandes presidentes de Estados Unidos, era consciente de ello. El "nuevo nacionalismo" por el que abogó no era el nacionalismo que hoy conocemos; se trataba más bien de una exhortación a los que llegaban –procedentes en su mayor parte de los países del este y del sur de Europa– para que se americanizaran lo antes posible. Este llamamiento de Roosevelt tuvo un gran éxito durante casi todo el siglo xx. Hay distintas modalidades de nacionalismo, por supuesto, cada una con sus aspiraciones específicas. Estados Unidos encarna una de ellas. Adelantando uno de los principales argumentos de esta obra, podemos añadir que el nacionalismo (que tiene que ver con el anticuado patriotismo, pero que en realidad es otra cosa) ha sido el sentimiento político más popular y populista del siglo xx, casi en todas partes. Y lo sigue siendo.[1]

Hay un proverbio portugués, profundo y sabio: "Dios escribe derecho con renglones torcidos". A los no creyentes les puede parecer discutible (a mí no), pero su significado no es que el curso de la historia mundial sea inevitable. Como tampoco lo es la historia de Estados Unidos. La historia no consiste en una infinidad de posibilidades, pero la realidad que hay detrás, durante o antes de cada acontecimiento humano está teñida de una potencialidad diferente. Por ejemplo, Alemania tenía la potencialidad de convertirse en la nación más poderosa del siglo xx. Hitler dijo una vez, hacia el final de su vida, que él era "la última esperanza de Europa". (Valiente esperanza).[2] Pero, por más que lo dijera, no pensaba en sí mismo como europeo. (Ni entendió lo mucho que Gran Bretaña dependía de Estados Unidos). Se cuenta que Otto von Bismarck, cerca ya del final de su vida, afirmó que el factor más

importante del siglo xx sería el que los estadounidenses hablasen inglés.

Sea como fuere, la posibilidad de que Alemania se convirtiera en la potencia mundial dominante existió. Hubo ingleses y escoceses que, aunque no fueran muchos, abogaron por una alianza británica con Alemania (algunos por motivos raciales). Y en el pueblo estadounidense –así como en ciertos líderes– existía un acusado sentimiento antibritánico, aunque a la larga apenas tuviera efecto. Pero cuando se mira la historia de Europa, en especial la anterior a 1945, se aprecia que mucho de lo que pasó pudo haber sido diferente. El impacto y la influencia de Alemania –tanto en lo militar como en lo político, tanto en lo ideológico como en lo cultural e intelectual, tanto en lo industrial como en lo tecnológico– se mantuvieron pujantes en 1900, en 1914, e incluso después de la Primera Guerra Mundial, que Alemania estuvo cerca de ganar (y la segunda todavía más, al menos entre 1939 y 1942). La primera fue casi en exclusiva una "guerra europea" (como la llamó oficialmente el gobierno británico). La segunda se llevó a cabo también en otros continentes y en otros océanos; pero, contra lo que preferían muchos estadounidenses, sus dirigentes políticos y militares decidieron desde el principio, de manera acertada, que la derrota de Alemania por los aliados tenía prioridad sobre la guerra de Estados Unidos contra Japón, que vendría después. Con todo, ochenta millones de alemanes hicieron frente a casi quinientos millones de británicos, estadounidenses, franceses y rusos; sobre todo en Europa, donde llevó casi seis años vencerlos.

En extremo Oriente podrían aducir que la Segunda Guerra Mundial no empezó en septiembre de 1939 en Polonia, sino en septiembre de 1931 en China: en ese mes, los ejércitos japoneses avanzaron desde Manchuria y Corea hasta China propiamente dicha, invadiendo y ocupando sus principales ciudades costeras, penetrando en el interior del país durante los siguientes diez años… y provocando al final la guerra entre Japón y Estados Unidos. Aunque esta perspectiva no deja de quedarse corta. La ambición japonesa de

establecer su imperio a lo largo del extremo este del continente asiático existía desde antes de 1931. Fue algo inseparable del movimiento que también antes de ese año surgía por doquier: el del anticolonialismo, buena parte del cual se debía a los sentimientos cada vez más encontrados de los británicos y los franceses, así como de otros pueblos europeos, que se resistían a extender, e incluso a mantener, algunas de sus colonias de ultramar, la mayoría adquiridas durante el siglo XIX. Tuvo más importancia que los japoneses saludaran en 1939 el estallido de otra guerra en Europa.

En este punto debo insistir en una obviedad. Las dos guerras mundiales se desencadenaron en Europa. Los historiadores llevan cerca de cien años debatiendo los acontecimientos de 1914, los orígenes de la Primera Guerra Mundial, las decisiones en cascada que condujeron a su estallido, el papel que desempeñaron estadistas y gobiernos enteros… La Segunda Guerra Mundial, en cambio, se debió a un solo hombre: Adolf Hitler. De no haberla iniciado este en 1939, ¿se habría producido otra guerra en Europa unos años después? Quizá. De no haber conquistado buena parte de Europa, ¿se habría producido una guerra entre Estados Unidos y Japón unos años después? Quizá. Pero decir "quizá" no es lo mismo que desplegar la potencialidad oculta de un determinado hecho real.

Con lo anterior en mente, permítame el lector una pregunta: ¿fue el siglo XX más corto aún de lo que me parece a mí (y presumo que les parece a otros)? ¿Y si no hubiera terminado en 1989, sino en 1945? He escrito que el paisaje histórico del siglo XX estuvo dominado por las dos grandes cordilleras de las guerras mundiales. Pero la edad de las guerras mundiales concluyó en 1945. Es posible que no haya más guerras así. Después de todo, se ha producido un cambio en la estructura misma de la historia internacional. Las guerras posteriores a 1945 han sido más reducidas; aunque la talla es lo de menos. Lo de más es que se han producido con mayor frecuencia entre naciones o tribus que entre estados. La existencia de las naciones precedió a la formación de los estados; pero las primeras sobrevivirán a los segundos, ocasionando todo tipo de problemas.

A partir de 1945 ha habido otros cambios decisivos en la historia del mundo. Casi todas las guerras han sido guerras no declaradas. Algunas se han llevado a cabo principalmente desde el aire. Estados Unidos se había convertido en la única superpotencia mundial. A partir de 1945, la mayoría de la gente (también en Estados Unidos) llegó a pensar que el panorama político mundial estaba dominado por dos superpotencias –una comunista y otra no– que luchaban por controlar la mayor parte del globo. Pero no era así. (Después de su visita a la Unión Soviética en 1966, el general De Gaulle señaló que en el mundo no había más que una superpotencia: Estados Unidos). Pero no fue la presión estadounidense la que llevó a la disolución de la Unión Soviética, sino la fragmentación retardada del imperio ruso; algo que se relaciona con el hecho de que cada vez tenga menos sentido un comunismo internacional.

Mientras tanto, no dejaba de crecer la presencia de Estados Unidos; quizá incluso en mayor medida que su poder real. Las numerosas bases militares que este país tenía en el mundo empezaron a reducirse en 1945, con la desmovilización y el regreso a casa de sus soldados; pero la guerra fría (junto con otras causas) revirtió la tendencia. En 1956, Estados Unidos tenía ya más de ciento cincuenta bases, entre terrestres, navales y aéreas, repartidas por el planeta. En ese año, el partido republicano las jaleó en su programa, llamando a una presencia militar estadounidense "en todo el mundo". Cuando la guerra fría con la Unión Soviética tocó a su fin, existían más de novecientas bases (que se mantienen). No parece probable que un presidente de Estados Unidos, ni siquiera un secretario de Defensa, sea capaz de enumerarlas todas. Aunque resulte extraño, solo una pequeña parte de la población estadounidense ha sido alguna vez consciente de ellas; al contrario de lo que pasaba un siglo antes con los ciudadanos de Gran Bretaña, Holanda, Portugal, Francia o Italia, una parte importante de los cuales, por no decir la mayoría, había estado orgullosa, o al menos a favor, de las posesiones coloniales de sus países.

Con los estadounidenses fue distinto. La presencia de sus bases en el exterior tenía poco, por no decir nada, que ver con la riqueza natural de las posesiones coloniales de que habían gozado los europeos. Al mismo tiempo, la mayoría de los estadounidenses apoyó las guerras en el extranjero que llevaron a cabo sus soldados durante la guerra fría y después. Fue algo razonable en el caso de la guerra de Corea, de 1950 a 1953; pero menos en el de las intervenciones militares estadounidenses en Oriente próximo, Vietnam o Irak, durante las cuales disminuyó el apoyo de los estadounidenses a las campañas costosas. Un síntoma significativo de la naturaleza excepcional del carácter estadounidense fue su actitud generosa hacia sus antiguos enemigos: los japoneses, los alemanes, los vietnamitas, etcétera. También hay que resaltar la ausencia general de autosatisfacción por la caída de la Unión Soviética, que comenzó en la década de 1980; y esto a pesar de todas las declaraciones previas de Ronald Reagan, nacionalistas y pomposas.

El que la Segunda Guerra Mundial no desembocara en otra guerra entre las grandes potencias se debió también a que los estadounidenses, los británicos y los europeos continentales aceptaron –no sin inquietud– la división de Europa en 1945. (Algo que se debió también a Stalin y sus sucesores, y que entraba dentro de sus cálculos).

Esta fue asimismo la razón fundamental por la que Stalin evitó una guerra con Estados Unidos. Su empeño estaba en dominar la mayor parte de Europa oriental, solo eso. A propósito de la voracidad de Rusia, Churchill le dijo a De Gaulle en noviembre de 1944: "Pero después de comer, tendrá que hacer la digestión" (con las molestias consiguientes). Algo que Stalin reconoció hacia el final de su vida. En octubre de 1952, propuso un acuerdo mediante el cual se retirarían las fuerzas soviéticas y las estadounidenses tras una reunificación de Alemania, que permanecería "neutral" (uno de los grandes temores de Stalin era una alianza entre Estados Unidos y Alemania). Murió unos meses después. Al poco, la propia Rusia empezó a deshacerse

de sus conquistas de 1945. En 1955, renunció a las bases que tenía en Austria y Finlandia (así como a las de China), y llegó a un acuerdo con Yugoslavia. Se quedó sorprendida, y consternada, con la revolución de Hungría de 1956 y con el ascenso del nacionalismo en Polonia. Este repliegue del poder ruso en Europa oriental continuó, gradualmente aunque con interrupciones, hasta la desaparición de la Unión Soviética en 1989.

Los sucesivos gobiernos estadounidenses, al igual que la mayoría de la población, se mostraron más bien reacios a reconocerlo. En 1959, el líder de la Unión Soviética, Nikita Jruschov, visitó Estados Unidos para hablar con el presidente Dwight Eisenhower, con la intención sobre todo de pedir (entre otras cosas, propuso que Estados Unidos y Rusia colaboraran contra la China comunista). El anfitrión estadounidense –que catorce años antes había sido uno de los que con mayor entusiasmo habían propuesto la amistad con la Unión Soviética– recibió a su huésped ruso con la cara larga y sin demasiado interés. Para 1952, anticomunismo y nacionalismo estadounidense eran ya sinónimos. Consecuencia de lo cual fue el ascenso en Estados Unidos del movimiento "conservador", un calificativo político que hasta entonces había sido impopular entre los estadounidenses, pero que en treinta años muchos iban a preferir al de "liberal".

Muy diferente fue la historia del llamado "Tercer Mundo" (un término muy impreciso) a partir de 1945. La oposición al colonialismo formó parte del credo de Estados Unidos desde sus orígenes. La pérdida de las colonias por parte de Gran Bretaña, Francia, Holanda, Bélgica, Portugal e Italia constituyó un factor poderoso, aunque en general indirecto, en el rápido declive de la Edad Europea. También las perdió Japón, por supuesto. Hasta 1945, casi toda África era, de un modo u otro, colonia europea. Veinte años después, prácticamente no quedaba ninguna en ese continente inmenso; ni tampoco en Asia. En Oriente próximo, el imperio otomano había perdido en 1920 casi todas sus posesiones contiguas de población no turca. Y a partir

de 1990 pudieron apreciarse cesiones parecidas con antiguos territorios de la Unión Soviética.

Pero es un error declarar o considerar que el anticolonialismo, o la ausencia de colonialismo, tuviese que ver con la extensión de la democracia por el mundo. Durante la guerra fría, y al margen de su implicación o no en ella, algunos lugares, como ciertos estados y naciones de América Latina, llegaron a instaurar regímenes comunistas o procomunistas. En Europa esto no ocurrió fuera de la zona de influencia rusa (con la excepción de Yugoslavia). Pero Cuba y otras pequeñas excolonias españolas que le siguieron fueron los principales ejemplos de tales regímenes comunistas. En ocasiones seguían de un modo absurdo el patrón bajo el que se habían desarrollado las revueltas contra el colonialismo, ocurridas casi todas a partir de 1815, tras las guerras revolucionarias francesas y las napoleónicas. El propósito declarado era afirmar la independencia nacional, aunque sus motivaciones fuesen casi siempre más oscuras.

En Cuba, lo que movía ante todo a Fidel Castro y a sus partidarios (así como a otros dictadores de América Latina) no era el comunismo, sino el antiamericanismo. Habla bien de Estados Unidos el que, con excepción de algunos episodios clandestinos, breves y en pequeña escala, se abstuviera de reprimir militarmente a estos gobiernos perturbadores e irresponsables. Castro y los demás no tardaron en comprender que la ayuda que podían esperar de la Unión Soviética era insignificante. En 1962, cuando Jruschov aceptó las desesperadas peticiones de Castro de que instalase en Cuba misiles de alcance medio (controlados por Rusia) para prevenir una posible invasión de Estados Unidos, la reacción firme de este país, con bloqueo naval incluido, puso fin al insensato episodio. La presencia rusa en América se desvaneció casi inmediatamente. Una de sus consecuencias fue la destitución de Jruschov por el Politburó menos de dos años después; otra, una mejora general, aunque irregular, de las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética a lo largo de los veinticinco años siguientes.

Las relaciones de Rusia con China fueron, como siempre, otro cantar. En 1945, China no era una de las grandes potencias mundiales, aunque el presidente Roosevelt declarase que sí. Como había sucedido tantas veces, China, pese a su enorme tamaño y su ingente población, constituía una especie de vacío geopolítico. Los japoneses la habían abandonado para siempre y los británicos también estaban haciendo las maletas, no solo en China. El gobierno chino, presidido por Chiang Kai-shek (cuya derrota final no debería oscurecer su talento ni sus méritos políticos), dependía en gran parte de Estados Unidos. Pero a partir de 1945, el interés de Washington y el ejército estadounidense estaba en qué hacer, y dónde situarse, en el Pacífico occidental, incluido el mar de China. No se involucraron, salvo de un modo muy tangencial, en la guerra civil china entre los nacionalistas de Chiang y los de Mao Zedong (también nacionalistas a su modo), que terminarían ganando en 1949.

Resulta significativo que los rusos optaran por no implicarse tampoco. Los comunistas chinos recibieron poca o ninguna ayuda de Stalin, y menos aún de sus sucesores. El propio Stalin nunca pensó, hasta que ya era tarde, que los comunistas chinos fuesen a ganar su guerra civil: mantuvo relaciones formales con Chiang Kai-shek hasta casi 1949. En torno a 1970 hubo combates esporádicos entre tropas rusas y chinas a lo largo de sus ríos fronterizos. Por entonces, el gobierno de Estados Unidos, encabezado por Richard Nixon y su secretario de Estado, Henry Kissinger, decidió mejorar radicalmente las relaciones con China. Pocos años después desapareció Mao, y sus sucesores terminaron con las prácticas comunistas que seguían vigentes en la vida cotidiana y en la economía de su enorme país, al tiempo que mantenían el monopolio del partido comunista en la política interior. ¿Importó esto mucho a la larga? Durante más de doscientos años, y bajo las diversas circunstancias políticas, Estados Unidos se ha hecho ilusiones sobre China; entre otras, ilusiones económicas y materiales. La historia no se repite, aun cuando las ilusiones históricas e ideológicas persistan más de la cuenta.

Pero por debajo y por encima de estos grandes acontecimientos que han afectado a la vida diaria y al destino de miles de millones de personas en todo el planeta, ha habido un avance (en parte al menos) de la democracia. Lo que sigue es un resumen esencial, aunque insuficiente.

La Edad Europea ha terminado y, con ella, uno de sus logros preciosos y frágiles: la democracia liberal. Esta ha sido (y en muchos lugares sigue siendo) la que, aliada a menudo con la monarquía parlamentaria, ha instaurado las libertades y ha garantizado la propiedad para cada vez más ciudadanos desde hace dos e incluso tres siglos. La mencionada monarquía parlamentaria ha menguado en el siglo XX ; con frecuencia porque Estados Unidos, aun después de que se haya desvanecido su oposición tradicional a la monarquía, no ha apoyado este tipo de gobiernos.[3]

Para todo el mundo, Estados Unidos era la encarnación de la idea de progreso, y de la mismísima Edad Moderna. Pero ya en el siglo XX había señales de que esta se hallaba en retirada, de que ese siglo era de transición, desde la Edad Moderna (o Europea, por decirlo de manera más precisa) hacia otra cosa. En este punto conviene tener en cuenta la gran visión, plena de sentido común, de Alexis de Tocqueville. Hace casi dos siglos, también él conocía la división, aún vigente, de la historia de nuestros antepasados en las categorías habituales: antigua (sobre todo griega y romana), media y moderna (europea ante todo, y después estadounidense). Pero su visión tuvo un alcance más amplio y más profundo: la era de la democracia, incipiente entonces, suponía sustituir el dominio de las minorías por el de las mayorías; es decir, evolucionar desde las edades aristocráticas hacia una edad democrática. Y vio también que esto, en vez de simplificar, complicaba la estructura de las sociedades: la de sus políticas, la de sus acontecimientos y hasta la de su reconstrucción histórica. Resulta posible averiguar lo que un gobernante o unos gobernantes determinados quieren; pero lo que quiere "la gente" ya está un paso separado de la realidad: sus decisiones políticas y sociales se deben casi siempre a lo que otros

dicen o hacen en su nombre. Una discusión acerca de este asunto queda fuera, por supuesto, de la presente historia mínima del siglo pasado, con su maremágnum de problemas y logros.

"Conservador" y "liberal" son denominaciones ideológicas del siglo XIX, y su uso en la actualidad es cada vez más impreciso, cuando no carente de sentido. En cualquier caso, los avances y los traumas del siglo XX comprenden el desarrollo de la tecnología; o, mejor, de la mecanización progresiva de las actividades y las impresiones cotidianas. Esto tiene sus peligros particulares, tanto en el plano real como en el potencial. Un ejemplo: a partir de 1945 se hizo posible para una gran parte de la humanidad el destruirse a sí misma y a su mundo. Sin embargo, no ocurrió. De hecho, el lanzamiento militar estadounidense de bombas atómicas sobre dos ciudades japonesas, en agosto de 1945, contribuyó –pese a sus horrores– al fin de la Segunda Guerra Mundial. Aunque en la Primera Guerra Mundial hubo matanzas y deportaciones de cientos de miles de personas (como las de los armenios en Turquía), en la segunda el asesinato sistemático de muchos más millones, entre ellos casi cinco millones de hombres, mujeres y niños judíos, fue ordenado y llevado a cabo por los alemanes, probablemente el pueblo con un mayor nivel de formación de Europa. Cuando el nacionalismo sustituyó a las versiones antiguas del patriotismo (todo patriota tiene algo de nacionalista, pero pocos nacionalistas son verdaderos patriotas), se buscó enemigos entre los conciudadanos. Así, desde la década de 1940, numerosos estados y naciones han asistido a la emigración de millones de personas. No podemos saber si la progresiva mezcla de pueblos diferentes va a desembocar en una nueva forma de internacionalismo. La soberanía popular –deudora a menudo, por desgracia, del sentimiento nacionalista– es hoy el fundamento de la mayoría de los gobiernos.

Pero el presente libro trata de la historia del siglo XX, no de la del XXI.

II

‘YA SOLO HAY GUERRAS ENTRE PUEBLOS’

Una guerra europea – 1914: ¿una guerra corta? – Pero naciones enteras se lanzaban unas contra otras – Todavía una guerra entre estados – Mediocridad de la mayoría de los generales – Rusia se retira de la guerra – Comunismo: un episodio de setenta años en los más de mil de historia rusa – La complicada historia de la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial

*L*a primera guerra mundial no fue la que empezó en 1914. Si entendemos por “guerra mundial” una guerra entre grandes potencias llevada a cabo en más de un continente y en los mares, ya las hubo entre Inglaterra, España y Francia a lo largo de los cuatro grandes siglos (del XVI al XIX) en que Europa se desarrolló y se extendió por buena parte del planeta. Pero el gobierno británico acertó cuando llamó “guerra europea” a la de 1914. A diferencia de las anteriores guerras de ultramar, y a diferencia también de la Segunda Guerra Mundial, la de 1914 fue una grandísima guerra, que con escasas excepciones tuvo lugar en el continente europeo. Sus consecuencias fueron enormes. Entre ellas, la caída de cuatro grandes imperios europeos, una modificación sin precedentes del mapa de Europa y la creación de muchos estados nuevos, algunos de los cuales se mantienen hasta hoy. Pero, junto con estos cambios, y de un modo más decisivo, estuvo la profunda conmoción que causó en la civilización europea; un trauma probablemente mayor, y más duradero, que el de la Segunda Guerra Mundial.

A primera hora de una tarde radiante, la del domingo 28 de junio de 1914, el archiduque austriaco Francisco Fernando, heredero al trono del emperador Francisco José, fue abatido a tiros, junto con su esposa, en un automóvil descapotable en Sarajevo, oscura capital de provincia entonces del imperio austrohúngaro, por un terrorista

serbio. En Europa venían produciéndose atentados terroristas semejantes desde hacía años, décadas incluso. Pero en aquella ocasión el gobierno y el ejército austriacos consideraron que esta acción horrible le ofrecía a Austria la posibilidad de castigar a Serbia, un estado balcánico que ya había causado problemas antes de 1914. Un castigo militar quizá le hiciese corregirse, con lo que el equilibrio de poderes en el sudeste de Europa cambiaría en favor de Austria. Fue un error de cálculo fatal. Un mes después del asesinato, Austria declaró la guerra a Serbia, rechazando los acuerdos que este país le ofrecía. Y ahí se generó algo nuevo y ominoso: una nube que cubrió la mayor parte de la Europa continental y Gran Bretaña. Churchill, primer lord del almirantazgo entonces, lo describiría dieciséis años después con su prosa incomparable. En julio de 1914, los miembros del gabinete británico, en consejo con el rey, andaban absortos en el problema de Irlanda. El 24 de julio, "para poder salir de aquel punto muerto, el gabinete dirigió su atención a los senderos embarrados de Fermanagh y Tyrone". Entonces, un funcionario le entregó al ministro británico de Asuntos Exteriores, sir Edward Grey, el texto del ultimátum de Austria a Serbia. "Las aldeas de Fermanagh y Tyrone se perdieron entre las nieblas y las borrascas de Irlanda, e inmediatamente una luz extraña cayó y empezó a extenderse poco a poco sobre el mapa de Europa".

Pero tres o cuatro días después, casi todos los políticos británicos, tanto en el consejo de ministros como en el parlamento, aún se resistían a creer que, incluso estallando una guerra europea, Gran Bretaña tuviera que verse arrastrada. Los acontecimientos se precipitaron de pronto. Los rusos consideraron que les venía mejor apoyar a Serbia, y empezaron a movilizar sus vastos ejércitos. Los alemanes pensaron que no les quedaba otra opción que hacer lo mismo. Sabían que Francia y Rusia eran aliadas desde 1894, y todo su plan de guerra se basaba en ello. Como el poderío de Rusia era muy superior al de Francia, esta debía ser atacada y derrotada antes que aquella. Para lograrlo rápidamente, los ejércitos alemanes decidieron cruzar Bélgica, cuya neutralidad habían aceptado, junto

con los británicos, casi un siglo antes. Esta vez no lo hicieron. El 4 de agosto, las grandes potencias europeas estaban en guerra.

Prácticamente todos en 1914, incluso los dirigentes civiles y militares de las grandes potencias, creyeron que no iba a tratarse de una guerra larga, lo que determinó su manera de actuar. Se equivocaron. Como se equivocaron en sus planes militares, incluso en las estimaciones acerca del enemigo. Antes de que concluyese 1914, los austriacos ya sabían que Serbia era un hueso muy duro de roer. En septiembre, los alemanes comprendieron en el Marne que no podrían aplastar a los ejércitos franceses, como habían hecho en 1870. Los rusos descubrieron que no eran capaces de presionar a Alemania por el este, ni aun teniendo esta la mitad de sus ejércitos desplegados en el oeste. Llegó la navidad de 1914 y a la Primera Guerra Mundial (así habían empezado a llamarla los alemanes y los estadounidenses) no se le atisbaba el fin. Era distinta a las guerras del pasado reciente. Se trataba todavía de una guerra entre estados, pero en realidad era una guerra en que las naciones se lanzaban unas contra otras. Muy pocos lo habían previsto. Uno de ellos fue Helmuth von Moltke el Viejo, vencedor de la guerra franco-prusiana de 1870-1871, que había dicho veinte años antes en el Reichstag: "La época de las guerras de gabinete quedó atrás; ya solo hay guerras entre pueblos". Los estados armados de Europa podían empezar guerras "cuya duración y conclusión son imprevisibles".

La guerra fue vitoreada en 1914 por millones de personas. Turquía y Bulgaria entraron en ella, de parte de las llamadas potencias centrales: Alemania y el imperio austrohúngaro. En 1915, las potencias occidentales lograron sobornar a Italia para que participara de su lado; también con la aclamación entusiasta de la opinión pública italiana, aunque con escasa incidencia en los campos de batalla. En ese año se llegó, de algún modo, a un punto muerto; pero solo de algún modo. Por toda Europa había ahora poblaciones desmoronadas, campos surcados por trincheras enormes, repletas de cuerpos heridos y cadáveres de cientos de miles de soldados. En 1916, más de medio millón de soldados franceses, británicos y

alemanes murió en Verdún y en el Somme. Rumanía y Portugal se unieron a los aliados, pero sin apenas efecto. Los austrohúngaros solo eran capaces de ganar batallas si recibían una inyección de divisiones alemanas.

Entonces, en 1917, se produjo un cambio notable: Estados Unidos entró en la guerra europea, y salió Rusia. Los bolcheviques que aspiraban a gobernar este país tuvieron que firmar un humillante tratado de paz con Alemania y sus aliados a principios de 1918. Los alemanes emprendieron entonces una ofensiva enérgica, en un último intento de aplastar a los ejércitos franceses y británicos y tomar París. Pero estos últimos resistieron, y a comienzos del verano de 1918 fueron llegando a las líneas del frente cada vez más tropas de Estados Unidos.

En octubre, un nuevo gobierno alemán intentó alcanzar, haciendo suyas algunas de las ideas del presidente estadounidense, Woodrow Wilson, una paz que no fuese catastrófica. Pero no lo consiguió. Los aliados de Alemania, incluido el imperio austrohúngaro, se desintegraron. El ejército alemán se rindió el 11 de noviembre de 1918. Lo que siguió no fue la paz, sino algo muy parecido al caos, que se prolongó durante casi cinco años.

Una conclusión sintética: en 1918, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos fueron capaces de derrotar a Alemania sin Rusia; en la Segunda Guerra Mundial de veinticinco años después no hubieran podido. Un hombre, Winston Churchill, lo previó en parte en 1930. Esperaba que los alemanes no lo intentaran de nuevo. Pero lo intentaron.

Este ha sido un breve resumen de la historia de la Primera Guerra Mundial. Le ruego al lector que no lo considere superficial. Le he dado muchas vueltas a la elección de casi cada palabra. La razón es mi convicción de que la historia consiste en palabras, incluso más que en “hechos”, porque los “hechos” resultan inseparables de sus formulaciones y estas son más que el envoltorio de los hechos; de

que, para un historiador (como para todo hablante), el uso y la elección de cada palabra no es solo una decisión estilística, sino también moral. Pero el resumen anterior deja, por supuesto, muchas cosas fuera. Y en muchas de ellas está, explícita o implícitamente, el sentido de determinados acontecimientos. Hay una enorme variedad de ellos, y a muchos niveles. Este libro no es una enciclopedia. Con las limitaciones que me he impuesto, solo me cabe intentarlo.

Hay que resaltar el hecho asombroso de que tantos estadistas inteligentes, tantos militares y políticos expertos, pensaran y dijeran en agosto de 1914 que el inminente conflicto iba a ser una gran "tormenta" (esta palabra aparece a menudo en sus declaraciones). Aunque se la había esperado largo tiempo, la guerra sería seguramente breve. Estaban equivocados. Pero, ¿cómo y por qué? Había al menos dos razones, a mi juicio. La primera, el conocimiento histórico, los recuerdos y las consideraciones que tenían de las guerras europeas del siglo anterior, casi todas las cuales habían durado menos de un año, incluida la guerra franco-prusiana. En 1912 y 1913 se produjeron unas guerras feas en los Balcanes, pero fueron pequeñas y tuvieron escasa importancia. Las grandes potencias no se llegaron a implicar. Todo esto tuvo poco que ver con el desarrollo de los sistemas de comunicación y de transporte, como el ferrocarril, y más con otro elemento: estas guerras habían sido conflictos entre estados, pero también entre pueblos. En 1914, las estructuras primordiales y tradicionales de los estados iban rellenas con las masas de sus naciones.

Veinte años después, Hitler dijo que el estado no era más que una estructura impuesta, o *Zwangsform;* que las naciones existían desde antes que los estados modernos y prevalecerían sobre ellos finalmente. Un indicio importante fue la Primera Guerra Mundial, sobre todo los acontecimientos de 1914. Los historiadores se han ocupado preferentemente, con investigaciones detalladas y valiosas, de las relaciones de los estados y sus gobiernos, algo que resulta comprensible. Entre las montañas de libros dedicados a 1914, muy pocos se han ocupado, por ejemplo, de la influencia de la prensa,

del apoyo entusiasta que esta prestó a la guerra en casi todas las naciones; y en un tiempo que, gracias al incremento de la alfabetización en las décadas previas a 1914, se conoce como "la edad de oro de la prensa". Ese apoyo fue consecuencia de la democratización, así como del completo fracaso de la creencia marxista en el socialismo internacional. El carácter, las creencias (y los deseos) de un trabajador alemán tenían poco que ver con los de uno inglés o francés. Dentro de cada nación, además, había menos diferencia que nunca entre las opiniones nacionales de las distintas clases sociales. La oposición a la guerra por parte de pacifistas y socialistas internacionales se derritió como la mantequilla en el caldero del sentimiento nacional (pensemos en el asesinato en París, antes de las declaraciones de guerra, de Jean Jaurès, un socialista francés íntegro). Por último, en la composición misma de los ejércitos se reflejaba el incremento de la uniformidad nacional. En 1914, el ejército alemán estaba formado todavía, como en la guerra franco-prusiana de 1870-1871, por mandos y unidades de Prusia, Sajonia, Baviera, Wurtemberg, etcétera. Con la primera batalla del Marne, en septiembre de 1914, dejaron de tener sentido muchas de estas unidades distintivas. A partir de entonces hubo un único ejército para toda Alemania, integrado por soldados alemanes. Incluso en el ejército multinacional austrohúngaro, pese a las enormes diferencias nacionales de sus componentes, se mantuvo la unidad hasta casi 1918. Tampoco hubo, a lo largo de la guerra, diferencias significativas entre los sentimientos nacionales de los militares y los civiles; ni entre las enormes "reservas", compuestas de civiles y oficiales retirados.

Visto ahora todo esto se presenta, de manera patente, como algo consustancial al avance de la era democrática. Aunque apenas tuvo efecto en los orígenes de la Primera Guerra Mundial, que fue todavía una guerra entre estados; ni lo tuvo en la creencia de los líderes civiles y militares de 1914 de que una guerra europea sería ciertamente dramática, pero corta. Sus meticulosos cálculos, incluso los concernientes a sus planes militares, resultaron ser erróneos. El plan Schlieffen de los alemanes, sesudo y convincente, se basaba en

el principio de que Rusia era mucho más poderosa que Francia, por lo que, en caso de una guerra de dos frentes, los ejércitos franceses debían ser derrotados primero, y cuanto antes, para que Francia tuviese que rendirse. Pero ya desde 1914 ocurrió lo contrario. Puede que los franceses apenas "ganaran" la batalla del Marne, pero los alemanes la perdieron seguro. Y tuvo, como consecuencia infinitamente más importante, una nueva manera de luchar, terrible y a menudo absurda: la guerra de trincheras, que fue colosal y terminó implicando a un millón de franceses, aún a más alemanes y a cerca de un millón de británicos; soldados que casi nunca lograron avanzar desde sus trincheras y sus líneas de frente.

Esta horrible forma de guerra tenía relación con las enormes carencias tanto de los estadistas como de la mayoría de sus generales. Estos eran, en el mejor de los casos, mediocres, y se mantuvieron demasiado tiempo dependientes de sus prácticas, sus doctrinas y sus cálculos de antes de la guerra. En numerosas ocasiones, no solo mostraron escasez de ideas, sino también incompetencia. Lo más que se puede decir de Joseph Joffre, el vencedor del Marne, es que era decidido. Su rival, Moltke –descendiente del brillante militar prusiano que se impuso en 1870–, se comportó con indecisión e ineficacia en 1914, hasta que al final se le quebró el ánimo. Ferdinand Foch, jefe del vasto ejército aliado, hizo en 1918 un trabajo correcto y poco más. Los generales británicos fueron lentos en 1914, y excesivamente cautelosos en 1918. (Un excelente general británico fue Edmund Allenby, el único en la historia de su ejército que ascendió de soldado raso a mariscal de campo). Paul von Hindenburg, Erich von Falkenhayn y Erich Ludendorff, los líderes alemanes, eran firmes y decididos, pero también poco imaginativos en sus maneras prusianas; al contrario que los generales alemanes de la Segunda Guerra Mundial. No hubo nada memorable en las actuaciones de la mayoría de los mandos austriacos, húngaros ni italianos. Un excelente general en 1916 fue el ruso Alexei Brusílov, al que los mismos bolcheviques respetaron y ascendieron tras la guerra; pero ya era demasiado tarde para Rusia. De haberse mantenido un poco más en combate, habría sido una de

las vencedoras de la Primera Guerra Mundial, dominando la mayor parte del este de Europa, tal como haría al término de la segunda.

Y esto nos lleva a 1917, que no supuso un punto de inflexión en la historia militar de la Primera Guerra Mundial, pero sí en la historia del siglo xx. Estados Unidos entró en Europa, mientras que Rusia salió de ella. El punto de inflexión militar de la guerra se produjo un año después, con la contención por parte de los franceses y los británicos de la última ofensiva alemana contra Francia, seguida de la presencia estadounidense cada vez más numerosa y de la presión sobre los alemanes en el frente occidental. Estos acontecimientos, a diferencia de la retirada rusa de Europa, sí fueron decisivos. (En 1941, e incluso después, ocurrió en cierto modo lo contrario: ¿podrían haber conquistado Alemania los estadounidenses y los británicos sin Rusia? Probablemente no). Pero el hecho es que, a partir de 1917, tanto Estados Unidos como Rusia se convirtieron en factores determinantes para el destino de Europa; por primera vez en el caso de Estados Unidos. Ambos se retirarían del escenario europeo pronto, por razones muy diferentes, pero esto tendría poca importancia por un tiempo. Con todo, sí tuvo mucha importancia en 1917 y en parte de 1918 el que Rusia abandonara la guerra contra Alemania. Esta pudo desplazar entonces una gran masa de efectivos desde el frente oriental hasta el occidental, aunque su incidencia al final fue muy inferior a la que los alemanes habían esperado y los aliados occidentales temido.

En 1917, hubo dos revoluciones en Rusia (más exactamente en su capital de entonces, San Petersburgo). La primera, a finales de febrero y en marzo, estuvo dirigida por los liberales, y una de sus consecuencias fue la abdicación del zar. La segunda, la más famosa, fue en octubre y noviembre: los comunistas (o bolcheviques) tomaron el poder en San Petersburgo, tras un periodo de caos que acabó con los liberales y los burgueses (una pequeña minoría). En más de un sentido, los acontecimientos de octubre tuvieron poco de revolución real: Lenin y sus seguidores se limitaron a tomar unos cuantos edificios gubernamentales abandonados. A continuación

tuvo lugar una especie de guerra civil entre las distintas facciones rusas, que duró al menos tres años. Y el imperio ruso, con el nuevo nombre de Unión Soviética, fue gobernado por los dirigentes del partido comunista.

A partir de 1917, muchos consideraron, en Europa sobre todo, que el comunismo constituía el mayor peligro para ellos y para su civilización. Tras la Segunda Guerra Mundial, muchos más todavía, en particular los estadounidenses, creyeron que el siglo xx estaba marcado y hasta determinado por una descomunal lucha histórica entre dos ideologías: el comunismo y la democracia (o la libertad, o el capitalismo). Y el comunismo no solo era Rusia, sino que contaba con peligrosos partidarios por casi todo el mundo. Al acabar la Primera Guerra Mundial, parecía que el comunismo iba a arrasar como mínimo en el centro de Europa; poco después de la segunda, parecía que China y Rusia, dos imperios comunistas gigantescos, podrían dominar juntos Eurasia. Nada de esto ocurrió. Hay que señalar que, en la propia Unión Soviética, el "régimen" comunista (las comillas son deliberadas) fue apenas un episodio de setenta años en los más de mil años de historia del estado y el pueblo rusos. A partir de 1989, Rusia no se transformó en una democracia liberal, sino que permaneció –y permanecerá a grandes rasgos por mucho tiempo– como la Rusia que siempre había sido.

En 1917, el éxito –relativo– de los bolcheviques en San Petersburgo, y de inmediato en casi todo el imperio ruso, fue una consecuencia de la impopularidad de la guerra y de la alianza de Rusia con las potencias occidentales, en buena parte por su ideología. El nuevo gobierno ruso liberal y democrático era impopular por muchas razones, entre ellas su persistente alianza con Gran Bretaña y Francia, que a su vez llamaba a una participación más decidida de Rusia en la guerra. (Algunos políticos liberales, como Pável Miliukov, habían insinuado que el gobierno del zar no fue lo suficientemente antialemán). También contó, al menos por un tiempo, el que los bolcheviques estuvieran influenciados por pensadores alemanes (Marx, naturalmente). Pero por encima de todo, para prevalecer en

Rusia y sobrevivir (con una guerra civil además) debían llegar a un acuerdo con Alemania. Así, a principios de 1918, en Brest-Litovsk, firmaron un tratado de "paz" con ese país y las otras potencias centrales, por el que se hacían importantes cesiones de territorio a Alemania. Este acuerdo duró poco, pero los bolcheviques creían que, en el caos posterior a la Primera Guerra Mundial, algunos pueblos de Europa, principalmente los del centro y el este, se harían comunistas por iniciativa propia.

Pero esto, salvo por un par de intentos breves y ridículos, no ocurrió. En el caso de la Revolución Francesa, sus ideas y su ejemplo se habían propagado solos a partir de 1789, por toda Francia y por el oeste y el sur de Europa. Pero entre 1918 y la mitad de la Segunda Guerra Mundial, más de veinte años, la Unión Soviética (junto con el estado de Mongolia Exterior) se mantuvo como el único régimen comunista del mundo. En 1921 cayó un "telón de acero", aislando a las Rusias de toda Europa. Un cuarto de siglo más tarde, Stalin obtendría el beneficio de los importantes triunfos de Rusia contra Alemania en la Segunda Guerra Mundial, imponiendo en muchos estados de Europa oriental el régimen comunista. Pero tampoco duró demasiado. Extrañamente, o quizá no tanto, el anticomunismo fue (y sigue siendo en muchas partes) la ideología más popular del mundo occidental. Un gran beneficiario de esto iba a ser Adolf Hitler.

Mientras tanto, la influencia de Estados Unidos en el mundo entero –incluso cuando estuvo retirado de Europa– fue y seguiría siendo mayor, mucho más extensa y a veces hasta más profunda que la de Rusia, comunista o no. Bajo el gobierno de Stalin, este país pasó del internacionalismo a un nacionalismo comunista (como otros estados pequeños de todo el planeta, superficialmente "comunistas"). Esto también fue efímero.

La entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial es un asunto sencillo, pero también complicado. Sencillo, por cuanto que la presencia de las tropas estadounidenses en Europa decidió la guerra en favor de las potencias occidentales. Complicado, por la pregunta

histórica de cómo se produjo. En 1914, a la inmensa mayoría de los estadounidenses jamás se le habría ocurrido que su país fuese a entrar (y menos aún, que debiese entrar) en esa guerra europea. No habían pasado tres años cuando, en 1917, aclamó la declaración de guerra contra Alemania y la entrada del ejército y la armada de Estados Unidos en Europa por primera vez en la historia de la república.

Quizá sea este, todavía, un ejemplo prototípico –si no el ejemplo prototípico– para aquellos historiadores que consideran que el estudio y la reconstrucción de la historia en la era democrática es, y seguirá siendo, infinitamente más complicado que la historia (también la internacional) de las épocas anteriores; a despecho de la creencia miope de que la disponibilidad de documentos es uno de los beneficios de la democracia. Esto tiene que ver también con el importante, aunque siempre cuestionable y por necesidad impreciso, estudio de la "opinión pública", difícilmente separable muchas veces de lo que podríamos llamar el "sentimiento popular". Se trata de cosas distintas, aunque se solapen. La "investigación sobre la opinión pública" (con sus inevitables imprecisiones) no estaba extendida en Estados Unidos en la época de la Primera Guerra Mundial, pero la opinión pública aún podía distinguirse del sentimiento popular. Dependía, en gran parte, de personas con formación, figuras reconocibles socialmente, colaboradores y lectores de prensa, miembros de las clases media y alta… (Esta enumeración valdría, por cierto, para indicar las ambigüedades y dificultades que hay a la hora de caracterizar a los grupos en el panorama siempre convulso y móvil de la sociedad estadounidense).

Se han escrito muchos libros espléndidos sobre cómo fue inclinándose Estados Unidos hacia la guerra entre los años 1914 y 1917. Casi todos son valiosos por el modo preciso en que describen la sucesión de los hechos. Algunos han tenido en cuenta muchas influencias, entre ellas la de la prensa, en tanto formadora de opinión pública. Hay que destacar también que los estratos superiores de la sociedad (con las inevitables excepciones) fueron

mayoritariamente anglófilos, mientras que los populistas estadounidenses no. Tuvieron a su vez importancia los grandes sucesos del Atlántico (sin prescindir de la manera en que fueron relatados y presentados), como el hundimiento alemán del *Lusitania* (un barco británico, pero en el que murieron cientos de estadounidenses) en abril de 1915, y la suspensión temporal y sin condiciones por parte de Alemania de la guerra submarina en 1916, que reanudó en enero de 1917. En conjunto, la propaganda británica y probritánica en Estados Unidos fue mucho más efectiva que los intentos propagandísticos alemanes, con frecuencia torpes. Aun así, establecer una jerarquía entre las pruebas y los factores que llevaron a la declaración de guerra de Estados Unidos contra Alemania en abril de 1917 es inadecuado necesariamente, pues los sentimientos (y algunas opiniones) del pueblo estadounidense no fueron simples. La mayoría creía en la superioridad del nuevo mundo sobre el viejo. Muchos consideraban también que para Estados Unidos lo adecuado, si no lo obligado, era enviar "allá" un ejército y darle al viejo mundo una lección. De nuevo, para muchos se trataba igualmente, y puede que ante todo, de una guerra de la democracia contra el imperialismo alemán. (La abdicación del zar de Rusia a principios de 1917 pareció haber eliminado la situación embarazosa para Estados Unidos de ser aliado de una monarquía imperial). Y así lo pareció, al menos por un tiempo. Por una vez hay cifras que sustentan el empleo de "la mayoría" y de "muchos". El congreso de Estados Unidos aprobó la declaración de guerra por 393 votos contra 50: una proporción que parece reflejar con bastante exactitud la división del pueblo estadounidense en aquel entonces.

Todas estas complejidades estuvieron también en la mente y el espíritu del presidente, Woodrow Wilson. Su elección en 1912 se debió a que el partido republicano estaba dividido y la mayoría no quiso concederle a Theodore Roosevelt un tercer mandato. Fue algo lamentable, puede que incluso trágico; un hecho del que muchos estadounidenses no son conscientes todavía. Con todos sus defectos, Theodore Roosevelt era un gran hombre. Su conocimiento del mundo, de las otras naciones e incluso de la historia era de lejos

más amplio y más sólido que el del antiguo profesor universitario Woodrow Wilson. De haber sido Roosevelt presidente en 1914, la historia de la Primera Guerra Mundial habría sido distinta, y quizá más corta.

Pero este no es lugar para semejantes especulaciones. Basta con señalar que la entrada de Estados Unidos en la guerra en 1917 tuvo consecuencias tanto a largo como a corto plazo. En la era democrática, sobre todo, es más difícil terminar una guerra que empezarla. Muchos de los grandes errores de la paz de 1918, y de después, se debieron a Wilson. Algo más importante y duradero fue la ideología que legó al pueblo estadounidense: una ideología de universalismo global ("lo que es bueno para Estados Unidos es bueno para el mundo"), cuyos beneficios ocasionales no compensan sus muchos y prolongados defectos. (Entre los presidentes posteriores que han admirado a Wilson, tanto republicanos como demócratas, están Herbert Hoover, Franklin Roosevelt, John Foster Dulles, Richard Nixon, Bill Clinton y George W. Bush). También en este sentido, las ideas y las decisiones de este pálido profesor y presidente han sobrevivido a las de algunos contemporáneos suyos como Lenin, con consecuencias que resultan aún visibles. Tal es la ironía de la historia, y tales son las complejidades de la mente humana.

III
‘AUTODETERMINACIÓN NACIONAL’

¿Una ‘nueva Europa’? Sí y no – ¿El final de cuatro grandes imperios? Sí y no – Los tratados de paz y sus graves defectos – Consecuencias en Asia – ‘Europa central’, otra vez la clave

“*R*endición sin condiciones” es un sintagma o un principio impreciso, ya que no hay rendición sin compromisos implícitos (y a veces explícitos). Cuando se acepta por ambas partes, la rendición sin condiciones termina de inmediato con la guerra, algo que no ocurrió del todo en 1918 con la Primera Guerra Mundial. Esta concluyó con armisticios dispersos, y de un modo caótico y paulatino según los lugares. Hasta 1923 no llegó a establecerse de manera más o menos firme, y aun entonces se mantuvo una cierta impresión de que era algo incompleto, en especial en los países derrotados. Durante la guerra se había hablado un poco de una “nueva Europa”, idea o ideal que promovieron algunos pensadores y “expertos” internacionales de Inglaterra, pero que no tuvo efectos ni repercusión. En 1923, un noble cosmopolita austriaco hizo una propuesta completamente fresca, imaginativa y radical en favor de una nueva Europa (llamada Paneuropa), que sí tuvo mucha repercusión, pero no efectos. Quizá retome más adelante el relato de este tipo de iniciativas, que resultaron por lo general estimables; pero aun así merece la pena señalar que fue en Austria donde, al igual que en Alemania a partir de 1930, empezó a ascender una fuerza política muy diferente, nueva y dinámica, que en ocho o nueve años terminaría conduciendo a una segunda guerra mundial. Su líder, inesperado e insólito, fue un austriaco, Adolf Hitler, que unió Alemania y luego Austria, y en 1939 fue el único estadista del mundo que decidió iniciar una segunda guerra mundial, que estuvo a punto de ganar junto a su pueblo germanoparlante.

El final de la Primera Guerra Mundial supuso una conmoción tanto para la vida como para la mente de Hitler, haciéndole cambiar de rumbo. Hitler había participado en ella como voluntario (en el ejército alemán, no en el austriaco), y en 1918 se encontró a sí mismo –puede que esta sea la expresión exacta– en un hospital militar. Este despertar lo refiere en su famosa autobiografía, *Mein Kampf* [Mi lucha], y no hay razón para dudar de la trascendencia de su "encuentro consigo mismo". Ni en su juventud ni durante la guerra, en la que cumplió con decoro, tuvo ninguna idea reseñable. 1918 era el último año de su veintena. Su patria de elección, Alemania, y su patria natal, Austria, habían sido vencidas. Estas debacles hicieron cristalizar su visión del mundo. Experimentó súbitamente una gran tragedia, comparable a la de la pérdida hacía años de su madre amada; el persistente duelo de un hijo profundamente unido a ella. Y en ese momento, según escribe: "Decidí ser político". Una de las consecuencias de esta decisión sería nada menos que una segunda guerra mundial.

Nadie hubiera podido imaginarse algo así ni en 1918 ni en los años siguientes. El final de la Primera Guerra Mundial produjo entre los vencedores una sensación de alivio, pero poco más. En noviembre de 1918, con la noticia del armisticio, hubo en Londres una gran explosión popular, con un día y una noche de festejos desatados, sin precedentes en la historia británica. Hubo estallidos similares por todas partes, salvo quizá en algunos de los estados nuevos. Al final de la guerra, el mapa de Europa se modificó más drásticamente quizá que nunca antes, ni nunca después, a causa de la victoria de los aliados occidentales y de la disolución parcial de grandes imperios europeos que habían existido desde hacía siglos. Este fue el cambio más importante. El imperio alemán se vio reducido, y su monarquía eliminada. Sin embargo, en menos de veinte años, una nueva Alemania se convertiría en la mayor potencia de Europa. En cuanto al imperio austrohúngaro, no solo desapareció la monarquía, sino el propio imperio, cuyo antiguo estado tradicional se dividió en cinco o seis partes, y además se entregaron trozos a otros países, configurándose nuevas fronteras, muchas de las cuales siguen

existiendo hoy. Ya hemos visto que el imperio ruso había acabado con su monarquía en 1917, y el precio de la supervivencia del nuevo y extraño régimen bolchevique fue la reducción del viejo estado, dando paso a cuatro o cinco estados nuevos en su frontera occidental. (Que desaparecieron en general en torno a 1940, para resurgir cincuenta años más tarde). Una excepción menor a esta desaparición de las monarquías fue Bulgaria, aliada de las potencias centrales: su reino se mantuvo hasta 1946, al término de la siguiente guerra mundial. La excepción mayor fue la de Turquía, cuyo imperio otomano se disolvió en 1918, tras haberse convertido en una especie de dictadura militar bajo el mando de un general formidable, Mustafá Kemal Ataturk. Este hombre acabó, con puño de acero, con las costumbres e instituciones turcas tradicionales, que sustituyó por otras. Al mismo tiempo, aceptó el fin del antiguo y ya frágil dominio otomano sobre naciones y estados pequeños de Oriente próximo (como Egipto, Siria, Palestina, el Líbano, Irak, etcétera): una amputación que le resultó a Turquía algo traumática pero beneficiosa al cabo.

A casi todo esto se llegó entre 1919 y 1920, mediante los tratados de paz con Alemania, Austria, Hungría, Bulgaria y Turquía, elaborados y firmados en Versalles y otros lugares de las inmediaciones de París por las potencias occidentales y sus aliadas. Pese a que el presidente Wilson pasó muchas semanas en la capital de Francia en la primavera de 1919, en una ausencia de Washington inaudita en un presidente de Estados Unidos, este país optó por no firmar ni ser garante de los tratados. La construcción de la paz en 1919 fue una triste sucesión de acontecimientos, en buena parte debidos a las carencias de sus mismos artífices. En el mapa de Europa aparecieron ocho estados nuevos –una Austria truncada, Polonia, Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Checoslovaquia y Hungría (que no había sido independiente hasta 1919)–, más un conglomerado de tres naciones eslavas, Serbia, Croacia y Eslovenia, al que se llamó SHS, que se transformaría más adelante en Yugoslavia. Veinte años después, muchas de estas entidades habían dejado de existir, en general porque se deshicieron; el único estado

que permaneció fue Finlandia (aunque debió entregar parte de su territorio a la Unión Soviética en 1940). Casi todos adoptaron sistemas parlamentarios de gobierno, pero a lo largo de la década de 1920 irían abandonando sus estructuras liberales y burguesas por muchas causas, entre ellas la escualidez y debilidad de sus clases medias.

Por su parte, y pese a su debilidad inicial, Alemania se mantuvo unida y Rusia se mantuvo unida. Una razón fue la cortedad de miras de las potencias que hicieron la paz. Otra, la tendencia a la venganza y la insistencia en la seguridad de los que en ese momento eran los vencedores. Pero hubo otra más: la atención insuficiente que se prestó a algunos de estos tratados, puede que sobre todo por parte de los británicos (pese al gran equipo de expertos que llevaban). Las minucias absorbieron a los enviados y a los diplomáticos durante más de un año, y se descuidaron algunos detalles. Los tratados con Alemania, Austria, Bulgaria, Hungría y Turquía fueron discutidos y firmados –con escasa o nula participación de las víctimas– en Versalles, Saint-Germain, Neuilly, Trianon y Sèvres, respectivamente. Nunca en la historia los vencidos han celebrado los tratados de paz, pero el grado en que en 1919 y 1920 se humilló a las víctimas, inermes entonces, fue insólito. El armamento y el ejército que mantenía Alemania se redujeron drásticamente, y su armada aún más; a lo largo del Rin se desplegó una fuerza de ocupación aliada, con el ostensible propósito de obligar a Alemania a que pagase sus sanciones, consistentes en unas sumas exageradas; a este país se le exigió reconocer que fue el mayor responsable de la guerra en 1914, y se le prohibió todo intento de unión con Austria; a Francia y Polonia se les entregaron territorios del imperio alemán, sobre todo Alsacia y Lorena, así como determinadas zonas habitadas principalmente por alemanes. Podríamos seguir, pero lo más dañino fue quizá el traslado de grandes contingentes de población alemana, austriaca, húngara y búlgara a otros estados y soberanías. El cambio más extremo, en cuanto a redefinición estatal y de fronteras, afectó a Hungría, que perdió dos tercios de sus antiguos territorios –con más de tres

millones de húngaros– en favor de los checos, los eslovacos, los rumanos, los serbios, los croatas e incluso los austriacos y los italianos.

Esto se hizo a pesar del principio de la "autodeterminación nacional", que formuló y defendió el presidente Wilson en 1918. Era un principio que los aliados occidentales apenas se habían tomado en serio. Pero en 1918 estaban ya tan agotados que lo aceptaron, en general sin pensarlo mucho y de manera poco factible. Además, lo hicieron justo cuando Wilson y su administración dejaban de apoyarlo en gran medida, y cuando Estados Unidos había decidido retirarse del territorio europeo, evacuando sus tropas. Por esta razón, Estados Unidos no firmó ni garantizó algunos de estos tratados. La Sociedad de Naciones –otra de las causas e ideas favoritas de Wilson– se estableció en Ginebra. Una institución nueva como esta resultaba muy atractiva para las relaciones internacionales, y contó con un gran apoyo de los progresistas europeos y estadounidenses; pero también fue breve. El primer ministro francés, Georges Clemenceau, confiaba en una alianza duradera, permanente incluso, entre Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia, lo que garantizaría las fronteras y la seguridad de esta última, pero no se llegó a producir. Y consideró que Francia debía aliarse con la mayoría de esos nuevos estados de Europa oriental, también como garantía militar y política en el caso inaudito de que hubiese otra guerra con Alemania. Pero tampoco esto duró. Menos de veinte años después de 1919, la entonces impresionante alianza de Francia con Checoslovaquia, Yugoslavia, Rumanía y hasta Polonia era papel mojado.

Muchos de los nuevos dirigentes rusos eran internacionalistas. Estaban convencidos de que el comunismo de Rusia se reproduciría por sí solo en otros países, especialmente en los de Europa central y oriental, incluida Alemania. Esto no ocurrió. Quizá hubiese más razón para pensar que los pueblos y las naciones más cercanos a Rusia, con sus respectivos comunistas, seguirían el "ejemplo" ruso. Pero tampoco fue así, tal vez porque casi todos estos pueblos rechazaban

el dominio ruso, fuese comunista o no. Durante la guerra civil rusa, esos pueblos (a diferencia de lo que hicieron –al menos por un tiempo– los británicos y los franceses) no apoyaron a los ejércitos antibolcheviques ni a sus generales, sabedores de que estos querían rehacer el antiguo imperio ruso. Tampoco se hicieron ninguna ilusión con los bolcheviques, fuesen rusos o no. Los repelieron con las armas. Lenin y los suyos consideraron que se trataba de un rechazo temporal, pero se equivocaban. En 1920, los ejércitos "blancos" (esto es, anticomunistas) desaparecieron, y con ellos el apoyo de sus aliados occidentales. Entonces Lenin y los suyos consideraron que el principal instrumento para el avance del comunismo en Europa central debía ser el poder militar, el ejército rojo. Tenían motivo para enfrentarse a la nueva Polonia, cuyo ejército había penetrado en Ucrania a principios de 1920. El resultado fue la guerra ruso-polaca de 1920, con sus inesperadas consecuencias. El ejército rojo rechazó a los polacos, y siguió avanzando hasta las proximidades de Varsovia. Allí, en agosto de 1920, los polacos derrotaron a los rusos, que tuvieron que retirarse varios cientos de kilómetros hacia el este, a Bielorrusia y el oeste de Ucrania. Entonces Lenin y sus seguidores se dieron cuenta de que, para mantener su poder en la propia Rusia, necesitaban paz; o, mejor dicho, no más guerras. Así, en 1920 y 1921 firmaron una serie de tratados con sus vecinos del oeste, como Polonia y Finlandia, que fueron sus dos principales beneficiarios. Esto implicó una reducción de la nueva Unión Soviética, así como su reclusión forzada. A partir de entonces, fue reconocida diplomáticamente como un estado más –si bien incómodo– por el resto de estados del mundo, salvo Estados Unidos, Hungría, Suiza y Yugoslavia; aunque estos terminarían haciéndolo también.

Los bolcheviques no tardaron en comprender que las lealtades, tradiciones, opiniones y sentimientos nacionales eran más poderosos que las ideologías, sobre todo que las ideologías partidarias del internacionalismo. Igualmente, entendieron enseguida que lo "poderoso" a veces iba más allá de lo popular: era algo que debían demostrar unos hombres con determinación, aun a riesgo de una

condena internacional. Turquía y Grecia constituyeron magníficos ejemplos de ello. La primera fue castigada, de un modo más bien insensato, por Gran Bretaña y Francia (y también por Italia), que redujeron el imperio otomano a un estado pequeño, severamente mermado por el tratado de Sèvres de 1920, que le arrebató a Turquía extensas provincias con grandes contingentes de población griega. Pese a su unión en la Primera Guerra Mundial a las potencias centrales –una unión tardía y poco significativa–, Turquía no se merecía ese trato. Su nuevo líder, Kemal Ataturk, pensó que, cuatro años después de la guerra, Francia y Gran Bretaña no querrían volver a combatir en Oriente próximo. Así que, en 1922, él y sus soldados turcos llevaron a cabo una pequeña guerra contra Grecia, en la que expulsaron en masa de Asia menor a los griegos que llevaban siglos viviendo allí. Un nuevo tratado, firmado por Turquía y Grecia en Lausana en 1923, presidido por las potencias occidentales, rediseñó las fronteras e inauguró una nueva fase en las relaciones entre estos dos antiguos enemigos. Fue algo que, por lo demás, mostró al mundo, y en especial a Europa, que los tratados de paz de París podían ser anulados por la fuerza.

Este libro es una historia (mínima) del siglo xx, y quizá el lector se pregunte por qué hasta ahora ha tratado casi íntegramente de la historia de Europa y no de la del resto del mundo. Conforme avancemos, se irá desplazando el peso; pero hay una gran razón al menos para esta perspectiva casi unilateral desde 1914 hasta 1923. Hemos visto que la Primera Guerra Mundial fue, fundamental y casi enteramente, una guerra europea (aunque se llevaron a cabo combates menores en África y Oriente próximo). Hemos visto también que el desenlace de esta gran guerra tuvo que ver con Estados Unidos y Rusia; pero a su término, y por muy distintas razones, los imperios ruso y estadounidense se retiraron de Europa.

Pese a esta retirada política y estratégica, la influencia de Estados Unidos en la vida y el pensamiento de muchos europeos creció, cosa que no ocurrió con la de Rusia. Pero desde 1919 hasta 1939 más o menos, aunque la influencia de Estados Unidos se hizo aun durante

su "aislamiento", parecía que Europa volvía a tener primacía en el panorama de la historia mundial. La Segunda Guerra Mundial comenzó en 1939 como una guerra europea (que es lo que Hitler quería que fuese), pero no se quedó ahí. Las posesiones coloniales de los imperios francés, británico, español, belga y portugués se habían mantenido por lo general sin cambios. Entre esas posesiones estaban ahora las colonias alemanas anteriores a 1914. En algunas se reformaron las condiciones de sus administraciones coloniales, aunque este proceso no culminó hasta la Segunda Guerra Mundial. Había signos de nacionalismo nativo y de anticolonialismo, pero con pocos efectos; lo único relevante fue que en la década de 1920 empezó a apreciarse en la mente de los pueblos de Europa occidental, y en la de sus intelectuales, la ausencia de un vínculo profundo con sus imperios. Durante los años inmediatamente posteriores a 1919, los dirigentes comunistas rusos y sus partidarios de todo el planeta creyeron que el triunfo de una nueva Rusia antiimperialista, anticolonialista y antirracista estimularía el surgimiento de nuevos gobiernos y nuevos líderes en Turquía, Persia o Afganistán, los nuevos aliados naturales de la Unión Soviética. Pero esto tampoco ocurrió. Con escasas excepciones, los nuevos dictadores nacionalistas y anticolonialistas –como Kemal Ataturk en Turquía, Reza Pahlavi en Persia, Amanulá en Afganistán, o luego Chiang Kai-shek en China– optaron por tener poco que ver con Rusia, y nada en absoluto con los comunistas de sus propios países, a los que liquidaron en cuanto pudieron.

Una gran excepción (que se mantuvo a lo largo de las dos guerras mundiales) fue Japón. Su modernización había empezado unas décadas antes de 1914, y antes de este año había procedido también a establecer su primacía militar y política sobre Corea y parte de China. En 1905, había derrotado a Rusia en una guerra pequeña y espléndida, con una armada muy moderna. Durante la Primera Guerra Mundial, los británicos (en mayor medida que los estadounidenses) saludaban la presencia de los barcos de guerra japoneses en muchos mares. Japón fue, así, uno de los vencedores de la Primera Guerra Mundial, llegando a expandirse en un grado

que preocupó a Washington e incluso a la población estadounidense. Era natural y previsible que, tras la guerra, se propugnara algún tipo de desarme, pasando por la reducción de las enormes flotas que les quedaban tras el conflicto a Estados Unidos, Gran Bretaña y Japón. Con este propósito se celebró en Washington una conferencia en 1921-1922; un logro importante de la administración de Warren Harding, quien, por otro lado, fue un presidente con una gran indiferencia por los asuntos exteriores. El principal artífice de la conferencia fue Charles Evans Hughes, el excelente secretario de Estado de Harding. Las potencias participantes acordaron una proporción de 5:5:5:3:3 de tonelaje para los acorazados; acuerdo que Japón cumplió en general hasta 1934, año en que decidió saltarse esas restricciones. Otro instrumento fue el llamado tratado de las nueve potencias, que limitaba la expansión de las potencias extranjeras en China. Fue un acuerdo positivo, pero tampoco duró mucho. Entretanto, el tratado británico-japonés de 1902, que casi equivalía a una alianza, expiró en 1922 y no fue renovado: un indicio de que a Gran Bretaña le importaba más mantener buenas relaciones con Estados Unidos que con Japón.

Pero en Europa (y en Asia menor) tuvo que pasar otro año para que las condiciones revolucionarias o caóticas se calmaran. Esto fue así sobre todo en Alemania, donde los malestares y las turbulencias estallaron en revoluciones esporádicas y en ocasiones violentas, desde noviembre de 1918 hasta 1923, en que se extinguieron. Luego, durante ocho o nueve años, apenas hubo crisis políticas graves. Se trató solo de una paz aparente entre las dos guerras mundiales, marcando una suerte de separación entre las consecuencias inmediatas de la Primera Guerra Mundial y los prolegómenos de la segunda. Estos empezaron a surgir en 1933, al poco de la llegada de Hitler al poder en Alemania.

Esta es al menos una de las razones por las que, en esta historia mínima del siglo xx, me veo obligado a dedicar un par de páginas a la historia de Alemania y Austria tras la Primera Guerra Mundial, con las consecuencias de su derrota militar de 1918. Los alemanes no

son en general un pueblo excitable, ni de temperamento revolucionario, ni con inclinación por el desorden. Pero eso de "en general", aunque dice mucho, es también una generalización incompleta. La conmoción de 1918 produjo en los alemanes una herida honda y persistente. Los ejemplos y las ideas de la Revolución Francesa de 1789 tuvieron seguidores en Alemania, aunque no muchos ni en todas partes. Lo mismo ocurrió con la ola revolucionaria burguesa que sacudió Europa en 1848. A partir de 1918, en cambio, muchos alemanes se vieron aquejados por una sensación como de "crepúsculo de los dioses", por la emoción un tanto wagneriana de que se asistía al fin de todo un mundo. El influyente y voluminoso libro de Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente* (en el original, *Untergang*, hundimiento), fue publicado unos meses antes de la derrota militar de 1918. Esta obra tuvo un gran eco en la mente y el ánimo de muchos alemanes, y se extendió a otros países: se le iba perdiendo el respeto a Francia, e incluso a la ideología de la Ilustración. Spengler no solo rechazaba, sino que negaba el valor de los mayores logros burgueses. Los motines y las revueltas de trabajadores de noviembre de 1918 no duraron, pero se producirían más durante los cinco años siguientes; como en el caso de una breve, y por momentos grotesca, república estilo soviético que se estableció en Múnich, que fue abortada por la hostilidad de la población bávara y el ejército alemán.

El respeto popular hacia este último (pese a las restricciones en cuanto a tamaño y armamento a que lo sometió el tratado de Versalles) se mantuvo tras la Primera Guerra Mundial, como lo haría durante la segunda. El ejército aplastó fácilmente los brotes revolucionarios; por ejemplo, uno de la extrema derecha nacionalista en 1920, y otro en noviembre de 1923 en Múnich, en el que Hitler desempeñó por primera vez un papel destacado. Para entonces, la atracción política y popular que ejercía la izquierda en Alemania había declinado, así como su influencia; y no solo la de los comunistas, sino incluso la del partido socialdemócrata, moderado y respetable. Durante mucho tiempo, hubo más alemanes que leyeron (o intentaron leer) *La decadencia de Occidente* que *Mi lucha;* incluso

cuando comprar y leer esta última se convirtió en algo casi obligatorio. Las instituciones y el temperamento de la burguesía, y más si se asociaban a las victorias de Gran Bretaña y Francia, tenían poco impacto en la república alemana de Weimar, democrática y constitucional pero en la que algo nuevo empezaba a crecer: la ideología –más que la "filosofía"– del nacionalsocialismo. El socialismo internacional, el principio económico y materialista declarado por Karl Marx y otros –el de que las clases tienen más relevancia que los estados, en todas partes y en especial en Europa–, tenía una lógica aparente, pero se equivocaba en lo profundo. Entre otras muestras de su miopía, Marx pasó por alto la existencia de las naciones; ignoró que estas y los estados no eran lo mismo, y que quizá los sentimientos nacionales, sobre todo en la era de la política de masas, resultaban a menudo más poderosos que los intereses de estado. Esto fue (o tuvo que ser) evidente en 1914, y después aún más. La conciencia de identidad nacional tenía una importancia mucho mayor que la conciencia de clase. Y esto se cumplía, más o menos, prácticamente en todas las naciones y en todas las clases.

Esta conciencia del nacionalismo era menos antisocialista que anticapitalista, ya que el capitalismo es a veces, aunque no de manera preponderante, internacional. A principios del siglo xx, una serie de partidos políticos pequeños se declaraba "nacionalsocialista". (Un ejemplo: el partido nacionalsocialista checo de Bohemia, tajantemente separado de su homólogo alemán). A partir de 1920, la presencia y la influencia del socialismo nacionalista se extendieron, especialmente en Europa central. Su énfasis en el adjetivo "nacionalista" era obvio. En Alemania lo percibieron casi inmediatamente sus oponentes, que intentaron ridiculizarlos mediante la abreviatura "nazi-sozi", por "nacional-socialista". Obsérvese cómo el "sozi" desapareció muy pronto, en tanto que el "nazi" permaneció, lo que demuestra cuál era el más importante de los dos.

Hitler lo comprendió. Obtuvo el apoyo de nacionalistas alemanes que no eran socialistas, pero al final también el de muchos antiguos socialistas. En este sentido, es muy sintomático el ejemplo de Austria. El partido socialdemócrata austriaco gozaba, como su homólogo alemán, de un considerable respeto; tras la guerra, lo votó la mayoría de los austriacos. Pero estos, al igual que los alemanes, se sentían injustamente castigados por los tratados de paz, que habían desplazado a varios millones de austriacos germanoparlantes a Checoslovaquia, Yugoslavia e Italia. Y de ahí que en 1920 una mayoría de austriacos fuera partidaria de una Austria alemana, es decir, de algún tipo de unión con Alemania, sobre la base de la autodeterminación nacional. Los aliados lo prohibieron, cuando en 1931 Francia se opuso a la unión aduanera entre los dos países (de haberse producido, la extensión de Alemania habría sido mayor aún que antes de 1914). De manera todavía más significativa, tras el debilitamiento de los dos grandes partidos, también el partido nacionalsocialista austriaco empezó a recibir adhesiones. Se benefició además de la presencia en Austria del antisemitismo, sobre todo entre los estudiantes universitarios. Por otra parte, resulta muy llamativa la contradicción del concepto "nacionalista austriaco", que se aplicaba al austriaco de nacimiento que optaba por ignorar tanto su identidad "austriaca" como su lealtad al estado austriaco. Este austriaco se consideraba austroalemán, o alemán a secas, y era partidario de la unión de Austria con Alemania. Todo esto jugaba a favor de Hitler ya antes de 1933. Por entonces, los nazis austriacos también amenazaban con convertirse en un gran partido en su país.

Tras las guerras revolucionarias francesas y las napoleónicas, se produjo en la mayor parte de Europa una reacción conservadora. No duró mucho, pero se trató de una reacción propugnada no solo por las monarquías restauradas, sino en buena parte también por los propios pueblos. Al finalizar la Primera Guerra Mundial, sin embargo, no hubo ninguna reacción equivalente: no emergió ningún tipo de nostalgia, ni popular ni intelectual, por la era victoriana ni nada parecido. Una tenue capa gris cubrió casi toda Europa y las mentes

de sus habitantes. El optimismo hacia el futuro parecía desterrado. Por contra, Estados Unidos aparecía como un lugar de luces brillantes y de riqueza sin fin. En 1918, el dólar estadounidense había sustituido a la libra esterlina como la divisa más importante y estable del mundo. Pero Estados Unidos aún quedaba lejos.

La situación generalizada de pesimismo e inseguridad se hacía palpable en la pérdida de valor del dinero. A partir de 1918, casi todos los estados europeos se vieron afectados por la inflación, no por la deflación. La Edad del Dinero no fue el siglo XX, sino el XIX, y no únicamente por el carácter casi universal del patrón oro, sino también por la confianza en las monedas nacionales. (En Francia, por ejemplo, a lo largo de la mayor parte del siglo XIX, contando guerras y tres revoluciones, el valor del franco francés se mantuvo en general estable). Después de la guerra, los gobiernos estuvieron un tiempo sin controlar apenas la inflación. El caso prototípico fue Alemania, donde la inflación gradual entre 1918 y 1923 se había acelerado en una proporción increíble; algo que el pueblo alemán recordó y evitó tras su catástrofe –muy superior– de la Segunda Guerra Mundial, y que ha seguido recordando de generación en generación hasta nuestros días. Entonces, cerca del final de 1923 o algo después, los gobiernos europeos introdujeron nuevas monedas para aliviar la situación. Y de nuevo una especie de paz exhausta se extendió por casi toda Europa, sin que hubiera nada parecido a la nostalgia o el deseo de volver al pasado, al mundo anterior a 1914.

IV
‘¡HERMANOS COSACOS!’

Los comunistas – La naturaleza de sus miedos – La situación de los judíos

*L*a revolución comunista rusa de 1917 fue una anomalía en la historia mundial. Setenta años después de *El manifiesto comunista* de Marx, lo que la mayoría de las clases trabajadoras mostraba hacia el comunismo en todas partes era más bien indiferencia. La única revolución comunista triunfante que hubo fue la de Rusia, un país al que Marx había excluido categóricamente (durante mucho tiempo al menos) de sus previsiones sobre el comunismo. Todo esto es bien sabido. Lo que no se sabe tan bien es el miedo, comprobado, que los líderes comunistas les tenían a sus adversarios nacionalistas. Unos días antes de su levantamiento en San Petersburgo (y también durante el mismo), los hombres de Lenin estimaron conveniente dirigirse a los regimientos cosacos de la ciudad llevando unos carteles encabezados con un “¡Hermanos cosacos!”. Y esto a las unidades militares más temidas y odiadas del régimen zarista. Pero los bolcheviques acertaron: los cosacos de 1917 no estaban dispuestos a arriesgar el pellejo por Kérenski y compañía, esos urbanitas charlatanes con sus levitas. Las pruebas de lo que vino después ya no estuvieron tan claras. En los breves intentos comunistas de 1919 en Europa (en ciudades como Múnich y Budapest) –incluidos sus repugnantes actos terroristas– había siempre un miedo oculto, y a menudo visible: el miedo a ser impopulares, el miedo a sus enemigos; contando entre estos no solo a las clases dominantes tradicionales, sino también a las masas.

Por supuesto que el miedo, como todo fenómeno elemental del ser humano, no se da solo, sino que a menudo va aliado y combinado con el odio. Pero resulta admisible la generalización de que, en el

mundo occidental, las ideas de los intelectuales comunistas y procomunistas del siglo xx fueron inseparables del miedo: el miedo al capitalismo opresivo y a sus agentes; el miedo a los "fascistas", a los "reaccionarios", a las multitudes nacionalistas, al poder conspirativo de sus adversarios. Si bien se trataba de un miedo compensado, o mejor, revestido, con la fe intelectual de que su ideología era la única progresista, la que marcaba el camino hacia el futuro.

Esto no quiere decir que los comunistas fuesen cobardes. Una cosa es sentir miedo y otra actuar con cobardía. El coraje es la capacidad de sobreponerse al miedo, como sabe hasta el tuétano cualquier soldado en combate. Pero las consideraciones psicoanalíticas no entran en esta historia mínima del siglo xx ; ya señaló sagazmente Samuel Johnson que "las intenciones se deben extraer de los actos". Para nuestros propósitos, resulta significativa la historia de la Unión Soviética a partir de la muerte de Lenin en 1924: hubo cambios sustanciales, decretados y establecidos por Iósif Stalin, a quien se conocía poco, pero que se convirtió en el amo de ese inmenso país durante los siguientes veintiocho años; años que abarcaron, entre otras muchas cosas, la Segunda Guerra Mundial.

Stalin reconoció dos cosas, de las cuales la segunda puede que fuese aún más importante –y decisiva– que la primera, pese a que la primera tuvo como consecuencia la miseria y el hambre de la masa, y la muerte de probablemente más de un millón de personas. Me refiero a la colectivización de la agricultura: dos términos (colectivización y agricultura) de origen latino que no expresan la dimensión de su impacto: a saber, el desplazamiento forzado de millones de campesinos desde sus hogares y tierras hasta unas enormes granjas organizadas y supervisadas por el estado, auténticas fábricas de producción de alimentos. Stalin intentaba con ello incrementar la producción agrícola rusa. Los resultados de este plan tan radical fueron dudosos, pero la pasividad habitual del campesinado ruso evitó que tuviera efectos políticos graves. Hasta

1930, la vida de los habitantes y trabajadores del campo había cambiado poco en Rusia; no seguiría siendo así por mucho tiempo.

Uno de los objetivos de la política estalinista era acabar con muchas prácticas y tendencias culturales que habían acompañado a la toma del poder de los bolcheviques en 1917 y que se mantenían en la Unión Soviética. En 1926 se empezaron a suprimir estas actividades, radicales y de aspecto vanguardista. Esto formaba parte de algo de mucho mayor calado: la promoción del nacionalismo ruso, a expensas del internacionalismo comunista (siendo este, después de todo, uno de los principales atractivos para los intelectuales comunistas desperdigados por el mundo). Stalin no era internacionalista. Había ascendido en la jerarquía de Moscú gracias a su habilidad franca, brutal a menudo, para eliminar a sus adversarios del partido, reales o potenciales, cuando lo necesitaba. En 1924 fue designado líder del partido, el sucesor de Lenin, que había muerto en enero. En dos años logró deshacerse de su principal enemigo, León Trotski, forzándole a abandonar la Unión Soviética. El duelo Stalin-Trotski fue, y sigue siendo, revelador. Trotski era un comunista internacionalista y con un componente intelectual, Stalin no. Eran adversarios naturales, enemigos no solo en lo ideológico, sino también en cuanto a sus personalidades y a sus procedencias. (Catorce años más tarde, Stalin envió a un agente para que asesinara a Trotski, que para entonces vivía recluido en México, desesperado y sin poder).

Más importante y significativo fue el desarrollo del pensamiento de Stalin, del que tenemos pocos indicios, dispersos aunque elocuentes, en los diez años anteriores a 1939, durante los que no solo le dio la bienvenida a Hitler, sino que firmó con él un pacto que conmocionó al mundo, unos días antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Stalin era un hombre reservado, pero señaló insistentemente que el internacionalismo era impracticable, cuando no obsoleto, y que él y los suyos debían tomarse en serio el nacionalismo. "Los suyos", en consonancia con la transformación del equipo dirigente de la Unión Soviética. En el primer gobierno de

Lenin había un número considerable de destacados comisarios judíos, en un país en el que la judeofobia estaba muy extendida y era a veces profunda. En 1938, quedaban ya pocos judíos entre los grandes líderes del partido comunista soviético. Las excepciones fueron algunos oficiales que servían en el extranjero (como el comisario de Asuntos Exteriores, Maksim Litvínov), a quienes Stalin mantuvo, presumiblemente por sus conocimientos y sus contactos internacionales. Otras excepciones, aunque de menor importancia, fueron algunos comunistas extranjeros exiliados, colocados en uno o dos destinos en Moscú; una concesión a la idea del comunismo internacional, pero sin ninguna influencia sobre Stalin.

Y esto me lleva a un asunto delicado y difícil que, a mi juicio, no puede ni debe quedar fuera de una historia del siglo xx, aunque sea mínima: a saber, la historia de los judíos (en su mayoría europeos) en este periodo. Sabemos que más de cinco millones de ellos fueron asesinados, o perdieron la vida, durante la Segunda Guerra Mundial. El Holocausto no fue una nota a pie de página de la Segunda Guerra Mundial, como un francés, antisemita como mínimo (Jean-Marie Le Pen), ha declarado recientemente. El Holocausto está en el centro mismo del conflicto, porque fue un elemento fundamental en la toma de decisiones y en las afirmaciones públicas, y probablemente privadas, del artífice de la guerra, Adolf Hitler. Pero aunque Hitler no hubiera existido, la presencia (y para muchos el problema) de los judíos y su influencia en numerosos países pertenecerían a la historia del siglo xx.

Hay bibliotecas enteras –contando la enorme multitud de trabajos académicos– consagradas a la historia de los judíos, pero también en esta cuestión el siglo xx constituye algo más que un nuevo capítulo, y no solo por la magnitud del Holocausto. Analizar o describir, o simplemente resumir, los miles de años del pueblo judío y de sus vicisitudes no entra en este libro; salvo para señalar que las razones esgrimidas históricamente para segregar, discriminar, a veces perseguir, etcétera, durante por lo menos dos mil años a los judíos, fueron de carácter religioso, aunque mezcladas muchas veces

con sentimientos raciales o nacionales. Pero nuevamente en torno a 1870 se produjo un cambio: apareció el término "antisemitismo", que se mantiene vigente, junto con el adjetivo "antisemita", pese a su inexactitud de origen (no todos los judíos son semitas, ni todos los pueblos semíticos tienen que ver con los judíos o el judaísmo). El término suscita de inmediato un sentido no religioso, sino racial. Más aún, incluye a personas que ya no son de religión judía, sino que se han convertido a otra, sobre todo a alguna de las iglesias cristianas. Esto sugiere, por ejemplo, que se les sigue presuponiendo judíos en sus sentimientos y en sus creencias, y que por lo tanto constituyen una amenaza para las naciones en las que viven. Esta tendencia fue muy popular y poderosa en la España del siglo XVI, pero incluso entonces lo que le preocupaba a la Inquisición era la autenticidad de las creencias religiosas de los *conversos*,[4] no su nacionalidad.

Hacia el siglo XIX, se produjeron dos fenómenos nuevos que dieron lugar al nuevo "antisemitismo". El primero fue el propio incremento de las poblaciones judías en muchos países de Europa y en parte de Estados Unidos. En 1800, hasta aproximadamente un ochenta o un noventa por ciento de la población judía mundial vivía dentro de los límites del imperio ruso y en Polonia, donde no solo eran objeto de restricciones, sino a veces también de una hostilidad criminal. Para 1900, su emigración en masa hacia el oeste era lenta pero constante; por su parte, en países como Hungría, Rumanía y Austria la población judía había aumentado en un siglo del uno al cinco por ciento, o incluso más. Su presencia fue aún mayor en algunas de las grandes ciudades de occidente: en Viena, los judíos representaban el catorce por ciento de la población; en Budapest, el veintiuno; en Nueva York, casi el treinta; en París, más del cinco por ciento. Este incremento se debió en gran parte a las características de todo el siglo, con sus ideas maestras de progreso y liberalismo, y su énfasis en la industria y el comercio. Una consecuencia fue la suspensión por parte de varios gobiernos europeos (excepto Rusia y Rumanía) de las restricciones legales que aún quedaban para los judíos. Pero otra consecuencia, más profunda y más populista, fue el surgimiento de un nuevo tipo de hostilidad hacia ellos.

A principios del siglo xx, había políticos, personalidades públicas y escritores que consideraban que su tarea prioritaria era alertar a sus conciudadanos sobre el grado de presencia y la influencia siniestra de los judíos en sus naciones, sobre todo en ámbitos como las finanzas, la banca, el periodismo y otras profesiones abiertas a ellos. Había incluso pequeños partidos políticos cuyos líderes creían y proclamaban que ese "problema" judío era el principal problema de su nación. Constituían algo así como una nueva extrema derecha. Hasta 1914 –o más bien 1918– estas opiniones habían sido leídas y escuchadas, pero no habían llegado demasiado lejos. Una razón fue que estaba disminuyendo la emigración en masa desde las Rusias hacia occidente. Otra, que la recepción de miles de judíos por sus países anfitriones no significaba que estos los hubieran acogido con entusiasmo. Más allá de su emancipación, los judíos seguían sometidos a restricciones políticas, sociales y legales, por escasas que fueran. Casi sin excepción, se les excluía del alto mando de los ejércitos, de los altos puestos diplomáticos, de la presidencia de las instituciones importantes y del liderazgo de los partidos políticos, no se les recibía bien en ciertos barrios y escuelas, y otras cosas por el estilo. Esto también ocurría bastante en Estados Unidos. Todo ello causó sin duda una frustración y un dolor enormes, pero no infligió demasiado daño. (Una excepción fue la iglesia católica. Aunque sus miembros y portavoces eran fuertemente antisemitas, a partir de 1870 el Vaticano acogió a los conversos, llegando a ascender a algunos a obispados importantes).

La principal amenaza para los judíos era el nuevo nacionalismo, cuya popularidad crecía entre los jóvenes, especialmente en países como Alemania y Austria. A los judíos se les miraba como extranjeros; se creía que en una comunidad nacional no había, ni debía haber, sitio para ellos, ni siquiera para los conversos, fueran recientes o antiguos. Podemos ver, así, especialmente en Europa, otro elemento en esta nueva judeofobia que iba de la mano del ascenso de los nacionalismos a partir de 1870, y luego a partir de 1918. Antes, a los judíos les habían tenido aversión otros pueblos no solo por su supuestamente extravagante religión, sino también por sus hábitos

extravagantes: ropas extrañas, barbas extrañas, habla extraña, etcétera; eran una minoría visible. Pero de pronto, el odio particular hacia los judíos, el que los tenía como objeto, se dirigió casi en todas partes hacia los judíos asimilados, que externamente apenas se distinguían de la población no judía que les rodeaba. El antagonismo era racial, y también espiritual. Para muchos, los judíos representaban –de hecho, encarnaban– un peligro palpable, quizá un peligro para toda la nación.

Este estado de cosas se vio agravado en muchos lugares y para mucha gente a partir de 1918, por la gran presencia de judíos entre los nuevos dirigentes bolcheviques de Rusia. La fórmula "bolchevismo judío" se hizo habitual durante al menos dos décadas. Como veremos, para Hitler los principales enemigos eran los judíos y los comunistas; en 1918, creyó que ambos habían desempeñado un papel decisivo en la derrota de su nación. A partir de entonces emplearía a menudo la expresión "bolchevismo judío". Pero un examen cuidadoso de sus declaraciones públicas y de sus manifestaciones privadas indicaría que, en verdad, no consideraba equivalentes los dos términos. Su odio se dirigía más a los judíos que a los comunistas, pero a la vez sabía que ese emparejamiento, y la equiparación entre ambos, resultaba útil porque podría ser tremendamente popular. Por lo tanto, mantuvo este uso, sobre todo a partir de 1941, llegando a recurrir a él en su última alocución pública, en abril de 1945, poco antes de su muerte. Aunque hay sobradas pruebas de su admiración por Stalin, y de que sabía que la Unión Soviética de este no estaba en absoluto dominada por los judíos.

Entre los extremistas de derechas y los de izquierdas subsiste una diferencia fundamental: a los primeros los mueve el odio, y a los segundos el miedo. Esto no siempre fue así. Hace doscientos años, la vieja derecha –los reinos y los ducados autoritarios, los conservadores, las aristocracias y la policía– tenía miedo de las ideas de la Revolución Francesa, de su poder de atracción y de sus posibles representantes. La izquierda (en la que entonces, a

diferencia de hoy, había jóvenes) odiaba esos regímenes, a sus gobernantes y a la policía; y cuando tenía miedo de ellos, se trataba de un miedo mezclado con desprecio.

Entonces, alrededor de 1870, se produjo un cambio. El nacionalismo empezó a reemplazar a las antiguas formas de patriotismo, y demostró ser para las masas un aglutinante más fuerte y duradero que la lucha de clases. En sus representaciones y encarnaciones más extremas, el nacionalismo no se limitaba a la aversión por los extranjeros. Había en él también un odio despectivo hacia los hombres y mujeres de su propio país a quienes los nacionalistas percibían como no nacionalistas, e incluso como traidores. No se trató de un fenómeno aristocrático ni conservador, sino populista. Se manifestó en una gran variedad de naciones y estados, atrajo a multitud de jóvenes revolucionarios, y sus oponentes, especialmente los judíos, aprendieron pronto a temerlos.

El odio es más fuerte que el miedo. Ambos se dan entre animales. Pero entre los seres humanos, el odio termina autodestruyéndose; no siempre se mantiene a largo plazo, cosa que sí hace con frecuencia el miedo. Esto, en cualquier caso, no puede ser un consuelo para quienes experimentan o comprenden el poder del odio sobre el miedo a corto plazo. El odio además, en mayor medida aún que el miedo, puede tener un componente de participación: la gente odia lo que odia en sí misma, o a menudo odia a quienes tiene cerca o lo que tiene cerca. ¿Qué es la venganza, sino el deseo de provocar un sufrimiento que cure el sufrimiento propio? "En el espíritu de la rebelión –escribió Georges Bernanos– hay un principio de odio o desprecio por la humanidad. Me temo que el rebelde no sea capaz de dar a los que ama tanto amor como odio da a los que odia".

En los extremos del espectro político-ideológico podemos, pues, detectar la presencia del miedo en la izquierda radical y la presencia del odio en la derecha radical. Aunque esto no está limitado a los creyentes de ambos extremismos. Hay compañeros de viaje de la izquierda, pero también los hay de la derecha, y estos últimos han

sustituido su miedo por la sensación agradable de verse admitidos entre los nacionalistas. Estas no son categorías, sino tendencias. Pero tampoco son inclinaciones que puedan atribuirse únicamente a la atracción de las ideologías políticas. Son características humanas y por lo tanto complejas, son inclinaciones y potencialidades que no están fijas ni determinadas. No pueden explicarse mediante definiciones como "la personalidad autoritaria" o "la tentación totalitaria".

Los hombres y las mujeres no *tienen* ideas. Las *eligen*.

V
SIN NOSTALGIA POR ‘EL MUNDO DE AYER’

La singularidad de Estados Unidos – Una influencia diferente de la de las otras grandes potencias – Su prosperidad en la década de 1920 – La década de 1920: la primera (y quizá única) década ‘moderna’ – La ‘depresión’ de 1929 y después, pero también el optimismo estadounidense: ni mucho miedo ni mucho odio

*L*a historia de Estados Unidos es diferente de la de los otros grandes imperios. Resulta impreciso, además de exagerado, decir que el siglo XVIII es el “siglo francés” o el XIX el “siglo británico”, pero no que el siglo XX es el “siglo estadounidense”. Por supuesto que la influencia de Francia y de Gran Bretaña trascendió sus respectivas fronteras, y que se emularon instituciones y costumbres de estos dos grandes países; pero el impacto de Estados Unidos en el mundo ha sido mayor, y puede que más decisivo. Desde su mismo nacimiento, Estados Unidos representó el progreso de la democracia. De esto se dio cuenta el gran Alexis de Tocqueville: su genio percibió un cambio que consistía en algo más que en la mera transición de los siglos francés y británico al siglo estadounidense, un cambio que estaba llegando a Francia (y a la mayor parte del mundo) después de quizá miles de años. A saber, la evolución desde las edades aristocráticas hacia una edad democrática, desde unas edades en que gobernaban las minorías a otra en que gobernaban (o lo pretendían al menos) las mayorías. Un cambio en la estructura misma de la historia.

Estados Unidos ya era prácticamente la primera potencia mundial en 1914. Y entonces, en 1917, en contra de su tradición y de las advertencias de algunos de sus fundadores, decidió entrar en la guerra europea. Para ello tuvo que operarse una transformación en la opinión pública y los sentimientos populares estadounidenses, desde las complejidades del pacifismo hacia el entusiasmo

militarista. Aunque poco después de la guerra se impuso en Estados Unidos la tendencia a darle la espalda a Europa, su entrada en ella resultó muy fructífera: decidió la guerra en favor de los aliados occidentales. Las bajas estadounidenses fueron una décima parte de las británicas, y menos aún que las francesas, ya que los soldados de esta nacionalidad combatieron durante más de cuatro años y, pese a la victoria, quedaron muy mermados. La prosperidad de Estados Unidos y el bienestar de su población fueron sensacionales tras la Primera Guerra Mundial (como lo serían tras la segunda). Atribuir esto a las ventajas naturales de Estados Unidos –el que esté separado de otros continentes por dos de los mayores océanos del planeta y que constituya una enorme masa de tierra con ingentes recursos– resulta superficial. Condiciones como esas también tienen otras repúblicas de Centroamérica y Sudamérica, desde México hasta Argentina. Pero su historia política y social fue, y es, mucho menos significativa que la de Estados Unidos. Al margen de los defectos de este último, las propias condiciones estadounidenses de libertad, seguridad, prosperidad y respeto a la ley han sido consecuencia de lo que los estadounidenses han heredado y adoptado de sus antecesores angloparlantes, gran parte de cuyo legado se mantenía en el siglo xx. En 1920, los estadounidenses de origen inglés, escocés o irlandés eran menos de una quinta parte de la población de Estados Unidos (ochenta años antes, Tocqueville los había llamado aún "angloamericanos"). Pero el poder de conformación y asimilación de las costumbres y las instituciones estadounidenses era impresionante. Esto les otorgó un carácter único al poder, la prosperidad y el prestigio de Estados Unidos. (Semejante legado histórico se observa igualmente en su vecino del norte, Canadá).

Todo esto contribuyó a una gran oleada de inmigración, que se reanudó al término de la Primera Guerra Mundial. (Se produjo también en otras repúblicas americanas, especialmente en Brasil y Argentina; la población de esta última se multiplicó por cuatro o cinco a partir de 1880). Pero poco después de 1919, el pueblo y los políticos de Estados Unidos decidieron cerrar (no del todo, pero sí en

buena parte) la "puerta dorada". Dos leyes, una de 1921 y otra de 1924, limitaron drásticamente la inmigración por primera vez en la historia del país. Ya existía de antes un sentimiento popular en contra de la inmigración, que se había traducido en restricciones menores, como la exclusión de delincuentes (tanto reales como potenciales), pero estas leyes nuevas, reflejo del sentimiento popular, nacieron de la aversión nacional por Europa (o por algunos europeos al menos) de la que empezó a impregnarse la política estadounidense poco después de 1918. También marcaron la dualidad del pueblo estadounidense a lo largo de la siguiente década. Muchos estadounidenses –por un tiempo, una mayoría considerable– consideraban un error la implicación de su país con Europa y su asociación con ella en 1917-1919. El partido republicano se benefició de estos sentimientos y eligió como eslogan "Vuelta a la normalidad" (palabra no muy normal). Repudiaron a Woodrow Wilson (quien a finales de 1919 sufrió un derrame cerebral) y obtuvieron una gran mayoría en las elecciones presidenciales de 1920. Fue en la estela de estas como llegaron las leyes de inmigración, que establecían cuotas para los inmigrantes según su nacionalidad. Estas cuotas eran muy restrictivas para los del este y el sur de Europa, a quienes les correspondía un porcentaje ínfimo con respecto al de los europeos del oeste y del norte, incluidos los alemanes. Había en ellas, pues, un componente racial. Esta política recibió el nombre de "aislacionismo", incorrecto aunque no del todo equivocado, pues sugería el aislamiento del nuevo mundo, rezagado y saludable, con respecto a la influencia y la presencia del viejo.

Por supuesto, el aislacionismo de Estados Unidos distó de ser completo. Las leyes de inmigración dejaban abiertos algunos resquicios. Muchos "aislacionistas" además, sobre todo los republicanos, a la vez que defendían la separación de Europa, promovían la expansión del poderío militar y naval estadounidense en el Pacífico. Resulta bastante significativo que estos sentimientos fuesen por lo general de la mano de una tendencia nacional a aprobar leyes que regulasen aspectos morales. El "aislacionismo" y la ley seca –que pretendía restringirle el consumo de alcohol a toda

la población estadounidense– estuvieron en general apoyados por las mismas personas. A lo largo de la década de 1920, la distancia entre el Estados Unidos urbano (Nueva York sobre todo) y el Estados Unidos rural, al tiempo que disminuía geográfica y demográficamente, se mantenía grande y profunda (para ser exactos, más grande que profunda). A su vez, la popularidad de los republicanos –o la de lo que ellos parecían representar– resultaba decisiva. En consecuencia, los estadounidenses eligieron a tres presidentes republicanos en la década de 1920: Warren Harding, Calvin Coolidge y Herbert Hoover. Hombres limitados e incompetentes, en especial los dos primeros.

En cualquier caso, la estructura de la política estadounidense hacía que esto no fuera demasiado importante. Tras la Primera Guerra Mundial, lo importante fue la influencia del Estados Unidos urbano, no solo en el Estados Unidos rural, sino en todo el mundo. En 1920, al menos tres ciudades del país –empezando por Nueva York, naturalmente– habían crecido más que las grandes capitales europeas. Y, lo que resultaba todavía más decisivo, habían atraído a todo tipo de estadounidenses, en particular escritores, periodistas, artistas, intelectuales y hombres y mujeres con aspiraciones cosmopolitas. "Los estadounidenses son un pueblo urbano", escribió el sofisticado Harold Nicolson tras visitar Estados Unidos en 1927. (Puede que tuviera razón entonces, pero no por mucho tiempo: aproximadamente a partir de 1950, la tendencia a vivir en las afueras pondría fin a este carácter urbano). Pero más importante aún fue la expansión casi instantánea de la influencia de Estados Unidos por toda Europa y por el resto del mundo, justo a partir de 1920. En Europa no había ninguna nostalgia por "el mundo de ayer", por los modelos de conducta victorianos o eduardianos, y mucho menos por sus "valores". Se había producido una revolución en las modas, sobre todo en la de la ropa femenina, sin precedentes en la historia moderna (por primera vez en siglos, la longitud de las faldas no se limitó a cambiar un par de centímetros arriba o abajo, sino que se recortó en más de treinta). Algunas de estas modas (como los peinados más cortos de las mujeres) se originaron en Estados

Unidos, concretamente en Nueva York. Todo esto se vio acompañado por un cambio en las relaciones entre los hombres y las mujeres. En gran medida, ese mismo deseo de abandonar los cánones del pasado se hizo evidente en el arte y en la literatura, y especialmente en la arquitectura: en los enormes edificios modernos de cemento, sin ornamentación por lo general. Hubo alguna reacción, pero parcial, dispersa y tardía.

Estas cosas "modernas" incidieron en el Estados Unidos rural y penetraron en él. Un instrumento para su diseminación fue el automóvil, o su producción en masa gracias a Henry Ford a comienzos de la década de 1920. Al final de esta década, dos de cada tres familias estadounidenses poseían un automóvil. Se podría sostener que la década de 1920, en Estados Unidos y en los demás sitios, no fue solo la primera, sino quizá también la única década moderna verdadera (y que los cambios juveniles y "revolucionarios", más bien superficiales, de finales de la década de 1950 y de la de 1960 no fueron sino manifestaciones exageradas de la modernidad de la década de 1920). Una buena ilustración la ofrece el lenguaje estadounidense. En la década de 1920, el calificativo de "moderno" llegó a ser aprobatorio en todo Estados Unidos, mientras que "anticuado" resultaba desdeñoso. Una chica moderna era una chica plenamente estadounidense (en Gran Bretaña y en el resto de Europa, en cambio, la expresión "chica moderna" tenía un matiz ligeramente picante).

El cine contribuyó en gran medida a ello. Pero quizá la demostración más elocuente y duradera de la nueva, profunda y, sí, sofisticada contribución de Estados Unidos a los gustos y a la cultura de la década de 1920 fuese su música popular. La caracterización de toda ella como "jazz" es un error. Da a entender que sus creadores eran afroamericanos. Este elemento había estado desde el principio en los sonidos y ritmos populares estadounidenses, pero los compositores de la década de 1920 eran más bien estadounidenses de segunda generación –hijos de europeos inmigrantes en Estados Unidos– o de origen más antiguo, como Irving Berlin, George e Ira Gershwin,

Jerome Kern, Richard Rodgers, Lorenz Hart, Hoagy Carmichael, Vincent Youmans y Cole Porter. Sus letras no siempre estaban a la altura de los ritmos y acordes elegantes de su música, pero esta era inigualable, capaz entonces como ahora de conquistar el mundo entero, y eso que su esplendor comenzó a declinar, hasta casi desvanecerse, a partir de 1955. El vehículo de su éxito y su popularidad fue, más que el cine, la comedia musical estadounidense, que por un tiempo se consideró de modo erróneo heredera de la opereta, sobre todo de la de Europa central. Una investigación seria –pero inevitablemente imprecisa– de este tipo de música nos mostraría que sus oyentes y consumidores más cualificados procedían de las clases altas y urbanas de Estados Unidos en mayor medida incluso que de las bajas (aunque sus mejores artistas e intérpretes fuesen a menudo afroamericanos). Pero, ciertamente, las categorizaciones y distinciones sociológicas (más aún que las sociográficas) acerca de los estadounidenses suelen ser imprecisas. Podemos observar que la década de 1920 –pese a las leyes de inmigración de 1921 y 1924, y debido a algunas de sus disposiciones especiales– había estado marcada por la llegada extraordinaria de muchos músicos, compositores y pintores europeos con reputación europea y a veces mundial, además de arquitectos, filósofos y otros intelectuales. Una afluencia solo comparable, quizá, al éxodo griego a Roma de dos mil años antes. Llegaron también multitudes de refugiados como esos durante el periodo de Hitler, en las décadas de 1930 y 1940 (y después, durante la brutal imposición del comunismo por parte de Stalin sobre la mayor parte de la Europa oriental). Pero la primera ola (o mejor, el goteo continuo) llegó en la década de 1920, lo que constituye una razón poderosa para reconocer que, pese a la popularidad entonces del "aislacionismo", la influencia de la cultura europea en el pueblo estadounidense (y a la inversa) fue mayor en aquella época que en las anteriores.

Además, de aquí surgió un fenómeno de alcance nacional; de hecho, un componente indispensable de la singularidad de Estados Unidos en la década de 1920: a saber, la extensión enorme de una

incipiente “clase media”. Esta denominación se aplica a una categoría social que empieza a perder su significado en países de todo el mundo, pero –como en otras cuestiones– Estados Unidos los precedió, sobre todo en la década de 1920. Tradicionalmente, “clase media” alude a una franja más o menos fina entre la clase alta (principal, pero no exclusivamente, aristocrática) y las clases baja y más baja, mucho más numerosas. Pero hasta la década de 1920, en Estados Unidos (y hasta cierto punto en Canadá, Australia y Nueva Zelanda) la clase media no era tanto una “clase” como un fenómeno global. Fue una protuberancia o una hinchazón en la pirámide social, que llegó a dominar en muchos sentidos. Según un estudio, en 1927 más del sesenta y siete por ciento (más tarde, el ochenta por ciento) de los estadounidenses se describía a sí mismo como de “clase media”. Esto era algo nuevo y único en la historia mundial, por más que estas definiciones y estadísticas sean necesariamente imprecisas, ya que la “clase media” no es algo que se determine solo por el patrimonio y los ingresos, sino también por la formación y por la dedicación a unas profesiones determinadas. Por otro lado, la categoría europea de “burguesía” no resultaba excesivamente reconocible en Estados Unidos, ni como clase, ni como segmento de clase (y esto a pesar de que la palabra “ciudadano”, que se deriva de “ciudad”, tuviese orígenes urbanos en Europa). Un problema similar se plantea con la distinción entre las clases “media alta” y “media baja”, pero esto no era ni es exclusivo de Estados Unidos. En cualquier caso, la sociedad estadounidense no era una sociedad sin clases, por más que la categoría de “clases” no llegue a ser distintiva ni inmediata o fácilmente reconocible. Entretanto, muchos de los hábitos y costumbres, y hasta de los valores, de la mayoría de los estadounidenses fueron, de algún modo, de clase media (pese a que, más avanzado el siglo xx, “tener clase” se convirtiera en una expresión aprobatoria entre los estadounidenses).

Esta especie de universalidad resultaba más palpable en el pensamiento y en la visión del mundo de la mayoría de los estadounidenses, donde se alojaba aún más profundamente. Consistía en su –a veces consciente, a veces inconsciente– tendencia

general al optimismo, y en su creencia en el "progreso". El optimismo estadounidense –superficial en ocasiones, pero muy extendido– constituyó en la década de 1920 un gran elemento diferencial, por varios motivos, entre la mayoría de los estadounidenses y muchos europeos. Quizá menos excusable (¿o admisible?) fueran la confianza y la creencia, que no se cuestionó casi nunca, en el progreso científico por encima de todo, en su avance sin pausa y sin límites; algo que constituía una suerte de filosofía universal, que hasta asomaba superficialmente en las declaraciones de los representantes y los predicadores religiosos.

Hoy llama la atención que esta fe optimista se mantuviera en Estados Unidos incluso durante la depresión de 1929. Los estadounidenses son un pueblo práctico, y para ellos fue fácil y provechoso aplicar la filosofía del progreso a su vida personal y a sus finanzas. Pocos reconocían (como no lo reconocen hoy) que uno de los ingredientes de la democracia avanzada es la inflación: la inflación de personas, de ideas, de bienes e incluso de dinero. Hubo una crisis financiera menor al principio de la década de 1920, pero no importó mucho porque a lo largo de esos años los precios (así como los valores aceptados) de casi todo –incluidos los bienes inmuebles, las acciones, los bonos, etcétera– no dejaron de subir (a veces más allá de los límites de la avaricia), a la par que subía la "clase media". Estaba el prestigio incesante en todo el mundo del dólar estadounidense, el cual, como hemos visto, había reemplazado a la libra esterlina británica en 1918, y que mantuvo su dominio, por lo general intacto, durante la depresión y después de ella, como lo mantendría tras el abandono del patrón oro por parte de Estados Unidos en 1933. El primer síntoma de que había un problema real se manifestó en 1926, con el estallido de la burbuja inmobiliaria de Florida –una inflación prototípica y extrema– y su correspondiente caída de precios. Debió haber sido una señal, pero al resto de Estados Unidos apenas llegó un murmullo. Las declaraciones y los lemas de los sucesivos presidentes republicanos de la década de 1920 estimularon la obsesión nacional por el progreso. Los dirigentes del país no hicieron nada por desaconsejarla ni advertir

sobre ella. (Un detalle lingüístico: hasta mediados de la década de 1950 más o menos, casi todos los políticos estadounidenses desechaban, e incluso aborrecían, la palabra "conservador"). Hasta que de repente, en octubre de 1929, se produjo un desplome fulminante y generalizado de la Bolsa de Nueva York. Ya se habían producido fenómenos similares en la historia financiera de la ciudad, pero no tan extendidos. Y lo que es más importante: en aquel año, los estadounidenses habían estado colocando su dinero en acciones en mayor medida que nunca, y más que en ninguna otra parte del mundo. Los precios tardaron años en recuperarse; en general, no lo hicieron hasta una década después.

Esto tuvo todo tipo de consecuencias, naturalmente, la peor de las cuales fue la alta tasa de desempleo. Sorprende que, en términos generales, no hicieran disminuir la confianza de los estadounidenses en los valores de su país. La nación europea más castigada por la depresión fue Alemania, donde la tasa de desempleo era comparable a la de Estados Unidos, y en algunas zonas incluso mayor. Pero en Alemania los efectos políticos fueron enormes (incluso se propone como la causa principal del ascenso de Hitler al poder), mientras que en Estados Unidos no. Un dato: el partido comunista de este país obtuvo su mayor porcentaje de votos en 1932, un insignificante 0,25 por ciento de todo el electorado (por más que en aquel año un nada desdeñable número de intelectuales estadounidenses se hubieran declarado "comunistas"). El gran apoyo que el pueblo le brindó a Franklin Roosevelt en 1932 supuso, por supuesto, un punto de inflexión, y ello pese a que los efectos financieros y económicos fueron relativamente lentos en los años siguientes. Más reseñable para esta historia mínima del siglo xx fue que el valor internacional del dólar estadounidense apenas cambiara en la década de 1930, y que, lo que es aún más importante, la influencia y el prestigio de Estados Unidos no solo no disminuyeron, sino que siguieron aumentando durante toda la década. Estados Unidos y los estadounidenses eran sólidos. El hábito irreflexivo del optimismo y la fe en el progreso quizá resultaran beneficiosos, después de todo. Las expresiones políticas y sociales de miedo y odio, palpables en

algunas naciones europeas, en sus extremos al menos, fueron escasas en el pueblo estadounidense, decente y tolerante en su mayoría.

Dos fenómenos globales de largo alcance estaban en curso en la década de 1920, y sus consecuencias serían duraderas. Uno, que la población blanca iba dejando progresivamente de emigrar y establecerse en otros continentes. Dentro de Estados Unidos (y en Canadá) prosiguió el movimiento incesante de personas hacia el oeste (a través de la "frontera"), pero en las colonias de Gran Bretaña, Francia y los Países Bajos la emigración del país natal a otros continentes disminuyó; en algunos casos, incluso, los blancos empezaron a retornar desde sus colonias. La emigración a Sudamérica también se fue reduciendo lentamente. El otro fenómeno fue la expansión internacional del idioma inglés, que reemplazó al francés como segunda lengua preferida de las clases altas. Es cuando menos defendible que un factor importante en ello fuese la influencia del cine y la música estadounidenses, que estaban entre las cosas que el mundo entero quería emular.

VI
AL SUR DE LA FRONTERA Y ALLENDE EL PACÍFICO

El hemisferio sur – Extremo Oriente

*L*a historia es el registro y la memoria de la humanidad. Este conocimiento es necesariamente selectivo y limitado, no solo porque es limitado el conocimiento de los seres humanos, sino también porque lo es el del propio planeta. Las denominaciones de "hemisferio norte" y "hemisferio sur" solo surgieron cuando el hombre descubrió la forma y las dimensiones de la tierra, hace varios siglos. El ecuador, entre otras cosas, fue una invención humana, una línea circular abstracta. Lo que no fue una invención humana fue la existencia de millones de seres humanos al sur de esa línea, ni la escasa conciencia que tenían de ellos sus vecinos del norte. Todo esto empezó a cambiar hace unos seiscientos años. Hubo una gran migración de población blanca del norte hacia el sur y el oeste, que se mantuvo hasta la primera mitad del siglo xx. Continentes enteros –como Norteamérica, Australia y Nueva Zelanda, y partes de Sudamérica y del sur de África– fueron poblados por los blancos (el movimiento inverso no se produciría hasta después de la Segunda Guerra Mundial). En 1914, toda África era colonia de algún estado europeo, con dos únicas excepciones: Liberia, en el extremo occidental del continente, y Abisinia (Etiopía), en el oriental. Sesenta años después, en África no quedaban posesiones coloniales europeas.

La historia de América Latina no fue tan simple. En la mente de los primeros conquistadores españoles –quienes, poco después de Colón, desembarcaron en el Caribe y se internaron tierra adentro– no había duda de que esas tierras nuevas eran de ellos y de España. Vencieron pronto a los imperios azteca y maya, aplastando a los

pueblos indígenas o empujándolos hacia el interior de sus territorios. La colonización española logró imponer, y perpetuar, el dominio de la iglesia católica y del idioma español sobre la gran variedad de pueblos indígenas conquistados con una eficacia increíble. Pero fue en gran medida incapaz –algo, realmente, no menos increíble– de que una mayor cantidad de inmigrantes españoles fuesen colonos. Los descendientes de los conquistadores se encontraron con que se iban distanciando de España, y de ahí que la pequeña clase dominante –que en casi toda la América hispanoparlante era por lo general española de raza y origen, pero también nativa– quisiera hacerse con el control y tener cada vez más independencia de España y de los virreyes españoles.

En el último cuarto del siglo XVIII, se produjeron las revoluciones de Norteamérica y Francia. Sus efectos intelectuales fueron casi nulos sobre la inmensa mayoría de la población no española ni blanca; con la excepción de Haití, donde en 1803 hubo una impresionante rebelión de esclavos contra los franceses, liderada por Toussaint l'Ouverture. En cambio, sus efectos sobre los dirigentes –sobre todo entre los miembros más jóvenes de lo que era no una clase media o capitalista, sino una pequeña sociedad de clase alta todavía feudal y a menudo militarizada– fueron importantes, puede que inevitablemente. En 1810 en México, y a partir de ahí en casi todos los virreinatos españoles, hasta Argentina en el extremo sur, se sucedieron las revoluciones y las autoproclamaciones de los nuevos estados como repúblicas. Brasil constituyó una excepción, aunque quizá solo nominalmente: este inmenso territorio de América no se había convertido en una colonia española, sino que, por arbitraje papal, se le adjudicó a Portugal en 1494, y Brasil siguió siendo gobernado por un emperador de la dinastía portuguesa hasta 1889.

Sin embargo, a lo largo del siglo XIX, la estructura social de Brasil no fue muy diferente de las de los demás estados de América Latina, por lo general pequeños. Estas repúblicas, "liberadas" del dominio español por oficiales del ejército ambiciosos y capaces (como Simón Bolívar, José de San Martín o Bernardo O'Higgins), ya habían nacido

para 1830 (en lo esencial, tal y como siguen siendo hoy en día), transformando el mapa de América y del mundo. (La república de Colombia conservó el nombre de "Nueva Granada" hasta 1860). Casi todas empezaron a recibir inmigración en masa, procedente en su mayoría del sur de Italia y de los países germánicos. Esto modificó el carácter de algunas de ellas, en especial el de Argentina. Al igual que ocurrió con los norteamericanos, muchos sudamericanos y centroamericanos se trasladaron al otro lado de sus cambiantes "fronteras", hacia el oeste y hacia el sur. Pero su historia fue, por lo demás, muy diferente de la de Norteamérica. La clase media era en casi todos estos países reducida y se desarrollaba lentamente (con la excepción, de algún modo, de Chile). Pese a haberse encomendado inequívocamente a la libertad y a la democracia, estuvieron gobernados a menudo por dictadores, cuyas tiranías el pueblo aceptó, al menos en un principio. Durante el siglo XIX, apenas se redujeron las enormes diferencias de nivel de vida y de cultura entre los pobres y los ricos, aunque las poblaciones terminaron viéndose beneficiadas por la riqueza de muchas de sus tierras y de sus recursos naturales. Las exportaciones de trigo de Argentina, en su mayor parte a las islas británicas, colocaron a ese país entre los cinco más ricos del mundo, desde 1860 aproximadamente hasta casi 1930. Durante este periodo, los británicos construyeron –mediante sus finanzas, su industria y su ingeniería– muchas infraestructuras argentinas, como por ejemplo los ferrocarriles. Pero la inmigración británica a Argentina fue escasa, igual que su influencia cultural y política. Adonde miraban los argentinos, en su creciente emulación de las formas europeas, era ante todo a Francia: en 1910 tenían impresionantes avenidas, edificios y paisajes urbanos que recordaban a París. (A diferencia de Brasil, Argentina no se unió a Estados Unidos y Gran Bretaña en la Primera Guerra Mundial. Y en la segunda lo hizo al final, muy a regañadientes; para entonces, buena parte del sentimiento popular argentino se había vuelto antibritánico).

Pero durante el siglo XX se fueron transformando las estructuras políticas y sociales de casi todas las naciones de América Latina. Los

eslóganes, las prácticas y los llamamientos populistas cobraron cada vez más importancia. Podría afirmarse que si, en su primer siglo de independencia republicana, el ideal de la mayoría de las naciones de América Latina, sobre todo el de sus clases medias o con formación, fue la Libertad, a partir de 1910 aproximadamente (con variaciones según los países) el ideal pasó a ser más bien la Democracia. Esto tuvo como resultado un problemático periodo de transición política. México, que había sido derrotado por Estados Unidos en 1848, perdiendo territorios en general deshabitados, se llevó la peor parte. Durante el siglo XIX su historia estuvo azotada por tumultos y dictaduras. Por un corto periodo (durante la guerra de Secesión estadounidense), México tuvo un emperador apoyado por los franceses, Maximiliano de Habsburgo, que fue derrocado y asesinado en 1867 por un héroe nacional, Benito Juárez. (Cuando Mussolini nació en 1883, sus padres le pusieron "Benito" en su honor: un ejemplo inusual de emulación de algo latinoamericano por parte del viejo mundo. Otro sería el tango argentino, que se popularizó en Europa en la década de 1920).

Los desórdenes, las revoluciones y las dictaduras fueron aún más habituales en México a principios del siglo XX, pero con una diferencia: ahora los demagogos y los dictadores eran populistas. El sufragio universal masculino ya existía, pero se apeló como nunca al "pueblo": en busca de sus votos, pero no solo por eso. En 1917, uno de los nuevos presidentes efímeros, Venustiano Carranza, elaboró una constitución justa para México. Murió tres años después. Por aquel entonces, los rebeldes populistas (como Emiliano Zapata) fueron concitando el suficiente apoyo popular como para formar ejércitos revolucionarios propios. En 1924 llegó al poder Plutarco Elías Calles, un dictador radical y populista, que consideraba la iglesia católica enemiga del progreso y del pueblo mexicano, y que llevó a cabo una sangrienta guerra de tres años contra los "cristeros", los católicos mexicanos dispuestos a defender su fe y su iglesia. El conflicto se acabó en 1930… de algún modo. Se fundó el Partido Revolucionario Institucional (PRI), un partido único y poderoso que dominaría la política mexicana (con distintos líderes)

durante las décadas siguientes. A partir de entonces, los dictadores fueron políticos en vez de militares, autoritarios y no totalitarios. Esto también fue así en Brasil, gobernado de 1930 a 1945 por Getúlio Vargas, aunque con relativamente poco daño para las libertades brasileñas, tanto personales como intelectuales; o en la Cuba de Fulgencio Batista; o en Argentina, donde en 1930 José Félix Uriburu llegó por un golpe militar al poder, que dejaría tras dos años de accidentada dictadura. Todo esto se debió en buena parte al crecimiento de las clases medias latinoamericanas, tanto en tamaño como en prosperidad e influencia política. Crecimiento que sería aún mayor durante la Segunda Guerra Mundial, en la que la mayoría de los dirigentes de Centroamérica decidió que su política exterior y militar fuese la misma que la de Estados Unidos.

Durante el siglo XIX, el pueblo y ciertos políticos estadounidenses tuvieron en ocasiones el impulso de extender su poder hacia el sur. Pero, salvo por la guerra con México (1846-1848), apenas lo llevaron a cabo. A veces se intentó intervenir en Cuba, para "liberarla" del dominio español y anexionarla a Estados Unidos (o, a comienzos de la guerra de Secesión, a la Confederación del Sur), pero esto no llegó a suceder. En 1898, Estados Unidos decidió declararle la guerra a España, con la excusa de acabar de manera saludable con el último capítulo de la guerra civil hispano-cubana. En aquella "espléndida guerrita", como la llamaron algunos políticos de Estados Unidos, este país invadió Cuba, le arrebató Puerto Rico a España y tomó las islas españolas del Pacífico; pero los efectos de la guerra a largo plazo fueron más importantes que la incursión parcial de Norteamérica en Centroamérica. A principios del siglo XX, Estados Unidos forzó a la república de Colombia a que le cediera su provincia del noroeste, donde fue establecida una nueva república de Panamá, con una zona estadounidense a ambos lados del impresionante canal, cuya construcción comenzó en 1903 y concluyó en 1915. En los sucesivos tumultos y guerras civiles de México, el ejército de Estados Unidos llevó a cabo intervenciones limitadas, la última, muy breve, en 1916. Pero los estadounidenses no tenían una inclinación política poderosa por incrementar sus posesiones en el hemisferio

sur. La existencia más o menos segura de sus propias posesiones materiales y económicas les bastaba. A partir de 1914, las colonias europeas de América Latina (algunas francesas, y unas pocas islitas holandesas y danesas) dejarían pronto de existir. Y lo que era más importante: las esporádicas ambiciones que tuvo Estados Unidos a lo largo del siglo XIX de invadir y anexionarse parte de Canadá se habían desvanecido, seguramente para siempre.

En el hemisferio sur, las poblaciones de Australia y Nueva Zelanda, de origen mayoritariamente británico, irlandés y holandés, llevaron una vida de pioneros tranquila e impasible a lo largo del siglo XIX y buena parte del XX. Los aborígenes de aquellas tierras carecían por lo general de poder. Una excepción fue la guerra de los Bóers de 1899-1902, entre los británicos y la población holandesa de Sudáfrica que aspiraba a la independencia; la ganaron los británicos, aunque sin efectos importantes ni duraderos. En 1910, todas estas antiguas colonias británicas tenían gobiernos autónomos y pertenecían a la Commonwealth. En 1914, apoyaron a la madre patria con entusiasmo, entregándole a ella la vida de miles de sus hombres. Lo mismo ocurrió en 1939, pero para entonces había un cambio sutil: la vida y las costumbres de estos descendientes de ingleses (y de escoceses e irlandeses) se parecían ya más a las de los estadounidenses que a las de sus antepasados.

Al norte del ecuador, empezaron a aparecer las primeras manifestaciones de nacionalismo (un término impreciso; se ajustaría más el de "anticolonialismo"), en buena parte antes incluso de la Primera Guerra Mundial o inmediatamente después. Fueron una consecuencia del fin del viejo imperio otomano. Turquía se convirtió también en una república, pero con un líder extraordinario –de nuevo, un antiguo oficial del ejército–, Mustafá Kemal Ataturk, que comprendió que, para un estado, la amputación de las partes débiles e inútiles puede resultar tan beneficiosa como para un cuerpo enfermo. A la vez, acabó brutal y drásticamente con la presencia milenaria de la población griega en Anatolia, durante una breve guerra con Grecia en 1922-1923. Por su parte, los antiguos pueblos

de Oriente próximo se vieron de pronto convertidos en habitantes de estados nuevos, como Siria, el Líbano, Egipto y Arabia Saudita. Durante un tiempo, los dos primeros fueron "protectorados" franceses, mientras que Egipto fue una especie de colonia británica; pero esto no duró. Entretanto, nuevas dictaduras nacionalistas surgieron en Oriente medio: en Persia (Irán), bajo Reza Pahlavi, antiguo oficial cosaco y ahora sah; o en Afganistán (bajo Amanulá Khan), un país que nunca han colonizado sus poderosos vecinos, ni Rusia, ni –desde la India– Gran Bretaña. Un elemento nuevo fue el estado de Israel, que el gobierno británico, por varias razones, declaró y estableció en 1917 en la mayor parte de la antigua Palestina, bajo una ocupación parcial por su parte. Aunque la mera existencia de un país así y de sus fronteras llevaría a guerras prolongadas, amargas e irresolubles entre las poblaciones árabe y judía de Israel-Palestina. Durante treinta años, los británicos intentaron limitar la inmigración judía a Israel, hasta que en 1948 se retiraron y las grandes potencias reconocieron un estado judío independiente.

Tras la Segunda Guerra Mundial, el colonialismo dejó de ser una práctica de las potencias occidentales. (Una excepción la constituiría el imperio ruso de Asia central, que aún se mantiene en parte). Pero en la década de 1920 ya eran visibles algunos brotes de anticolonialismo. En la India estaba Mahatma Gandhi, cuya campaña humanitaria entre su pueblo en favor de la resistencia pasiva impresionó a todo el mundo. Había oradores anticolonialistas y potenciales líderes populares en muchos lugares de África, la India e Indonesia. Aunque deberíamos distinguir entre nacionalismo y anticolonialismo. Entre los estados anticolonialistas pocos eran homogéneos étnicamente: los componían (o a menudo los descomponían) diversas tribus y religiones, por más que hoy tengan una bandera nacional, un gobierno nacional y unas fronteras. El nacionalismo fue esencialmente un fenómeno y una ideología de Europa (y de América), que casi siempre importaban a sus pueblos nativos los intelectuales africanos y asiáticos a partir de lo que habían visto o aprendido en Europa o Gran Bretaña. Solo fueron

relevantes, con algunas excepciones, a partir de la Segunda Guerra Mundial. Hasta entonces, tuvo lugar algo más significativo, sobre todo en Gran Bretaña: el surgimiento de una corriente de simpatía por el anticolonialismo, al tiempo que mermaba la creencia en el imperio. El éxito popular de obras como *Pasaje a la India* (1924), de E. M. Forster, es un síntoma de que, al menos entre el pueblo británico, se había debilitado el sentido victoriano y eduardiano de sus beneficios y privilegios exclusivos.

En la década de 1920, ninguna gran potencia deseaba expandirse más. Una excepción fue Japón. La opción de este país había sido aislarse del resto del mundo, pero en las últimas décadas del siglo XIX, su gobierno y su clase dirigente se embarcaron en una transformación que, por lo demás, resultaba casi inevitable. En 1868 habían llevado a cabo las llamadas reformas Meiji, de las que formaba parte un programa extraordinario de copia, emulación y adopción de las instituciones imperiales y los logros técnicos de las grandes potencias. El modelo para su nuevo ejército fue en general el prusiano, y para su armada la británica. Con el cambio de siglo, ya estaban preparados para lanzarse a la expansión, que empezarían por el mar de China. Intervinieron primero en Corea. En 1894-1895, llevaron a cabo una guerra naval contra la decrépita flota china, dominando algunas de las islas que hay entre este país y Japón. Diez años después (1904-1905), provocaron una guerra contra Rusia. Su victoria fue espectacular, tanto por mar como por tierra. Las ambiciones de Japón tendieron entonces a expandirse más allá de las islas y los puertos de China, hasta zonas de extremo Oriente. (El tratado de Portsmouth de 1905, en el que medió nada menos que el presidente Theodore Roosevelt, asignó a Japón, entre otras cosas, la mitad sudeste de la isla rusa de Sajalín, próxima a Siberia). En 1910, Japón ocupó y se anexionó el antiguo reino de Corea. Cuatro años más tarde estalló la Primera Guerra Mundial, en la que Japón obtuvo importantes beneficios, como la adquisición de unas cuantas colonias alemanas en el Pacífico occidental, e islas y puertos a expensas de China. Para entonces, el país tenía una armada enorme y muy moderna. En 1920, los barcos y las tropas de Japón

ocuparon una parte de la Rusia de extremo Oriente, intentando beneficiarse del caos de la guerra civil de ese país. Gran Bretaña y Estados Unidos no tuvieron más remedio que reconocer el poderío japonés. En 1922, la conferencia de Washington intentó paralizar cualquier división posterior de China, y sus cláusulas de desarme naval limitaron el tamaño de los acorazados japoneses. La simpatía inicial del pueblo estadounidense por el "moderno" Japón –muchos habían percibido algo estadounidense en su desarrollo– se había desplazado. Desde 1907, Estados Unidos, en especial California, aprobó una serie de regulaciones que prácticamente prohibían más inmigración japonesa. La antigua buena voluntad estadounidense (unas veces religiosa, otras ilusa) hacia un pobre pueblo derrotado como el chino se incrementó, quizá en reacción a la agresividad japonesa. Pero Japón era ya una potencia y un actor en la escena internacional. Para 1930, había más automóviles allí que en muchos países europeos.

En 1931, Japón empezó a ejercer presión sobre la China continental, con el objeto de convertir aquel inmenso y milenario país en una especie de socio menor, o incluso en un satélite. Debido a su impresionante extensión y complejidad, la historia de China siempre les plantea grandes problemas a los historiadores, sean chinos o extranjeros. La historia de los gobiernos y del poder chinos –esto es, la historia política y militar, la que más le interesa a la mayoría de los historiadores generales– resulta difícil de reconstruir. El comercio chino con Europa y con América, así como el conocimiento occidental de los productos y del arte chinos, y el gusto por ellos, fue algo palpable durante siglos. El acceso relativamente libre a China, junto con la debilidad de sus gobiernos centrales, animaron a algunas de las grandes potencias, incluso aquellas situadas a océanos de distancia, a establecer sus propios enclaves y puertos pequeños en el mar de China (llamados "capitulaciones", según el derecho internacional del momento): primero fue Gran Bretaña con Hong Kong, en la década de 1840, y después Francia, Rusia y Alemania, cada una a su modo. Entonces, los japoneses se dispusieron a rodear China, ocupando Corea y empezando a

penetrar, de diferentes formas, en los ricos territorios del imperio chino del nordeste.

Esto contribuyó, junto con otros factores importantes, a la revolución china de 1912. En pocos días, China se convirtió en una república y su dinastía gobernante desapareció. Como en muchos otros países coloniales, los instigadores de una revolución así eran, por un lado, intelectuales con algún conocimiento del mundo y, por otro, generales ambiciosos del ejército. Yuan Shikai era uno de estos últimos, y dos años más tarde se autoproclamó nuevo emperador, aunque murió poco después. Más duradero e impresionante fue el prestigio y el poder de Sun Yat-sen, educado en Estados Unidos y cristiano (como lo fueron otros líderes de la revolución de 1912, para quienes el cristianismo tenía también la connotación de ser algo "occidental"). Resulta tan destacable como llamativo que Sun Yat-sen (que murió en 1925) fuese venerado e idolatrado por igual por los dos líderes posteriores, que no tardarían en ser enemigos: el comunista Mao Zedong y el anticomunista Chiang Kai-shek. (Este, también cristiano, se casó con la hija de Sun Yat-sen). En 1926-1927, inspirado por Sun Yat-sen, Chiang intentó establecer el primer gobierno nacional, unitario y efectivo chino de un partido nacional, el Kuomintang. Los comunistas y Mao Zedong lo rechazaron y se rebelaron contra él en 1927. Chiang los derrotó, y Mao y los suyos tuvieron que huir a una remota región del noroeste de China, donde el apoyo ruso que recibieron fue mínimo. Aproximadamente una década más tarde, Chiang pasó a ser beneficiario del apoyo –primero político, luego material y finalmente militar– de Estados Unidos.

Por aquel tiempo, algunos de los líderes de Japón, en especial los de la armada y el ejército imperiales, decidieron que había llegado el momento de incrementar el dominio sobre China, aun a riesgo de una posible guerra con Estados Unidos (que Japón pensaba, de manera errónea, que se circunscribiría al lejano Pacífico occidental y a extremo Oriente). En 1931, el ejército de Japón ocupó la vasta y rica provincia de Manchuria, frontera de China durante siglos, en la

que estableció un reino de Manchuria a modo de estado satélite japonés. Japón fue condenado por la Sociedad de Naciones de Ginebra, en la que se dio de baja sin pensarlo. Al año siguiente, controlaba la antigua capital china, Pekín (Beijing). Chiang trasladó su gobierno nacional a Nanking. En 1937, comenzó a gran escala la guerra chino-japonesa. En 1940, Japón decidió aliarse con Alemania. Para entonces, China se había convertido en el principal problema entre Japón y Estados Unidos.

Pero la Segunda Guerra Mundial estalló en Europa, como lo había hecho la primera.

VII
‘CLASE MEDIA’ NO ES ‘BURGUESÍA’

El fracaso de las democracias liberales – Gobiernos autoritarios, dictaduras – Una crisis del capitalismo – Estados Unidos y otros ejemplos de democracia parlamentaria

*E*n noviembre de 1918 cundía la opinión de que la victoria de los aliados occidentales suponía la derrota, acaso permanente, de los estados imperiales y no democráticos, como eran Alemania y sus aliados. Se trataba de una perspectiva muy del gusto del pueblo estadounidense, y sobre todo del presidente Woodrow Wilson. Este, en marzo de 1917, había sentido un gran alivio con las noticias de la revolución liberal en Rusia y la abdicación del zar, puesto que eximían a Estados Unidos y a las democracias occidentales de la carga de ser aliados de un estado imperial. Poco después, como sabemos, el liberalismo y el parlamentarismo fueron pisoteados en Rusia por los comunistas bolcheviques. Pero de lo que debemos ocuparnos ahora es del fracaso de la democracia liberal en la mayor parte de Europa, contrariamente a las expectativas que muchos albergaron en 1918 y hasta un poco después.

Para muchos, en muchas naciones, el final de la guerra *parecía* el triunfo del liberalismo y la democracia –quizá incluso más del liberalismo que de la democracia–, tal y como los encarnaban Gran Bretaña y Francia. Una de las consecuencias fue que a estos países los emularon incluso los que no estaban entre los vencedores. En 1919, casi todos los estados de Europa, nuevos y viejos, contaban con un gobierno parlamentario liberal. Esto no duró. Una razón fue el declive paulatino, cada vez más evidente, de la influencia de Gran Bretaña y Francia en los asuntos europeos. Otra más profunda, aunque menos reconocida, fue el crecimiento de la impopularidad de los valores burgueses.

Esto puede que requiera una explicación rápida. Hemos visto que la Primera Guerra Mundial (a diferencia de la guerra revolucionaria francesa o las guerras napoleónicas) apenas despertó nostalgia, si es que despertó alguna, por la restauración de los patrones y valores antiguos. Esta falta de nostalgia iba a veces de la mano del escepticismo por los principios mismos de la Ilustración del siglo XVIII, principalmente la francesa. Hay que tener al menos en cuenta que la Ilustración y sus consecuencias fueron abrazadas y apoyadas ante todo por las crecientes clases medias y por sus estratos superiores, la llamada "burguesía" (no del todo idéntica a la "clase media"). Lo relevante en lo que nos ocupa es que, a partir de 1920 más o menos, el adjetivo "burgués" adquirió un sentido desdeñoso, y no solo entre los comunistas y demás devotos de la izquierda. Fue algo particularmente acusado en Alemania, y entre los intelectuales de todo tipo.

En buena parte de Europa, sobre todo en la del sur y en la oriental (esta última con al menos seis o siete estados nuevos desde 1918), las llamadas clases medias, y en especial sus estratos burgueses superiores, se redujeron y debilitaron. Lo mismo ocurrió con el atractivo histórico y popular de muchas de sus instituciones, como los parlamentos (y el liberalismo). La composición de los gobiernos y los parlamentos no reflejaba en casi ningún sitio –y menos aún en los estados nuevos– la composición de sus naciones: pese al sufragio universal masculino, los miembros de los gobiernos eran predominantemente de la clase media. No tardó mucho en surgir –no solo en la superficie de la política, sino también en sus profundidades– una aversión hacia ese sistema liberal, o hacia la ausencia de sistema: una antipatía que atribuía a las clases gobernantes los casos frecuentes de ineficiencia y corrupción.

El resultado fue el surgimiento de unas dictaduras nuevas, que, de manera un tanto extraña, no diferían de las de algunos estados de Sudamérica, aunque no se inspiraran en ellas ni su propósito fuera emularlas. En 1922, Mussolini y sus legiones fascistas marcharon sobre Roma. En 1923, el rey de España le entregó poderes casi

dictatoriales a un general del ejército, Miguel Primo de Rivera. En 1926, en Portugal, António Oliveira de Salazar, un profesor serio y respetable, se convirtió en la cabeza de un gobierno autoritario. En el mismo año, los poderes parlamentarios liberales de Polonia quedaron reducidos por la dictadura parcial del mariscal Józef Pilsudski, héroe nacional polaco, en 1918 y 1920. En 1927, 1929 y 1934, los gobiernos parlamentarios liberales de Lituania, Letonia y Estonia también se transformaron, como los de casi todos los estados de Europa central y oriental.

En estos países, la impopularidad del liberalismo precedió al establecimiento de los regímenes nuevos, a los que llamar "dictaduras" no es del todo adecuado. Sería más exacto calificarlos de "autoritarios", que no "totalitarios" (esto último resulta vago y por lo general engañoso, incluso cuando se aplica a los países que vivieron bajo Hitler o Stalin). Lo autoritario no llegaba a ser "total", ya que estos regímenes nuevos decidieron conservar algo de las antiguas instituciones, como el parlamento (aunque limitando sus poderes y estableciendo en algunos casos el gobierno de un partido único; en España, Italia, Yugoslavia, Rumanía, Alemania, Bulgaria y Grecia se respetó –y en algunos estados incluso se reafirmó– la monarquía, el más alto poder del estado). También, *mutatis mutandis*, se mantuvieron considerables libertades intelectuales. Otro detalle: estas dictaduras autoritarias no fueron el resultado de revoluciones, sino de *coups d'état*, o golpes de estado (esta expresión, que por fortuna no tiene equivalente en inglés, se refiere a cambios de la noche a la mañana en la ocupación y posesión de los edificios del gobierno). No tenían mucho en común con Hitler ni con el nacionalsocialismo. Pero a los casos antes mencionados podríamos añadir el de Austria, que en 1931-1932 había entregado lo que quedaba de liberalismo parlamentario, e incluso de democracia, para instituir un gobierno autoritario. En Hungría, bajo el gobierno casi monárquico del almirante Miklós Horthy (el "regente"), se mantuvo igualmente el parlamento, aunque con un sufragio todavía limitado. Por aquel entonces, también en los países democráticos había observadores serios, e incluso estadistas, que

pensaban, y hasta llegaban a decir, que esos regímenes podían ser un camino para el futuro, dado lo impracticable que les resultaba el ejercicio del poder a los gobiernos liberales y parlamentarios.

Un buen ejemplo de esto sería la fama (y los logros) de Mussolini, un socialista que reconoció a la vez el sinsentido del socialismo internacional y el atractivo del nacionalismo. Mussolini rompió con el partido socialista en 1915, estuvo en la guerra de trincheras y en 1919 empezó a formar un nuevo partido o movimiento al que llamó "fascismo". El término procede de la palabra latina *fasces*, que significa haz de varas atadas: símbolo de la autoridad en la antigua Roma. Su partido tenía una especie de tropas de asalto, que vestían camisas negras, eran enérgicas defensoras del orden y la ley, etcétera. Esto llenó un vacío –y más que un vacío– en Italia, donde la frustración, y hasta el caos a veces, habían quebrantado el orden público y el prestigio de los gobiernos. Para las clases altas y medias supuso un alivio el programa de Mussolini, que parecía más un nacionalista que un radical (para 1923, los comunistas habían hecho algunas incursiones entre las clases trabajadoras). Mussolini proclamó su respeto por la monarquía y sus instituciones, y en correspondencia el rey Víctor Manuel III lo aceptó e incluso lo respetó. Hubo algunos episodios feos, como los asesinatos perpetrados por algunos fascistas brutales, pero se olvidaron pronto. En 1926, Mussolini estableció un gobierno de partido único, yendo más lejos que otras dictaduras autoritarias. Su plan era cambiar el viejo sistema parlamentario burgués por una asamblea nacional unitaria, cuyos miembros no representarían a los diferentes partidos, sino que serían elegidos según el rango de sus profesiones y ocupaciones. Se trataba del ideal del estado corporativo, que sería imitado en otras partes, aunque ni siquiera en Italia llegó a cumplirse del todo. Aun así, debemos prestarle atención, desde el momento en que era la ambición global de Mussolini –constituía, de hecho, su visión del mundo–, consistente en la necesidad de fortalecer el estado sobre todas las cosas. Esto tenía una relevancia especial para Italia, cuya unificación en un estado no se había producido hasta 1870 aproximadamente, y en la que seguían

existiendo diferencias regionales y autoridades locales. Desde 1926, hubo cada vez más pruebas de que los afanes militaristas de Mussolini eran incluso superiores a sus, por otra parte exitosos, programas internos de reformas. Aparecía cada vez con más frecuencia en uniforme militar. Su principal lema, repetido una y otra vez a los estudiantes universitarios, era "Libro e moschetto" [Libro y fusil]. El fracaso absoluto de su plan para militarizar al pueblo italiano (y concienciarlo de su raza) se evidenciaría poco después de la entrada de Italia en la Segunda Guerra Mundial, en 1940. Pero para esto aún faltaba una década.

Entretanto, su fama creció de un modo espectacular, y no solo dentro de Italia. Al fin y al cabo, este país siguió siendo, aun bajo su poder, un país civilizado, con considerables libertades privadas, con sus logros artísticos, sus placeres tradicionales, sus instituciones en activo y con no poca libertad intelectual. El tratado de Letrán con la Santa Sede, en 1929, puso fin a largos siglos de querellas, y a veces hostilidades, entre el Vaticano y el estado italiano. La mayoría de los católicos de todo el mundo, y muy en particular sus jerarquías, admiraron casi incondicionalmente a Mussolini a lo largo de la década de 1930. Su fama trascendía Italia, la religión e incluso la política. Su antiguo enemigo tradicional, Austria (y Hungría), solicitó su apoyo y alianza en 1927, y en adelante. Winston Churchill le hizo una visita, y unos años más tarde manifestó su respeto por él. "Lo que necesitamos es un Mussolini", les dijo a no pocos congresistas y políticos estadounidenses. Emulando a Mussolini y a Italia, empezaron a surgir partidos fascistas por doquier; en 1931 apareció sorprendentemente en Inglaterra, donde el fascismo tendría en esa década un seguimiento pequeño, pero no insignificante.

Nada de esto duró. Y lo mismo ocurrió con casi todas las demás dictaduras autoritarias, hasta la Segunda Guerra Mundial, en que Hitler eclipsó a Mussolini (al revés de lo que había pasado en la década de 1920), y Mussolini e Italia se convirtieron en satélites de Hitler; en 1938, el nacionalsocialismo se había vuelto más poderoso

y universal que el fascismo. Mussolini pudo haberlo evitado, quizá. Pero no estaba en su carácter.

En esta historia mínima del siglo XX debemos salir ahora del centro, del sur y del este de Europa, para resumir lo que muchos consideran, aún hoy, el acontecimiento más grave y profundo experimentado mundialmente en torno a 1930: la gran depresión o, según consideran algunos, la crisis del capitalismo. Ambas cosas se solapan –así como sus consecuencias–, pero, para afinar en mi argumentación, debo ocuparme de la segunda antes que de la primera.

Durante largas décadas, mucha gente pensó (o a mucha gente se le contó) que la gran batalla de nuestro tiempo era la que se libraba en todo el mundo entre el capitalismo y el comunismo, y que luego, en el siglo XX, estas grandes ideas y sus instituciones estuvieron casi inevitablemente representadas, encarnadas incluso, por Estados Unidos y la Unión Soviética. Este planteamiento, aunque abarcase la historia entera y buena parte del mundo, era de corto alcance, además de erróneo. (No me detendré en ello hasta el capítulo XII, que trata de los orígenes de la llamada "guerra fría"). Pero estas consideraciones sobre el capitalismo y el comunismo precedieron a la Segunda Guerra Mundial y sus consecuencias. Y ahora me veo obligado a resumir las carencias del propio término "capitalismo", para aplicarlo a la historia de las décadas de 1920 y 1930.

Desde el principio de los tiempos ha habido ricos y pobres, y me permito suponer que también banqueros e indigentes. Sin embargo, las palabras "capitalismo" y "comunismo" no aparecieron, al menos en inglés, hasta mediados del siglo XIX. Ha habido (y hay) un problema con el capitalismo, y es que, aunque los capitalistas existan, nunca constituyó un ismo. (Por su parte, el problema que hay con el comunismo es que, aunque existieran y sigan existiendo personas y gobiernos autodenominados comunistas, el comunismo internacional, incluso desde antes de 1989, es un ismo del pasado). Los capitalistas estaban en general muy seguros de sí mismos, pero

no se detenían a pensar en si encarnaban una ideología o no. Pero ciertamente en el siglo XIX, como en todas las épocas, el dinero y las finanzas importaban mucho. La propiedad, sobre todo en su valoración monetaria, le daba seguridad a la gente, incluso más que antes, y el dinero generaba intereses y otorgaba seguridad. Más destacable aún –desde luego, para la historia– es la medida en que el dinero sólido, y todo tipo de dinero, se mantuvo estable hasta 1914. El valor de las monedas nacionales, o llamémoslas divisas, siguió siendo básicamente el mismo durante décadas, aun tras guerras y revoluciones. Pero, mientras tanto, continuó el proceso de democratización de buena parte del mundo occidental, lo que entre otras cosas produjo una conciencia cada vez mayor, en especial entre las clases trabajadoras. Uno de los resultados fue el descontento que generaban las grandes desigualdades sociales y económicas, así como la convicción de que un gobierno y una nación tenían el deber de establecer leyes y regulaciones que mejorasen, en parte al menos, la economía y las condiciones de vida de sus clases más pobres; no solo en aras de la unidad nacional, sino también para evitar las guerras de clases encarnizadas, es decir, las revoluciones sociales. Los que defendían la eliminación radical de las enormes injusticias sociales eran los partidos socialistas, que habían aparecido bastante antes de 1900 y contaban con apoyo popular, a veces en las elecciones. Los comunistas constituían una versión más extremista y dogmática de los socialistas, y creían –erróneamente– que las clases eran más importantes que las naciones, que lo que importaba no eran estas sino los estados, y que la humanidad debía tener como meta unos estados comunistas que controlasen los medios de producción. Una de las locuras miopes de Marx –no la única– fue confundir naciones con estados, sin en realidad apenas prestarles atención a las primeras.

Lo que ocurrió en 1914 y a partir de ahí debió haber demostrado la superficialidad y la locura de semejantes creencias y dogmas. Los comunistas y los socialistas, además de muchos liberales y la mayoría de los progresistas, con su creencia de que las clases eran más importantes que los gobiernos –y de que las simpatías

internacionales entre las clases trabajadoras resultarían decisivas, hasta el punto de imposibilitar las guerras, por encima de los estados y las naciones–, estaban completamente equivocados. Un trabajador británico o francés no se sentía en absoluto en comunión con otro alemán o austriaco; de hecho, puede que las convicciones y los entusiasmos patrióticos de las clases trabajadoras fueran más fuertes que nunca. (El hecho de que, pese a semejante fallo de sus predicciones, los partidos y los intelectuales socialistas y comunistas sobrevivieran a la guerra es otra historia, indicativa tal vez de la lentitud con la que cambian las ideas, incluso en el siglo XX). En cualquier caso, en 1930 los partidos socialdemócratas y sus ideas retrocedían en casi toda Europa. Aunque esto también pasaba con el capitalismo internacional; solo que, como hemos apuntado, este no era un ismo. En realidad, el significado y el uso del término "capitalismo", puede que en Estados Unidos sobre todo, se ha inflado de manera desaforada: millones de personas lo entienden como la sacralización y la preservación de la propiedad privada, amenazada por sus oponentes crueles y ateos, los comunistas.

Pero hacia 1930, la crisis económica y financiera se había desarrollado a toda velocidad en buena parte de occidente. Vista hoy, fue menos destructiva y decisiva de lo que pareció durante mucho tiempo. Pero, pese a que los ricos y los "capitalistas" se mantuvieron, como se mantendrán siempre, podemos afirmar que el capitalismo "clásico" del siglo XIX había terminado, pues se fundaba en la solidez, en la solidez perpetua. Una solidez que tenía como requisito la solidez del dinero. Resulta sorprendente que hasta 1914 apenas cambiara el valor de las divisas nacionales. Lo mismo ocurría en general con los precios de los metales preciosos, principalmente el del oro. Ya antes de 1914, la circulación de este metal había sido sustituida por los billetes de banco y el papel moneda, pero la reputación de estos se debía a la confianza global en el patrón oro, desde el momento en que cualquiera podía llamar a un banco y solicitar que la suma le fuera entregada en oro, plata o papel. (Incluso antes de 1914, pocos hicieron este tipo de elección, aunque

el sistema monetario del patrón oro se había vuelto cada vez más abstracto).

En 1931, Gran Bretaña, con el propósito de apoyar la libra, anunció de repente el abandono del patrón oro. Estados Unidos, bajo Roosevelt, hizo lo mismo a principios de 1933. Hay una minoría importante de economistas serios que considera, incluso ahora, que eso significó el fin del capitalismo, con consecuencias peligrosas por un tiempo indefinido, como por ejemplo la inflación permanente. Quizá sea verdad, pero no del todo. Lo mismo puede decirse de la depresión de la década de 1930 vista a largo plazo, que produjo unas condiciones y unas consecuencias lamentables, aunque no duraderas. Tras el *crack* de la Bolsa de Nueva York en octubre de 1929, hubo bancos que quebraron y tuvieron que cerrar en Estados Unidos y, aún peor, en Europa. Por última vez en el siglo XX se produjo deflación, es decir, una caída de los precios; pero mucho más peligrosa fue la subida del desempleo, sobre todo en Estados Unidos y en Alemania, cuyo punto máximo se alcanzó en 1932-1933. Entonces, con Roosevelt y sobre todo con Hitler, pero también en casi el resto de los países, esto empezó a remitir: rápidamente en Alemania y de manera más pausada en Estados Unidos, donde casi todos los fenómenos de la gran depresión habían concluido al final de la década de 1930. Por aquel tiempo, el dinero lo emitían los gobiernos, algo que la gente ha venido aceptando desde entonces, como la inflación gradual. Hasta el vistazo más rápido y superficial a buena parte del mundo desde la década de 1930 nos mostraría cómo, durante el resto del siglo XX, las propiedades y la seguridad y prosperidad relativas de un gran número de personas crecieron, a menudo de manera sorprendente, si no "más allá de los sueños de la avaricia", sí sin duda más allá de las especulaciones de todos los economistas y politólogos de la década de 1930. Es verdad que esto ha sido posible, en gran medida, gracias a la enorme disponibilidad de crédito para todo tipo de personas. (En el siglo XIX, el crédito era una prerrogativa de quienes ya poseían un capital considerable. Lo que pueda ocurrir con el crédito en el siglo XXI, no lo puedo decir).

Extrañamente, los sufrimientos y el pesimismo palpables que produjo la gran depresión no causaron revoluciones ni trastornos políticos de otro género. Quienes atribuyeron a la depresión la llegada de Hitler al poder en 1933 se equivocaron. En aquellos años, los partidos comunistas y socialistas no vieron incrementado su apoyo; el principal ejemplo fue Estados Unidos. El sistema político estadounidense, parlamentario, legalista y todavía bastante liberal, sobrevivió a la depresión sin excesivo daño, e incluso sin excesivo cambio. Una prueba de ello es el rechazo del pueblo a los partidos políticos extremistas. Con la excepción de unos pocos conciliábulos de radicales y de intelectuales, no había señales de que los estadounidenses en general –aun cuando muchos habían perdido su empleo durante la depresión– tuvieran inclinación alguna por cuestionar la existencia de su sistema político tradicional (bipartidista). Es posible que las cosas hubieran sido diferentes con un alargamiento y empeoramiento de la depresión, pero esto no se produjo. La elección como presidente de Franklin Roosevelt en noviembre de 1932, con su toma de posesión en marzo del año siguiente, supuso un punto de inflexión, e insufló una confianza instantánea en el pueblo de Estados Unidos. Sus programas económicos y sociales apenas diferían de los de Hoover, su predecesor y oponente, pero esto tuvo poca importancia, si es que tuvo alguna: la confianza resplandecía en su imponente rostro. Sus reformas fueron llegando de manera gradual: primero las financieras, luego las económicas y sociales, como las del *new deal* [nuevo acuerdo]. Pero la impresión general, la que llegó al corazón del pueblo estadounidense, era la confianza que rebosaba Roosevelt. Tenía sus adversarios políticos –de manera significativa, como le pasaba en Europa, en la derecha y no en la izquierda–: demagogos y populistas estadounidenses como Huey Long, de Luisiana, o el padre Coughlin, el predicador de la radio; pero con su segundo y aplastante triunfo electoral, el de 1936, Long se retiró, y al predicador de la radio le dijeron que hablara cada vez menos. A los ojos del mundo, la democracia estadounidense era tan sólida como el dólar estadounidense.

Buena parte de esto, aunque no todo, ocurrió en las demás democracias parlamentarias y sociales del mundo: Australia, Nueva Zelanda, Canadá e Irlanda, las impasibles democracias del noroeste de Europa, los reinos y estados escandinavos, y Holanda y Bélgica. En casi todas ellas surgieron partidos y movimientos "fascistas" en 1932, pero no llegaron muy lejos. A pesar de los defectos –y tenían muchos– de sus instituciones tradicionales, que resultaban poco estimulantes o pecaban de ineficacia, los suecos, los holandeses, los daneses y otros pueblos no tuvieron ni la disposición ni la tentación de desbaratarlas o transformarlas, aunque podrían haberlas tenido. Y eso que los partidos fascistas se mantuvieron a lo largo de la Segunda Guerra Mundial, algunos incluso bajo la ocupación alemana. Lo cual habla en favor de esos pueblos, y así hay que reconocerlo, cuya situación no era precisamente sencilla.

VIII
‘YO ERA NACIONALISTA, PERO NO PATRIOTA’

El nacionalsocialismo – Hitler

*E*l nacionalsocialismo, o llamémoslo el socialismo nacionalista, ha sido el gran fenómeno político del siglo xx, y no solo de él. Con el final de la Segunda Guerra Mundial, y la muerte y desaparición de Adolf Hitler, disminuyó por un breve periodo su atractivo, pero no se extinguió en absoluto. A diferencia del comunismo, el nacionalismo no es un ismo del pasado. En algunos países, europeos sobre todo, hay partidos que son socialistas nacionalistas –de un modo más o menos explícito– y que obtienen sobre un veinte por ciento de los votos en las elecciones generales; y esto hoy en día, a casi setenta años del suicidio de Hitler. En esta historia mínima del siglo xx aún debo intentar describir el ascenso del nacionalsocialismo hasta su apogeo, así como su vínculo con la mayor (y más demoniaca) figura de la historia entera de todo un siglo.

Pero antes, el lector debe afrontar, o admitir, un problema extraño y poco común: el desasosiego, la confusión y los fallos consiguientes en la clasificación del socialismo nacionalista, incluso en la actualidad. Casi todo el mundo (analistas incluidos) describen a sus partidos y portavoces o se refieren a ellos como pertenecientes a la extrema derecha. Esto no sirve. Entre otras cosas, porque dan a entender que los nacionalsocialistas y el nacionalsocialismo fueron y son reaccionarios, algo que no es verdad en modo alguno. No tenían (ni tienen) nada que ver con el conservadurismo. De hecho, sus mayores y más decididos oponentes fueron hombres de la derecha, más que de la izquierda.

Queriendo precisar, muchos califican el nacionalsocialismo de “fascista”, incluso hoy, lo que constituye otro error. El principal

propósito de Mussolini fue fortalecer la unidad y el poder del estado italiano. Hitler afirmó (más de una vez) que el estado era una *Zwangsform*, una estructura impuesta: lo que importaba no era el estado sino el *Volk*, la nación. Pese a sus diferencias, ambos líderes se convirtieron en aliados, y Mussolini y el fascismo adoptaron elementos del nacionalsocialismo. (Como haría Stalin).

"Las definiciones son trampas para pedantes", dijo al parecer Samuel Johnson; pero no lo es la historia de las palabras y de sus usos extendidos. Y aquí llegamos al cuarto calificativo que se le aplica habitualmente al nacionalsocialismo, en especial al alemán: "nazi". Es casi un juego de palabras, pero resulta un término más preciso que los otros mencionados. La palabra nos permite señalar el modo en que los socialistas internacionalistas, e incluso los socialdemócratas, diferían de los socialistas nacionalistas alemanes y su partido en torno a 1920-1921. El término completo fue "nazi-sozi", esto es, socialistas de una determinada variedad nacional. Hemos visto que la mitad "sozi" de este término compuesto desapareció, también de manera reveladora. Con "nazi" se decía más que con "sozi". Así que prevaleció "nazi".

Desde sus propios inicios, en los partidos y movimientos socialistas hubo miembros y simpatizantes que se oponían al internacionalismo. (Es uno de los problemas de la rigidez de las categorías; piénsese, por ejemplo, en el partido laborista británico, que rehuía el internacionalismo y a la vez evitaba el adjetivo "socialista"). A finales de la década de 1870, el mayor partido socialista europeo, el de Alemania, adoptó el nombre de "socialdemócrata", que indicaba que la opción del partido era avanzar por medios democráticos y parlamentarios, no revolucionarios. Pero esto no nos concierne ahora. Casi desde los comienzos del socialismo en Europa, hubo gente a la que le repelían el materialismo, los eslóganes sobre conflictos de clases, la retórica anticristiana y los programas y elementos internacionalistas de los partidos socialistas y de algunos de sus líderes (algunos llamaban a los socialistas "bandidos apátridas"). No tardaron en aparecer partidos socialcristianos: los

nacionalistas y populistas "cristianos", que insistían en su oposición a los socialistas "internacionales" y a los socialistas y socialdemócratas ateos. En Austria y Alemania sobre todo, su influencia y el número de sus votantes se incrementaron. En algunas naciones fueron antisemitas, en otras no.

El partido nacionalsocialista alemán, decidida y categóricamente antijudío, surgió casi inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial y se mantuvo como un partido menor durante la década de 1920, sobre todo en el interludio relativamente pacífico y democrático (1924-1930) que hubo entre las dos guerras mundiales. En 1928, atrajo a menos del tres por ciento del electorado alemán. En septiembre de 1930, los afiliados habían crecido en casi un diecinueve por ciento. En las dos elecciones de 1932, casi dobló su tamaño. Esto tuvo algo que ver con la depresión y con la altísima tasa de desempleo en Alemania, pero un éxito semejante no se explicaba (ni se explica) solo con eso. El partido nazi alemán, único entre los demás partidos, carecía de programa económico real. Pero era otra cosa lo que atraía a muchos alemanes, incluyendo amplios segmentos de las clases trabajadoras. Se trataba de un partido nacionalista y populista, xenófobo y antisemita. Y su popularidad no estaba separada de la obra de su extraordinario orador y líder, Adolf Hitler.

Hay bibliotecas enteras dedicadas a Hitler (en algunas espero que esté mi singular libro *El Hitler de la Historia*).[5] La Segunda Guerra Mundial la provocó él solo. Una guerra que, a diferencia de la primera casi en su totalidad, se extendió por el mundo; una guerra en la que murieron o fueron asesinadas más personas que en la primera, entre ellas millones de civiles; una guerra que duró más que la primera; una guerra, en fin, con consecuencias tremendas y prolongadas. Esta sección se limita a la carrera de Hitler mucho antes de la guerra, cuando este joven solitario y completamente desconocido decidió entrar en política, con dudosos resultados al comienzo. Pero luego ascendió hasta convertirse, catorce años más

tarde, en el canciller de Alemania, apoyado por muchos tipos de personas, y por la mayoría de los alemanes.

Hitler no era "alemán". Nació en Austria (en un pueblo cercano a la frontera alemana), pero, como a muchos austriacos, no le inspiraba, por decirlo así, tener la nacionalidad de una monarquía antigua, de un imperio multinacional. Esto lo formuló clara y sucintamente en una sentencia precisa de su por otra parte farragoso *Mein Kampf*, escrito casi por entero durante su encarcelamiento de 1924: "Yo era nacionalista, pero no patriota". Patriotismo y nacionalismo: con qué frecuencia se confunden hoy ambos términos y se enturbian sus significados. Pero las diferencias –sobre todo en Austria– resultaban obvias, al menos en la primera mitad del siglo xx. Un nacionalista era un austriaco cuyo afecto principal se dirigía hacia lo germánico y hacia Alemania. El nacionalismo podía ser (como de hecho era habitualmente) agresivo y, al menos en potencia, revolucionario; el patriotismo, en cambio, era defensivo, anticuado y tradicionalista. No me detendré más en estos adjetivos. Pero, en más de un sentido, estos son los que les correspondían (y les siguen correspondiendo).

Hitler no habló mucho durante sus primeros treinta años de vida. En cuanto a lecturas, hizo las suficientes y sabemos, por pruebas fragmentarias, que comulgaba con las concepciones de los nacionalistas progermanos, o que al menos recibió su influencia, aunque sin grandes efectos en su vida por entonces. Se fue de Austria para instalarse en Múnich en 1913 y, a pesar de su nacionalidad austriaca, se presentó voluntario al ejército alemán, sirviendo en un regimiento bávaro, en agosto de 1914. Su expediente militar fue más que aceptable: como soldado tuvo un comportamiento valeroso, incluso abnegado. Justo en los últimos meses de la guerra, experimentó una crisis. Lo alcanzó una nube de gas venenoso y fue enviado a un hospital. Allí conoció la noticia de la rendición de Alemania, por la que se sintió tremendamente afectado, golpeado en lo más íntimo. En aquel momento, como escribiera en *Mein Kampf*, "decidí ser político", una decisión extraña en un hombre de casi treinta años, que hasta entonces no había

abierto la boca y sobre cuyos pensamientos había mantenido un mutismo casi absoluto. Parece que por una vez no mintió.

Esto también cambiaría pronto, y de qué forma… Hitler tardó medio año en darse cuenta de su don para hablar, y para hablar en público. John F. Kennedy dijo de Winston Churchill, poco antes de que este muriera, que había "movilizado al idioma inglés". Puede que no sea aventurado decir que Adolf Hitler "movilizó" al idioma alemán común y corriente. Churchill, por supuesto, apelaba en 1940 a algo antiguo, el orgullo inglés, mientras que Hitler lo hacía a algo relativamente nuevo: un sentimiento alemán de venganza. Ya en 1921, había proclamado: "¡Odio! ¡Estamos bendecidos por el odio!". Y no dejó de proclamarlo nunca. En tres años, este exsoldado desconocido, triste y mediocre se convirtió en el líder del NSDAP, o *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei* [Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán]. Un liderazgo inseparable de su capacidad como orador. En noviembre de 1923, él y su partido se consideraron lo suficientemente fuertes y poderosos como para emprender una revolución nacionalista que, irradiando desde Múnich, debía propagarse por casi toda Alemania en una semana, incluso en unos días. Encabezando la milicia del partido, Hitler marchó sobre el centro de la ciudad, aclamado a menudo por multitudes jubilosas. Pero las autoridades conservadoras de Múnich decidieron pararlo. Algunos de sus seguidores fueron alcanzados por disparos de la policía. Hitler cayó al suelo y se torció el brazo de mala manera. Al final fue encarcelado y llevado a juicio. Allí vociferó y les ganó la partida a algunos de sus jueces. En prisión escribió o dictó la mayor parte de *Mi lucha*. Un año más tarde estaba en libertad.

También se dio cuenta –pese a toda su retórica "revolucionaria"– de que a los alemanes no les gustaban las revoluciones de verdad, y de que él y su partido nacionalsocialista al final deberían acceder al poder por otros medios, puede que incluso por unas elecciones. En 1926, no había signo alguno de que esto pudiera llegar a suceder. El partido no creció en popularidad hasta 1930. Resulta significativo que durante estos años la confianza de Hitler se mantuviera

inquebrantable en general. Todavía en 1932-1933, cuando el apoyo a los nacionalsocialistas creció de súbito, algunos de sus seguidores más inteligentes, como Joseph Goebbels y Hermann Goering, dudaban de que Hitler pudiera llegar al poder. Él no lo dudó en ningún momento. El 30 de enero de 1933, su confianza quedó justificada. El mariscal Paul von Hindenburg, héroe de guerra en su día y por entonces presidente de Alemania, convocó a Hitler y le encomendó la cancillería.

Resulta triste señalar que esto se debió en buena medida a los conservadores alemanes y a sus partidos de 1933. A partir de 1930, Hitler suavizó considerablemente el tono de su retórica demagógica, tras darse cuenta de que había subido, y seguía subiendo, su atractivo para las clases medias. Antes de 1923, él y el NSDAP dedicaron sus mejores esfuerzos (y también los peores) a reclutar seguidores entre las clases trabajadoras. En 1932-1933, su propaganda empezó a llegarles (en parte al menos) a las clases medias alemanas, y entonces algunos de los partidos, asociaciones y líderes de estas empezaron a pensar en algún tipo de coalición con Hitler. El mejor ejemplo de esta tendencia fue Franz von Papen, un estadista en potencia, inteligente pero sinuoso y superficial. Desde julio de 1932, y por unos meses, Von Papen fue canciller de Alemania. Algunas de las decisiones que tomó durante su mandato tuvieron como objetivo mermar y perjudicar a la izquierda alemana, no a la derecha. Esto estaba de acuerdo con su creencia –o mejor dicho, con su visión histórica, compartida por otros muchos conservadores alemanes– de que lo que estaba ocurriendo en Alemania era la inversión misma de los lemas (e ideales) de la Revolución Francesa de siglo y medio atrás, es decir, que en 1933 concluía la era que había comenzado en 1789. Von Papen y los de su clase pensaban también que podrían controlar, limitar y, llegado el momento, dejar de lado a Hitler, quien, después de todo, les debía que le hubiesen recomendado como canciller a Hindenburg. No tardó en ocurrir exactamente lo contrario. En el primer gabinete de Hitler, los ministros del NSDAP fueron minoría; no iba a ser así por mucho tiempo.

En pocos meses, Hitler se hizo enérgica y brutalmente con casi todo el poder en Alemania, y por medio de unas elecciones parlamentarias de las que un solo partido, el comunista, estuvo excluido. Así nació el llamado Tercer Reich. El solitario soldado (cabo, para ser exactos) que había llegado a líder de un partido político destinado a ser el mayor de Alemania empezaba a mostrar ahora sus dotes de estadista. Su capacidad de mando quizá surgiera de su percepción extraordinaria (a veces casi diabólica) de la debilidad de la gente, incluso la de clases y naciones distintas. Supo percibir también la completa prioridad del nacionalismo sobre el socialismo; entre otras cosas, los titanes de la industria y las finanzas alemanas no supusieron un obstáculo mayor, en 1933, que los políticos a veces acobardados del partido socialdemócrata. Cuando al año siguiente le preguntaron si pensaba nacionalizar las grandes industrias alemanas, Hitler respondió: "¿Por qué tendría que nacionalizar las industrias? Ya estoy nacionalizando al pueblo".

Aún no hemos terminado con Hitler. Queda la Segunda Guerra Mundial, en la que él fue el factor determinante, más que su partido y que el nacionalsocialismo. Pero empecé el presente capítulo por esto último, sosteniendo que aún no hemos llegado a su final, como prueba su todavía confusa clasificación, con frecuencia a causa de las designaciones erróneas que se le adjudican. Esto fue deliberado en algunos casos, como en el de Stalin. Durante la guerra, y después, Stalin prohibió el uso del término "nacionalsocialista": él hablaba siempre de "hitlerianos" o "fascistas". No debería ser difícil detectar la razón. Para él resultaba evidente que su gobierno, su programa y su política para la Unión Soviética eran nacionalistas, y cada vez más. De manera que el término debía ser omitido a toda costa. Por otra parte, él llegó a admirar a Hitler (simpatía que resultó correspondida, pues Hitler también llegó a admirar a Stalin). Esto no lo sabemos por los textos ni los discursos oficiales, sino por las pruebas de todo tipo que encontramos en sus palabras propias. Al igual que Mussolini, Stalin aprendió mucho de Hitler, lo que constituye una prueba más de la casi universalidad del socialismo nacionalista.

Casi setenta años han pasado desde 1945 y en muchas naciones del mundo todavía existen partidos (y creyentes) nacionalsocialistas. Pese a la existencia (sobre todo en Europa) de partidos socialdemócratas, el adjetivo "socialista" ha perdido buena parte de su significado. La razón es que, en nuestra era democrática, todos los gobiernos han adoptado las prácticas sociales del "estado de bienestar", como la protección de sus elementos comparativamente más pobres, junto con un número incontable de otras prácticas que ni podían soñar los socialistas de comienzos del siglo XX. Los partidos nacionalsocialistas de hoy, relativamente pequeños pero no insignificantes, son xenófobos e incluso antisemitas. Si en el siglo XXI el nacionalismo se volverá cada vez más fuerte, es algo que no puedo decir.

Merece la pena que mencionemos y tengamos en cuenta dos peculiaridades. Una es que, en casi todo el mundo (y no solo en Alemania), las banderas, los colores y los símbolos de los regímenes y partidos nacionalsocialistas de antes de 1945, como por ejemplo la esvástica, están terminantemente prohibidos: como si, tres generaciones y casi setenta años del suicidio de Hitler después, siguiesen resultando tóxicos y peligrosos. En cambio, los símbolos y otras insignias comunistas están permitidos en casi todas partes. ¿Es esta, quizá, otra señal de que el comunismo es un ismo del pasado, mientras que el nacionalsocialismo no? Otra curiosa (o puede que no tan curiosa) peculiaridad es que, cuando este último es elogiado, abierta o indirectamente, por algunos de sus logros durante la era nacionalsocialista, ni siquiera los más fervientes o extremados partidos nacionalsocialistas, ni sus líderes ni sus portavoces, mencionan jamás a Hitler. ¿Lo han rechazado, o lo están rechazando? Hay razones para dudarlo. ¿O es que resulta aún demasiado peligroso y aún quema si lo tocas?

IX
LA OLA DEL FUTURO

La década de Hitler – Su dominio sobre Europa – La llegada de la Segunda Guerra Mundial

*Y*a antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, Hitler había llegado a dominar una parte considerable de Europa y a pensar que podría dominarla casi entera sin una guerra. La guerra mostró luego que sus capacidades como hombre de estado decidido y a menudo brutal eran igualadas –bueno, a menudo– por sus capacidades como líder militar. No estaba ciego. Pese a sus pronunciamientos y a sus decisiones extremas, no quería una guerra grande. Esto nos consta por su decepción al saber, el 3 de septiembre de 1939, que Gran Bretaña y Francia habían optado después de todo por declararle la guerra a Alemania. Sabía que los británicos y los franceses lo habían hecho de mala gana. Sabía que, durante toda la década de 1930, sus posibles adversarios, entre ellos las grandes potencias, no le habían hecho frente por diversos motivos, el principal de los cuales era evitar una segunda guerra mundial.

Debemos tener en cuenta además otro límite. Muchos de sus adversarios pensaban y declaraban que quería dominar el mundo. Pero no: Hitler quería dominar la mayor parte de Europa (consciente de los beneficios que automáticamente esto le reportaría a su Alemania). Dominar Europa era suficiente, quizá incluso más que suficiente. Pero se sentía constreñido por algo que le empujaba a ir hacia delante, al precio de una guerra si era preciso: creía que el tiempo corría en su contra. Esto no era así. En 1939, hasta su habitualmente impetuoso amigo Mussolini le escribió para decirle que no era así, que no necesitaba correr. Este fue, quizá, el mayor error de Hitler. El resultado fue una segunda guerra mundial, ¡y a qué precio!

Su década fue la de 1930, pero 1934 no fue su mejor año. La forma en que consolidó en Alemania su poder –y su prestigio y su reputación– en doce meses fue (y sigue siendo) sorprendente. Pero se convenció a sí mismo de que debía deshacerse de la mayoría de sus adversarios potenciales. El 30 de junio de 1934, los secuaces de su policía secreta asesinaron a cientos de personas, algunas de su propio partido y el resto no (entre ellas, el general Kurt von Schleicher, predecesor de Hitler en la cancillería, que fue asesinado junto a su esposa). Esto no importó. Lo que sí importó, de un modo tan lamentable, fue que la mayor parte de los elementos conservadores y respetables de Alemania –el ejército y las iglesias, incluida parte de la jerarquía de la católica– siguieron respetando y admirando a Hitler después del 30 de junio.

Hitler sufrió un pequeño contratiempo en su política exterior en 1934. Tuvo que ver con Austria, donde el partido nacionalsocialista y sus partidarios estaban adquiriendo cada vez más fuerza. En julio de aquel año, algunos de ellos se alzaron contra el régimen conservador católico del canciller de Austria, Engelbert Dollfuss, que no era izquierdista, ni liberal, ni demócrata. En febrero de aquel año, Dollfuss había aplastado a los socialdemócratas austriacos, un partido nada insignificante, a tiros y cañonazos. Pero no era nazi. El 25 de julio, algunos nazis austriacos se sublevaron, irrumpieron en la cancillería y lo asesinaron. La policía y el ejército austriacos intervinieron y la conspiración fue derrotada. Hoy en día aún no está claro si simplemente se inspiraron en Hitler o si estuvieron apoyados o mandados por él. Esto último parece que no, pero en cualquier caso fue un contratiempo para Hitler. Hasta Mussolini manifestó su malestar, mandando parte del ejército italiano a las proximidades de la frontera austriaca.

Pero se trató de un contratiempo pasajero. Hitler estaba empezando a deshacer el tratado de Versalles. Alemania se iba a rearmar, con nuevos medios y grandes resultados. En 1935, el gobierno británico decidió firmar un tratado de rearme naval con Alemania nada desfavorable para esta, pero por entonces la armada de Hitler era la

menos importante de sus fuerzas armadas. En Núremberg dictó leyes que (sobre una base racial) excluían a los judíos de la plena ciudadanía alemana. Quería expulsarlos del país. Luego empezó a preparar su movimiento más osado: acabar con la condición de "zona desmilitarizada" de Renania occidental. Esto supuso un cambio estratégico de enorme importancia. Justo después del tratado de Versalles, un gobierno democrático y prooccidental de Alemania acordó con las potencias occidentales, sobre todo con Francia, que no habría instalaciones militares alemanas en la orilla oeste del Rin, en la frontera francesa. (Los franceses habían reforzado su seguridad –o eso pensaban– con la construcción de la llamada línea Maginot, una serie de impresionantes fortalezas con artillería pesada a lo largo de su frontera con Alemania). El 6 de marzo de 1936, Hitler ordenó por decreto la remilitarización de Renania occidental. De ese modo, abolió instantáneamente el elemento más importante para la seguridad de Francia (y de Bélgica) en el caso de una guerra con Alemania.

Esa fue su mayor apuesta hasta el momento, y la ganó. Las reacciones del gobierno francés, el más directamente afectado, fueron débiles. Dependía del británico, y este decidió no hacer nada. Volveré a la Gran Bretaña de la década de 1930, pero antes hay que señalar que la tendencia a llegar a acuerdos con la Alemania de Hitler empezó a aquejar a gobiernos –y pueblos– enteros de toda Europa, incluso de todo el mundo. Lo que Hitler y el Tercer Reich representaban debía de ser algo así como la ola del futuro. Los juegos olímpicos, celebrados en Berlín en 1936, fueron un ejemplo brillante. Pero todo esto iba más allá de las apariencias, las imágenes o las reputaciones. Mussolini decidió unirse a Hitler. Fue entonces cuando nació el denominado eje Berlín-Roma. Para Mussolini era más que un cálculo político o estratégico. Estaba convencido de que las democracias burguesas, las potencias de Europa occidental que quedaban, incluida Gran Bretaña, se encontraban en las últimas, o al menos cerca.

No era el único, y en su caso no se debió a un cambio súbito de mentalidad: se correspondía con su carácter. Mussolini aspiraba, entre otras cosas, a hacer de su Italia un imperio, equiparable a los demás imperios: aspiraba a convertirla en una potencia militar y naval de primer orden. En 1935, decidió invadir y conquistar Abisinia (también como venganza por la derrota de Italia en 1896 a manos de este país salvaje). Su ejército lo consiguió en menos de un año. Italia tuvo entonces una especie de imperio en África. Las potencias occidentales se limitaron a aprobar sanciones completamente inútiles contra Italia, que se dio de baja en la Sociedad de Naciones, como ya habían hecho Alemania y Japón. Entonces, en julio de 1936, comenzó la Guerra Civil española. "El reloj español marcha de un modo diferente al resto de los relojes de Europa", era un adagio que se repetía a menudo, y carecía de razón. En 1931, unas elecciones pusieron fin en España a la monarquía y se instauró una república parlamentaria, que se fue escorando cada vez más hacia la izquierda. Mussolini dijo que esto suponía un retroceso hacia la situación ruinosa que se había vivido más de un siglo antes, y no estaba del todo equivocado. En la primera mitad de la década de 1930, hubo en España suficientes desórdenes y episodios de anarquía como para provocar una reacción. Gran parte del ejército español se sublevó en julio de 1936, pero no logró acabar con la república en más de la mitad de España. De este modo –a diferencia de otros momentos de su historia–, lo que sucedió no fue un golpe de estado, sino una guerra civil. Duró hasta marzo de 1939, en que triunfaron las fuerzas del bando derechista (que integraba a numerosos fascistas y simpatizantes) y se estableció un nuevo estado, bajo la dictadura del general Francisco Franco. Este había contado con el apoyo armamentístico e incluso de tropas de la Italia de Mussolini y de la aviación de la Alemania de Hitler. Otro considerable cambio en el mapa político europeo antes de la Segunda Guerra Mundial.

Pero en la primavera de 1939 se produjeron otros, incluso más importantes. A principios de 1938, Hitler decidió finalmente anexionar Austria a su Alemania. (Antes había logrado el control

sobre el mando del ejército alemán, despidiendo a los generales conservadores en favor de los que le apoyaban sin reservas). El 12 de febrero de 1938, el canciller austriaco, Kurt Schuschnigg (el sucesor de Dollfuss), viajó a Berchtesgaden para reunirse con Hitler, que lo intimidó y amenazó, conminándole a incluir una representación nacionalsocialista importante en el gobierno de Viena. Tras esto, el canciller austriaco decidió organizar a la desesperada un plebiscito, cuyos términos cuidadosos afirmarían de algún modo la independencia de Austria. Dos días antes de su celebración, Hitler ordenó que los regimientos alemanes marchasen sobre Austria. Schuschnigg fue arrestado. Al cabo de otro par de días, el propio Hitler viajó a su país natal, deteniéndose en su lugar de nacimiento y luego en Linz, una ciudad que le era muy querida.

Allí lo abrumó el júbilo de unas multitudes enormes. En ese momento decidió no conformarse con instaurar una Austria nacionalsocialista, dependiente de Alemania: proclamó su anexión, la unión de Alemania y Austria. A continuación llegó hasta Viena, donde se enfrentó –si esta es la palabra adecuada– a una multitud aún mayor de entusiastas (incluido el cardenal católico de Austria, que alzó el brazo haciendo el saludo nazi, por lo que el Vaticano le castigó más tarde; pero esto no tuvo mucha importancia). Los gobiernos británico y francés no hicieron nada.

Inmediatamente después de Austria, Hitler se volvió hacia Checoslovaquia, lo que ya era otra cosa. Los checos tenían una alianza militar y política con Francia, y otra incluso con la Rusia soviética. Casi tres millones de alemanes, los llamados sudetes, vivían dentro de las fronteras naturales del estado checo. El argumento de Hitler se apoyaba en el principio de la autodeterminación nacional (otra de las desastrosas doctrinas de Woodrow Wilson). El pueblo alemán de Europa central pertenecía a Alemania. No todos los sudetes fueron nacionalsocialistas al principio, pero para entonces la mayoría sí lo era ya. Hitler amenazaba con la guerra si no quedaban incorporados a Alemania. El gobierno británico intentó mediar, pero sin resultado. Los

franceses pensaron esta vez en la guerra, y –de nuevo a regañadientes– también sus aliados británicos (la Unión Soviética no hizo nada). En el ultimísimo momento, el primer ministro británico, Neville Chamberlain, recibió un mensaje de Hitler invitándoles a él y al primer ministro francés, Édouard Daladier, a que se reunieran con él en Múnich. Chamberlain –y muchos, muchos otros– sintieron un alivio instantáneo. No habría guerra en Europa: él y Daladier (y Mussolini, que también estuvo invitado) cedieron en todo lo que Hitler pedía. Ese gran semicírculo montañoso de Checoslovaquia, con sus tres millones de habitantes, le fue entregado a Hitler. Al final de la reunión, este y Chamberlain firmaron incluso una declaración en favor de la amistad germano-británica. A su vuelta a Londres, Chamberlain agitó el papel y dijo: "Paz con honor. Creo que es la paz para nuestro tiempo".

Checo-Eslovaquia (hasta la manera de escribir el nombre cambió) estaba ahora en la zona alemana, casi como un satélite de Hitler. Sin embargo, Hitler no creía en una paz duradera. Le preocupaban las críticas hacia él de los líderes políticos y de la opinión pública de Gran Bretaña. Estaba empezando también a volverse contra Polonia, cuya independencia quería reducir como siguiente objetivo, junto con la cesión de las regiones polacas de occidente y de Danzig, aún habitadas por un considerable número de alemanes. Habían dado comienzo los preparativos contra Polonia, cuando otra oportunidad se le puso por delante, y la aprovechó; y, por una vez, se equivocó de pleno. Los nacionalistas eslovacos –en confabulación con Hitler– querían romper lo que quedaba del estado checo-eslovaco. Hitler aceptó, y luego decidió ocupar el resto de Chequia (principalmente Bohemia y Moravia) para acabar con ella. Él y sus tropas marcharon hacia Praga el 15 de marzo de 1939. Una semana más tarde, forzó a que Lituania entregase el territorio de Memel, otro trozo de la Europa del este con alguna población alemana, que había formado parte de un antiguo imperio alemán.

Estos sucesos provocaron una revolución en la política exterior británica y, de hecho, en el destino de Gran Bretaña a partir de

entonces. Hasta ese momento (y en alguna otra ocasión, incluso después), Chamberlain y sus adláteres no habían perdido la esperanza de llegar a algún acuerdo con Hitler. Había dos razones principales para ello. Una, evidente: el temor a otra guerra mundial, apenas veintiún años después del fin de la primera, la guerra en la que habían muerto más de un millón de soldados británicos y del imperio. La otra era más complicada y menos razonable: tenía mucho que ver con el cansancio y la cortedad de miras de buena parte del pueblo británico en la década de 1930, pero más aún con la preferencia de Chamberlain (y no solo de él) por Hitler y Alemania sobre el comunismo (aunque permítaseme añadir: sin excesiva simpatía por el nacionalsocialismo como tal). Todo esto cambió en una semana. Hitler había incumplido su promesa de Múnich. En esta se había comprometido a no hacer más demandas territoriales en Europa. Pero más determinante incluso fue que había sobrepasado su intención proclamada: la de que se conformaría con incorporar la población alemana a su Reich. Pero los checos no eran alemanes. Hasta el gobierno de Chamberlain reconoció que Hitler no estaba dispuesto a detenerse. En consecuencia, Londres decidió que una manera de disuadirlo era asegurar Polonia, por medio de una alianza: Hitler sabría que una intervención militar en ese país supondría, a diferencia de lo que había ocurrido con Austria y Checoslovaquia, la guerra con Gran Bretaña y Francia. Esta fue, en toda la historia británica, la primera alianza con un estado europeo del este.

Los británicos y los franceses consideraron que había llegado el momento de establecer algún tipo de alianza con la Unión Soviética. Al fin y al cabo, toda la ideología manifiesta de Hitler era una incesante declaración de odio al comunismo. Hasta 1939, los aliados occidentales se habían mostrado reacios a buscar cualquier acuerdo político con la Rusia soviética (que había sido excluida de Múnich, pese a su alianza militar con Checoslovaquia). Pero en 1939, fue Stalin el que no quiso comprometerse en una alianza con Gran Bretaña y Francia. Hubo indicios de esto desde muy pronto, el más visible de los cuales fue la destitución a principios de mayo de

Litvínov (un judío) y su sustitución por el imperturbable Viacheslav Mólotov. En el verano de 1939, las delegaciones británica y francesa viajaron a Moscú, pero sus negociaciones con Stalin (y Mólotov) quedaron en nada. Más bien al contrario: a finales de julio, hubo signos de que a Moscú no le interesaba una alianza con Gran Bretaña. Esto encajaba a la perfección con la visión del mundo de Hitler. Él y Stalin intercambiaron misivas. Para el 20 de agosto, estaba listo el texto de un tratado de no agresión germano-soviético. El ministro alemán de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop, viajó a Moscú. La ceremonia de la firma estuvo acompañada de inusuales gestos amistosos por parte soviética, hasta con sonrisas y palabras amables de Stalin.

Menos de un mes más tarde, los alemanes y los soviéticos se repartirían entre ellos Polonia y otras partes de Europa oriental. Por primera vez en veinte años, Rusia volvía a ser un factor principal –quizá el principal– en la agitada historia de Europa. Su pacto de agosto de 1939 provocó un terremoto político generalizado. En honor de los británicos y los franceses, hay que decir que esta vez no cayeron en la tentación de modificar o deshacer sus compromisos con Polonia. Hubo algunos intentos finales de evitar una guerra, pero no movieron a Hitler. El 1 de septiembre, aduciendo como pretexto unas provocaciones polacas, envió contra Polonia el ejército alemán, la armada y las fuerzas aéreas. El 3 de septiembre –el retraso sugiere vacilación– el gobierno de Chamberlain y después el de Francia le declararon la guerra a Alemania.

Así empezó la segunda guerra europea, que no tardaría en convertirse en una guerra mundial. Los orígenes de esta se encontraban por todo el mundo, mucho antes de su comienzo. En la otra parte del planeta, Japón había empezado a convertirse en un vasto imperio, un imperio que se estaba preparando para una posible guerra con Estados Unidos. En más de un sentido, algunos líderes japoneses, especialmente los del ejército, emulaban ya a la nueva Alemania. (De algún modo, también ocurrió así con Mussolini, que invadió Albania y la anexionó a su nuevo imperio italiano en

abril de 1939, en parte para mostrar que él también podía hacer como Hitler). Para septiembre de 1939, los japoneses habían ocupado casi todos los puertos chinos del mar de China (y forzado a los británicos a dejar uno de sus enclaves). En 1936, algunos oficiales jóvenes japoneses asesinaron a los oficiales del gobierno, a quienes veían como enemigos (esta fue la versión japonesa de la noche de los cuchillos largos de 1934, o mejor, del asesinato nazi de Dollfuss). Los asesinos fueron juzgados y ejecutados, pero el poder de los mandos del ejército japonés quedó seriamente mermado. A principios de 1939, una parte de su ejército fue trasladada a las zonas más orientales de China, en general deshabitadas, donde llevaron a cabo una batalla no publicitada con el ejército soviético, que logró repelerlos hacia el interior de China; una extensa guerra de frontera en la que participaron muchos cientos de miles de efectivos.

En aquel tiempo, China se encontraba dividida en tres fuerzas. Estaban los nacionalistas chinos, bajo Chiang-Kai-shek, que estableció en Chonking su capital; estaban los comunistas chinos, bajo Mao Zedong, aguardando en algún lugar del noroeste de China; y en Nanking estaba entonces Wang Jingwei, que era algo así como un títere de Japón, pero que creía que el presente y el futuro de China dependían de su asociación estrecha con ese país. La armada japonesa era más conservadora que el ejército, por lo que entraban a veces en conflicto sus respectivos mandos y sus concepciones estratégicas. Desde la década de 1920, tanto la armada japonesa como la estadounidense venían considerando la posibilidad de una guerra naval en el Pacífico entre los dos países. Japón estaba inmerso en un programa muy ambicioso de construcción naval. Estados Unidos también, pero cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, la fuerza naval japonesa en el Pacífico era ligeramente superior a la estadounidense. El almirante Isoroku Yamamoto se convirtió en el jefe de la flota combinada japonesa el 1 de septiembre de 1939 (otra de esas coincidencias que los estadísticos detestan pero que algunos historiadores adoran). Yamamoto consideraba que los mandos del ejército, y la visión del mundo que

tenían, eran tan estúpidos como repulsivos. No estaba a favor de la alianza pendiente de Japón con Alemania e Italia. Esta se produciría pronto, pero no de inmediato.

Y ahora, llegados al estallido de la Segunda Guerra Mundial, debo hacer una salvedad respecto a la tesis principal con la que empecé este capítulo. Ciertamente, la de 1930 fue la década de Adolf Hitler. Pero fue también la de Franklin Roosevelt. Este tomó posesión como presidente a principios de marzo de 1933, casi el mismo día en que Hitler obtuvo plenos poderes del Reichstag. Y ambos murieron doce años después, con dieciocho días de diferencia, justo antes del fin de la Segunda Guerra Mundial. No podrían haber sido más diferentes en carácter, en temperamento, en personalidad, en la visión de sus tareas, en su visión del mundo en general. Es verdad que Hitler consiguió acabar muy pronto con la depresión en Alemania, mientras que en Estados Unidos duró en parte hasta 1939; pero el logro de Roosevelt demostró ser más duradero. A lo largo de esa década, conquistó el apoyo de amplias mayorías de estadounidenses. Estaba construyendo una gran armada. A ojos de casi todo el mundo, la reputación y el prestigio de Estados Unidos en 1939 no solo no se cuestionaban, sino que eran quizá más fuertes que nunca. Por lo demás, Roosevelt aborrecía a Hitler. Se mostraba reacio –quizá porque no estaba preparado– a comprometerse él y comprometer a Estados Unidos a entrar en otra guerra europea, pero en 1939 resultaba más que evidente que quería erigirse en el adversario principal de Hitler, en más de un sentido. La década de 1930 fue su década, y buena parte del mundo sería suya también.

Pero antes de llegar a esto, debemos trasladarnos a los primeros dos años de la Segunda Guerra Mundial, y darnos cuenta de que, de haber sido alguien como Hoover y no Roosevelt el presidente de Estados Unidos en 1940, la guerra la habría ganado Hitler.

X

‘ESPERO QUE NO SEA DEMASIADO TARDE’

La Segunda Guerra Mundial – La fase europea, de 1939 a 1941 – Alemania triunfante – Cinco líderes

A la desgana de Gran Bretaña y Francia por ir a la guerra le siguió una guerra en buena medida desganada (en expresión estadounidense, *the phony war* [la guerra falsa]: solo unas pequeñas escaramuzas a lo largo de la frontera franco-alemana). La que no estaba desganada era la Alemania de Hitler, salvo en que su fuerza aérea no bombardeó Francia ni Gran Bretaña hasta mayo de 1940. En la guerra contra Polonia no se contuvo: fue brutal, destructiva y rápida. Varsovia cayó a finales de septiembre de 1939, y el valiente y decidido ejército polaco dejó de existir (excepto los grupos que lucharon hasta alcanzar Francia y sobre todo Gran Bretaña, donde colaboraron de manera notable con los aliados durante toda la guerra). Antes incluso del fin de la guerra en Polonia, este país recibió una puñalada mortal por la espalda, y no de Hitler, sino de Stalin. El 17 de septiembre, la Unión Soviética invadió el este de Polonia. Esto formaba parte de la división germano-rusa de la mayor parte de Europa oriental, que se firmaría diez días después en Moscú. La mitad oriental de la Polonia anterior a la guerra –más las repúblicas bálticas de Lituania, Letonia y Estonia, junto con Finlandia y una parte del norte de Rumanía– la asignó Hitler a la zona rusa de influencia (signifique eso lo que signifique).

Una de las consecuencias que esto tuvo constituye una prueba más de la impredecibilidad de la historia. Casi tres meses después de que los británicos y los franceses le declararan la guerra a Alemania, la única lucha que se llevaba a cabo en Europa era la que libraban Rusia y Finlandia. El tratado germano-ruso no precisaba lo que

quería decir "zona de influencia", aunque era bastante obvio. Finlandia constituía una excepción. Su gobierno se negó a aceptar las demandas rusas, sabedor de lo que significaban. De manera que, a finales de noviembre de 1939, la Unión Soviética bombardeó e invadió Finlandia. Los finlandeses se defendieron, y muy bien de hecho. El mundo asistió entonces a una guerra entre David y Goliat: el ejército ruso tuvo que retirarse de más de un prado helado y de más de un bosque nevado. Las repercusiones internacionales no tardaron en ser enormes. Los británicos y los franceses consideraron que ahí tenían una oportunidad para acabar con la guerra desganada y abrir un frente en el norte de Europa, estableciéndose en el norte de Escandinavia, ayudando a los finlandeses y obteniendo un triunfo contra los nuevos aliados de Hitler, los rusos. Ya se habían embarcado Gran Bretaña y Francia en los preparativos, cuando Hitler dio un golpe de mano: arbitró una paz urgente entre Finlandia y Rusia, en la que la primera perdía algunos territorios pero conservaba en gran medida su integridad, sin convertirse en parte del imperio de Stalin.

Fue una victoria político-diplomática de Hitler, quien decidió ir más allá, acosando a los británicos, por tierra y mar, para que se fueran definitivamente de Escandinavia. Contra Alemania no habría ningún frente norte. En gran parte lo consiguió, y el que la flota británica fuera mucho más potente apenas marcó diferencia. El 9 de abril de 1940, en apenas unas horas, el ejército alemán invadió y ocupó Dinamarca. Noruega resultó más difícil, ya que el ejército y el rey de este país ofrecieron resistencia. Pero, con excepción de la bahía y el puerto de Narvik, en el norte, los marinos y los soldados alemanes ocuparon antes que los británicos todos los puertos noruegos. A pesar de la rudeza de este terreno septentrional, los alemanes controlaron toda Noruega en poco más de un mes. El rey tuvo que huir a Gran Bretaña. Suecia permaneció sola (aunque su gobierno pensó que era mejor hacerle algunas concesiones a Hitler).

Una consecuencia de todo esto fue la caída de Neville Chamberlain. Después de un duro debate en la cámara de los comunes (en el que

hasta muchos de sus compañeros conservadores lo abandonaron), todavía intentó mantenerse en el poder. Pero el 10 de mayo de 1940 tuvo que dimitir. Era obvio –o al menos lo parecía– que durante todas las semanas, meses y años anteriores, su decidido adversario Churchill había estado en lo cierto. Entonces el rey Jorge VI debía convocar a este en el palacio de Buckingham y encomendarle la formación de un nuevo gobierno. Al atardecer del 10 de mayo, Churchill salió del palacio. En el coche, ya a solas con el inspector W. H. Thompson, su viejo guardaespaldas, recibió la felicitación de este: "Ojalá hubiese obtenido el cargo en mejores circunstancias, pues tiene por delante una tarea terrible". Churchill era un hombre que, a diferencia de Hitler, no reprimía las emociones. Algunas veces se le saltaban las lágrimas, y esta fue una de ellas. Le dijo a Thompson: "¡Solo Dios sabe hasta qué punto es grande la tarea! Espero que no sea demasiado tarde. Temo mucho que lo sea. Solo nos cabe dar lo mejor de nosotros mismos".

Parecía que era demasiado tarde. La velocidad y la competencia del ejército alemán eran de pesadilla. En cuatro días conquistaron Holanda. En ocho estaban en Bruselas, y el rey de Bélgica pensaba en la rendición. En menos de cuatro días habían arrasado al noveno ejército francés, y el 16 de mayo se hallaban alarmantemente cerca de París. Pero la estrategia del ejército alemán (y de Hitler) era distinta a la de las anteriores invasiones alemanas de Francia. Las fuerzas alemanas no se dirigieron a París (aún), sino a la costa del canal de la Mancha, que alcanzaron cuatro días más tarde. En ese momento había casi trescientos mil efectivos británicos en Francia, separados del resto del país por el ejército alemán (y de Inglaterra por el canal). El 24 de mayo, los alemanes habían tomado todos los puertos del noroeste de Francia, salvo el más septentrional, Dunkerque. Hitler les ordenó detenerse durante dos días, decisión sobre la que volveré luego.

Entonces tuvo lugar una crisis muy seria en el cónclave más secreto del gobierno británico, cuyas actas casi completas no pudieron conocerse hasta 1971, cuando fueron desclasificadas. El propio

Churchill decidió no referirse a ello en su *Historia de la Segunda Guerra Mundial*. Las actas eran las del llamado gabinete de guerra, de cinco miembros: Churchill, Chamberlain (aún jefe del partido conservador), el vizconde de Halifax (aún ministro de Asuntos Exteriores) y Clement Attlee y Arthur Greenwood, dos representantes del partido laborista, en minoría pero en el gobierno de concentración nacional entonces. El 19 de mayo por la tarde, un domingo, supieron más o menos que Francia sería derrotada, y que Gran Bretaña podría verse en la perspectiva de combatir en solitario en una guerra mundial. Halifax decidió oponerse a Churchill. Creía, no sin razón, que a Hitler no le interesaba destruir completamente Gran Bretaña ni su imperio, que (utilizando de algún modo la mediación de Mussolini) la cúpula británica podría averiguar al menos qué tipo de términos proponía Hitler. Halifax estaba consternado por lo que había interpretado en Churchill como impulsividad corta de miras. No era simpatizante de Hitler ni del nacionalsocialismo: era un inglés frío y pragmático, y tenía detrás al grueso del partido conservador, que aún desconfiaba de Churchill.

Durante cinco días cruciales, Churchill se mantuvo en el no. Si los británicos se acercaban a Hitler, consideraba, entrarían en un terreno resbaladizo. "Un terreno resbaladizo": esta era, en síntesis, su argumentación. El 28 de mayo por la tarde, martes, Churchill dejó el gabinete de guerra y se dirigió a veinticinco hombres del gabinete externo y a algunos otros políticos. "Por supuesto, pase lo que pase en Dunkerque, seguiremos luchando". Recibió un espaldarazo prometedor. En el gabinete de guerra, jugó también en su favor, de manera decisiva, el que Chamberlain no se opusiera a él alineándose con Halifax. Uno o dos días más tarde, el debate de Churchill con Halifax terminó. Churchill había ganado.

Por entonces –el 30 de mayo– llegaron también noticias positivas de Dunkerque. Con la indispensable ayuda de una abigarrada serie de barcos británicos, casi todos los efectivos cercados de este ejército, así como unos cien mil soldados del francés, fueron evacuados a Inglaterra sin incidentes: toda una proeza (aunque con

relativamente escasa interferencia de los alemanes, salvo por sus duros bombardeos de playas y muelles). No sabemos –y probablemente nunca lo sabremos– por qué Hitler se abstuvo de aniquilar o capturar al ejército británico en Dunkerque. Hay dos explicaciones posibles –sobre todo para su "orden de alto" del 24 de mayo (que se transmitió a los mandos del ejército "en claro" –esto es, sin codificar–, y por consiguiente fue oída por los británicos; aunque no podemos asegurar si esta era la intención de Hitler). Hay indicios de que Hitler consideraba que su ejército, especialmente sus divisiones acorazadas, necesitaba un descanso tras catorce días de avances, y prefirió no arriesgar más de la cuenta. Hay indicios mayores aún, por algunos de sus comentarios privados, de que no quería destruir completamente a los británicos, de que pensaba que estos se inclinaban, o lo harían pronto, a aceptar una propuesta de paz, y de que la existencia misma de una nación dependía de que conservase su ejército. (Se referiría a esto por última vez en 1945, cuando dijo que les había puesto a los británicos un "puente de plata" en 1940, lo que, por supuesto, no dejaba de ser exagerado).

Lo que Hitler no sabía aún era el tipo de hombre al que se enfrentaba. Los discursos de Churchill de junio de 1940, con su retórica patriótica e histórica, tuvieron un efecto quizá sorprendente –pero en cualquier caso profundo– sobre la nación. Un mes más tarde, la desconfianza de los conservadores hacia Churchill se había desvanecido casi por completo. Pero Churchill guardaba otra flecha en el carcaj, o si se prefiere, otro as en la manga. El 15 de mayo le había escrito una carta sumamente grave a Roosevelt, dándole a entender, entre otras cosas, que sin el apoyo de Estados Unidos Gran Bretaña quizá no pudiese resistir sola. Sabía que el presidente estadounidense respondería, aunque todavía ignoraba cómo; y sabía también que, para Roosevelt, el poder de Hitler suponía una amenaza mortal para la civilización de occidente. Hitler tardó un tiempo en reconocer lo que haría Estados Unidos. Entretanto, gobernaba sobre la mayor parte de Europa, sobre un área aún mayor que la que Napoleón había conquistado.

El 14 de junio, el ejército alemán entró en París. Dos días más tarde, Churchill ofreció una unión completa británico-francesa, que incluía hasta la doble nacionalidad. No hubo respuesta por parte de Francia. En realidad, el gobierno francés del periodo de guerra había caído. Un nuevo régimen, bajo el anciano mariscal Philippe Pétain, asumió el poder. A Pétain no solo le disgustaban los británicos: creía que la lucha contra Alemania debía acabar, y que la nueva Francia debía amoldarse –en más de un sentido– a la Alemania de Hitler. Días después, firmó un armisticio con Alemania. Los términos de Hitler fueron duros, pero no imposibles. No ocupó toda Francia, sino que dejó al mando de Pétain un estado más o menos soberano, una zona no ocupada equivalente a un cuarenta por ciento de la Francia anterior a la guerra (sin ningún tramo, por supuesto, de su costa frente a Inglaterra), no exigió que Francia entregase sus colonias, ni su impresionante armada, aunque sus barcos debían permanecer bajo la supervisión de Alemania. Casi todos los soberbios acorazados franceses quedaron anclados en el puerto norteafricano francés de Mazalquivir, u Orán. Allí, el 2 de julio, los británicos les dieron un ultimátum: o navegaban hacia un puerto británico o hacia los puertos estadounidenses del Caribe, o serían atacados. El almirante francés lo rechazó. Inmediatamente, la armada británica atacó y hundió algunos de ellos. Churchill, siempre francófilo, dio la orden con gran pesar. Pero fue algo que no le reportó más que beneficios. Roosevelt y los estadounidenses se quedaron muy impresionados, así como el partido conservador británico. Hitler ordenó entonces que se pusieran en marcha los preparativos para una posible invasión de Inglaterra.

El 10 de junio, la Italia de Mussolini declaró la guerra a Francia y a Gran Bretaña. Unos días después, Stalin decidió incorporar los desdichados estados bálticos a la Unión Soviética, así como la parte de Rumanía que le había sido asignada. El ejército japonés decidió adelantarse a la caída de los imperios francés y holandés en el sudeste asiático: se desplazó al nordeste de la Indochina francesa, y empezó los preparativos para controlar la Indonesia holandesa. Esto no fue todo. En los estados que ocupaba Alemania, Hitler encontró

los suficientes partidarios como para establecer gobiernos (salvo en Polonia). Reconoció formalmente regímenes proalemanes en cada uno de ellos. En algunos, incluso, con el apoyo de buena parte de la población, al menos en 1940.

Las otras dos grandes potencias, Estados Unidos y Rusia, fueron sendas excepciones. Desde Washington, Franklin Roosevelt estaba organizando el apoyo material y militar de Estados Unidos a Gran Bretaña. Sabía que en el congreso debía enfrentarse a una dura oposición, sobre todo en 1940, cuando, en contra de la tradición política de Estados Unidos, se preparaba para su tercera reelección como presidente. Tenía programado un gobierno de concentración nacional y les ofreció a dos destacados republicanos, Henry Stimson y Frank Knox, que fueran sus secretarios de Defensa y de la Armada, respectivamente. A principios de agosto, consideró que podía transferir a Gran Bretaña cincuenta viejos destructores estadounidenses. Estos llegaron tres meses más tarde y no tuvieron efecto alguno en la guerra naval del Atlántico. Pero daba igual: representaban un importante paso simbólico por parte de Estados Unidos. Para entonces, la correspondencia entre Churchill y Roosevelt se había vuelto voluminosa e importante.

Pero Hitler se mantenía indeciso respecto a su siguiente paso, de algún modo. Cruzar el canal de la Mancha no era como cruzar un río, decía. Al igual que en Dunkerque, usó la fuerza aérea (como le había sugerido Goering): a principios de septiembre comenzó el bombardeo sostenido de Gran Bretaña y sus ciudades. El pueblo británico y su gobierno se mantuvieron firmes. Dos semanas más tarde, Hitler canceló la operación León Marino, la invasión de Inglaterra. Pero había otra razón para este cambio de planes, más allá de su paulatino reconocimiento de que no se puede someter a una nación únicamente con la fuerza aérea: volviendo su atención hacia el este, había pedido los planes iniciales para una posible invasión de la Unión Soviética.

Había método en esta locura, si de locura se trataba. Hitler no podía hacer nada contra Estados Unidos. Pero, si eliminaba a Rusia, ¿qué podría hacer Churchill (y Roosevelt)? Aquí debemos desmentir la creencia todavía común de que Hitler estaba obsesionado con el comunismo. Desde el principio, fue un anticomunista comprometido. Aplastar Rusia significaba aplastar el comunismo, y en esto estaban potencialmente de acuerdo muchos anticomunistas de todo el mundo. Este elemento contaba en su cálculo, pero había otro más importante: Gran Bretaña. Mientras Rusia existiera, Gran Bretaña albergaría esperanzas. Stalin también lo sabía de algún modo. En cierta ocasión, tras la caída de Francia, Churchill le había escrito una carta a Stalin, que este había rehusado responder y de la que no había hecho siquiera acuse de recibo. Para entonces, estaba fascinado con Hitler. Quería evitar a toda costa darle el menor motivo de desconfianza; deseaba causarle una buena impresión a su colega dictador con una amistad a largo plazo.

Pero, entre la capitulación de Francia y la invasión por parte de Hitler de la Unión Soviética, quedaba todavía un año entero (del 22 de junio de 1940 al 22 de junio de 1941), en el que hubo un poco de todo, aunque en general no fue un mal año para Hitler. En abril de 1941, conquistó Yugoslavia y Grecia. Esta última había sido atacada por Mussolini, de un modo brutal e injustificable, en octubre de 1940. El pequeño ejército griego derrotó a los italianos, lo que dio pie a la previsible alianza de Grecia con Gran Bretaña. Yugoslavia, animada, rechazó la presión de Alemania para que se uniera a su sistema de alianzas. Dos semanas más tarde, Hitler atacó Yugoslavia y la derrotó. Un mes más tarde, derrotó y expulsó a los británicos de Grecia y después de Creta, pese a la presencia de fuerzas navales británicas alrededor de esta gran isla. Entonces planeó introducirse en Oriente próximo, pero sin mucho entusiasmo: su gran campaña contra Rusia iba a empezar pronto.

Mientras tanto, antes incluso de que acabara 1940, los británicos derrotaron a los ejércitos italianos cerca de Egipto (y en Abisinia a continuación), y obtuvieron impresionantes victorias sobre la armada

italiana. Pero entonces fue enviado un soberbio general alemán, Erwin Rommel, en auxilio de las potencias del eje en el norte de África, y este hombre fue capaz de hacer retroceder a los británicos hasta Egipto, en marzo y abril. Churchill había decidido retirar un número importante de efectivos británicos de Libia para apoyar a los griegos, pero no sirvió de ayuda. Cada vez que las fuerzas británicas se enfrentaron con las italianas, vencieron; cada vez (o casi cada vez) que se enfrentaron con las alemanas, perdieron. A principios de mayo, empezó otro bombardeo importante de Londres, pero aminoró pronto, porque buena parte de la fuerza aérea alemana era requerida en Rusia.

Durante estos meses tristes, hubo algo que les fue de gran ayuda a los británicos: el progresivo apoyo que les llegaba de Estados Unidos, el cual estaba preparándose también para la guerra (aunque Roosevelt consideraba que era mejor no anunciarlo de momento). Un buen número de leyes aislacionistas, aprobadas por el congreso antes de 1939, fueron eliminadas o reducidas. Estados Unidos avanzó por el Atlántico, ocupando Groenlandia e Islandia. En todo aquel inmenso océano, los barcos de guerra estadounidenses se hacían cada vez más visibles. Hitler ordenó a la armada alemana que, en lo posible, no respondiese a las provocaciones estadounidenses. Su colaborador más cercano, Goebbels, incluso llegó a declarar una especie de doctrina Monroe alemana, que no tuvo resonancia. El 10 de mayo de 1941, Rudolf Hess, adjunto y amigo muy cercano de Hitler, se encargó de viajar a Inglaterra por cuenta propia, sin el conocimiento de Hitler, en un desesperado intento de parar la guerra entre los dos países. Churchill lo encerró en la torre de Londres; probablemente fuera el último prisionero famoso que ha habido allí en la larga historia de Inglaterra. Quince días después, se produjo una gran noticia para los británicos: su flota hundió el acorazado mayor y más fuerte del Atlántico, el alemán *Bismarck*.

Pero Churchill dejaría de ser pronto el protagonista de la Segunda Guerra Mundial, para dejar paso a Hitler y Stalin. El primero estaba

decidido a atacar Rusia, y pronto. El segundo estaba decidido a disuadirle de todas las maneras posibles. Enumerar los distintos y casi interminables intentos de Stalin no entra en esta historia mínima de un siglo, aunque resultan reveladores. Entre otras cosas, muestran cómo y por qué un hombre astuto, artero, brutal, capaz, realista y poderoso puede –y podrá– engañarse a sí mismo. Stalin no imaginó (quizá no pudiese imaginar) que Hitler, todavía inmerso en una gran guerra atlántica con Gran Bretaña y casi con Estados Unidos fuese a empezar una segunda guerra con Rusia. Los pasos que dio Stalin para causarle buena impresión a Hitler resultan sorprendentes vistos hoy; a veces tenían más de patéticos que de astutos. Stalin ordenó a su ejército que no respondiera a ninguna provocación ni incursión alemana a lo largo de la frontera de Rusia, y que no atacara tampoco a ningún avión alemán en vuelo de reconocimiento sobre el oeste de la Unión Soviética. Su adlátere Mólotov le dijo al embajador alemán, horas después de que la invasión alemana hubiera empezado: "No nos merecíamos esto en absoluto". (El embajador soviético en Berlín: "¿Seguro que no es un error?").

En abril de 1941, Stalin hizo un movimiento de estadista, que le resultaría beneficioso. Le ofreció a Japón un tratado de no agresión, y el gobierno japonés se apresuró a aceptarlo. Así, incluso ante una posible guerra con Alemania, Rusia no tendría que combatir en dos frentes. Esto suponía una gran ventaja para Rusia, aunque no para Estados Unidos. Los japoneses estaban preparados para una guerra con Estados Unidos y Gran Bretaña, pero no con la Unión Soviética. Después de la invasión alemana de esta última, hubo algunos líderes japoneses que propusieron romper su tratado con Rusia y atacarla de inmediato por el este de Siberia, pero no se hizo.

El 22 de junio, el día de la invasión alemana, Stalin estaba profundamente deprimido. Se sentía incapaz de hablarle al pueblo soviético, y dejó que Mólotov lo hiciera. En unos días, parecía que los ejércitos alemanes se abrían paso por el oeste de la Unión Soviética con su habitual facilidad. El día 28, Stalin sufrió un colapso

nervioso. Musitó unas pocas palabras sobre que todo estaba perdido y se refugió en su dacha a las afueras de Moscú. Dos días después, una delegación del Politburó fue a verle. Stalin pensó en un principio que habían ido a arrestarle. Pero al contrario: le dijeron que tenía que liderar la Unión Soviética, porque no había nadie más. Puede que tuviesen razón. Así que Stalin reunió fuerzas y regresó a Moscú. El 2 de julio, se dirigió a los pueblos de la Unión Soviética en tono patriótico (porque eso no tenía nada que ver con el comunismo).

Por aquel tiempo, Italia, Rumanía, Hungría, Finlandia y las fuerzas voluntarias de otras naciones europeas habían declarado la guerra a la Unión Soviética. Los ejércitos alemanes avanzaron por Bielorrusia, Ucrania y Rusia, a una velocidad aún mayor de la acostumbrada. Para el final del verano, habían hecho casi dos millones de prisioneros soviéticos (a la mayoría los encerraron en campos de prisioneros en Alemania, donde fueron tratados con negligencia y crueldad, y recibieron muy poco alimento; algunos de los líderes nazis esperaban diezmarlos de este modo). Solo en unos pocos casos resultó destacable la resistencia de las guarniciones rusas.

El 3 de septiembre, Stalin le mandó un mensaje a Churchill: "La Unión Soviética está en peligro mortal". Los británicos debían invadir Francia o los Balcanes, y enviar a Rusia "una ayuda mínima mensual de cuatrocientos aviones y quinientos tanques". Diez días después, Stalin le pidió a Churchill que enviara veinticinco o treinta divisiones británicas a Rusia, cruzando el *óblast* de Arcángel o Persia. (Las fuerzas británicas y rusas habían ocupado esta última sin problema en el mes anterior). Churchill le dijo que eso era imposible. Los alemanes habían conquistado Kiev, y rodearon Leningrado (San Petersburgo), donde consideraron que era mejor matar de hambre a la población y a su guarnición que ponerse a luchar desde los despachos. A mediados de noviembre, el otro grupo del ejército alemán estaba aproximándose a Moscú.

Allí se detuvieron por un tiempo. El invierno ruso, pródigo en barro y nieve, contribuyó en gran parte, aunque el de 1941 fue más suave

de lo habitual. Luego, el último empuje en dirección a Moscú (la operación Tifón) fue detenido por el ejército soviético, ahora reforzado con divisiones traídas de extremo Oriente (y también por la primera partida de armas estadounidenses y británicas llegadas a Rusia). Los rusos empezaron a obligar, en algunos lugares, a que los alemanes se retiraran, y reconquistaron la ciudad rusa de Rostov, al sur: la primera retirada alemana en toda la historia militar de la Segunda Guerra Mundial.

Hitler sabía lo que esto significaba. A lo largo del verano, siguió diciéndoles a sus generales: "Cuando Rusia sea derrotada, Inglaterra se verá obligada a firmar la paz". O: "El principal objetivo del Reich es la derrota de Gran Bretaña". Y: "La caída de Moscú incluso podría forzar a Inglaterra a firmar la paz de una vez". Resulta también significativo lo que le dijo el 19 de noviembre al general Franz Halder en su cuartel general: "El reconocimiento, por parte de las coaliciones enfrentadas, de que ninguna puede aniquilar a la otra conducirá a una paz negociada". Y cuatro días más tarde, Halder anotó otro de los comentarios de Hitler en su diario de guerra: "Debemos afrontar la posibilidad de que ninguno de los principales enemigos (Alemania y Gran Bretaña) consiga aniquilar o vencer de manera decisiva al otro". Hay que señalar que Hitler decía esto cuando el frente central alemán estaba todavía aproximándose a Moscú, más de dos semanas antes de que empezara la contraofensiva rusa.

Y de pronto la estrategia completa de Hitler cambió. Sabía que ya no podría ganar *su* guerra, es decir, su guerra de guerras cortas. Pero también sabía que aún no la había perdido: que aún podría terminar forzando a uno u otro de sus enemigos a negociar un armisticio o una paz con él.

Antes había tomado otra decisión que, más que a la Segunda Guerra Mundial, afectó a su propia reputación histórica, como lo sigue haciendo más de setenta años después y lo hará probablemente para siempre. Siempre hubo una cierta diferencia entre su

judeofobia y su temprano reconocimiento de que el antisemitismo podría ser, como fue de hecho, un poder y una ventaja populista y popular. Pero ahora no se trataba de eso. Hasta agosto o septiembre de 1941, lo que pretendía con los judíos era que desaparecieran de la Europa germánica, expulsándolos, forzando y permitiendo su emigración. Desde que comenzó la guerra en 1939, esto se fue haciendo cada vez más difícil, aunque la salida de judíos de Europa prosiguió, hacia América en su mayor parte. Pero Hitler era dueño ya de extensos territorios de la Polonia oriental y de la Unión Soviética, en los que seguía viviendo una gran cantidad de judíos, más de dos millones. No había adónde expulsarlos. Y algo peor: si Alemania llegaba a perder la guerra, esas masas judías serían las mayores enemigas del pueblo alemán. Así que cambió la política de su régimen: de la expulsión pasó al exterminio. Las primeras cámaras de gas se construirían pronto en Polonia. Esta política no tardaría en extenderse a casi todas las naciones europeas controladas por Alemania. El resultado final, en 1945, fue el asesinato masivo de al menos cinco millones de judíos, así como de disidentes políticos, polacos, prisioneros de guerra, discapacitados mentales y otros.

Por su parte, Japón y Estados Unidos estaban cada vez más cerca de la guerra. En 1940, un nuevo gobierno japonés, apoyado por el ejército, se unió a Alemania e Italia en un pacto tripartito, o del eje. El comandante en jefe de la armada japonesa, el almirante Yamamoto, que se había opuesto a este pacto, debía prepararse entonces para una guerra con Estados Unidos, de la que el emperador Hirohito tampoco estaba convencido del todo. Hasta más de un año después, no tuvo lugar el ataque a Pearl Harbor. Pero, mucho antes, el presidente Roosevelt y su cúpula militar habían tomado una decisión que pudo ser determinante en la Segunda Guerra Mundial. Su artífice original fue un héroe poco reconocido: el almirante, por lo demás apacible y modesto, Harold Stark, entonces jefe de operaciones navales. En noviembre de 1940, Stark redactó un memorándum crucial, según el cual la armada estadounidense no era aún lo suficientemente poderosa como para combatir a la vez en el Atlántico y en el Pacífico; y –lo que es más importante– indicando

que la prioridad de Estados Unidos debería ser la guerra del Atlántico en apoyo de Gran Bretaña y en contra de Alemania. Esto no estaba de acuerdo del todo ni con el sentimiento popular estadounidense ni con el mando supremo de la armada, pero el presidente Roosevelt lo aceptó de inmediato, como hicieron también los mandos de la armada y del ejército. El inicialmente llamado "plan D" de Stark se convirtió en enero de 1941 en el "plan ABC ", y más tarde en el "Arcoíris 5". Suponía una drástica revisión del tradicional plan de guerra estadounidense (el "Naranja"), que llevaba vigente desde hacía veinte años y que contemplaba una guerra en el Pacífico contra Japón. Todo lo cual significaba una estrategia nueva relativa a dos guerras, con una redistribución de buena parte de la armada y con la prioridad puesta en Alemania (y Europa). Esto se convirtió, así, en el propósito y la estrategia principales de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial y, de hecho, en su destino elegido para el resto del siglo XX.

Los enemigos de Roosevelt dirían que esta fase previa a Pearl Harbor fue su "puerta de atrás para entrar en la guerra", pero solo dirían la verdad a medias. Es cierto que Roosevelt, a lo largo de 1941, lo intentó todo –bueno, casi todo– para provocar un ataque serio de los alemanes contra los barcos de guerra estadounidenses en el Atlántico, un ataque que pudiera servir de razón plausible (o de pretexto) para una declaración de guerra de Estados Unidos contra Alemania. Pero eso no se produjo. Churchill navegó por el Atlántico en agosto, en su primer encuentro personal con Roosevelt desde 1918, cuando este era secretario adjunto de la armada. (Churchill apenas lo recordaba, pero Roosevelt sí). Estuvieron de acuerdo en muchas cosas, entre ellas en sus objetivos comunes, que fijaron en la "carta del Atlántico". Se trataba entonces de una alianza virtual. Roosevelt no estaba todavía listo para declarar la guerra: para él tenía mayor importancia la creciente presión militar de Estados Unidos sobre Japón. En las negociaciones entre estos dos países (durante las que hubo discusiones en Washington con enviados japoneses), parece que las últimas exigencias estadounidenses, del 26 de noviembre como muy tarde, eran que Japón se retirara de la

mayoría de sus conquistas imperiales recientes en China, o quizá de todas. Los japoneses no podían aceptarlo. Una gran fuerza de la armada japonesa zarpó hacia el este, para atacar Pearl Harbor. Ni la armada estadounidense del Pacífico ni su mando en Hawai estaban preparados para un ataque sorpresa así. Tampoco lo estaba, por supuesto, el pueblo estadounidense.

De manera que la Segunda Guerra Mundial, en su sentido casi estricto, empezó el 7 de diciembre de 1941. En ese momento concluyó la guerra europea, que es lo que había sido mayoritariamente hasta entonces. Fue también un punto de inflexión de la guerra en su conjunto. Los rusos contenían a los alemanes, y en gran medida empezaban a empujarlos hacia atrás, justo al tiempo en que Estados Unidos declaraba la guerra a Japón y, unos días más tarde, Alemania se la declaraba a Estados Unidos. No me resisto a utilizar el relato del propio Churchill de su tarde del 7 de diciembre, un domingo. Se encontraba cansado y con el ánimo sombrío. Sabía que los japoneses estaban a punto de entrar en guerra. Pero, ¿y si en vez de atacar a los estadounidenses, atacaban e invadían posesiones británicas en extremo Oriente? Hablaba poco, tenía la cabeza gacha. Entonces su mayordomo entró con la noticia: los japoneses habían atacado Estados Unidos. Churchill se levantó de inmediato y mandó que le pusieran al teléfono con Roosevelt, quien se lo confirmó.

"Confío en que ningún estadounidense piense mal de mí si declaro que tener a Estados Unidos de nuestra parte me supuso la mayor alegría […] ¡Porque habíamos ganado, después de todo! Después de diecisiete meses de lucha en solitario […] habíamos ganado la guerra. Inglaterra viviría, Gran Bretaña viviría, la Commonwealth y el imperio vivirían. Cuánto más duraría la guerra y de qué modo acabaría, nadie podía decirlo entonces, ni yo lo hice, por precaución […] El destino de Hitler estaba sellado. El destino de Mussolini estaba sellado. En cuanto a los japoneses, quedarían reducidos a polvo". Y justo eso sucedió… aunque iba a llevar mucho tiempo aún.

Esta historia mínima del siglo XX no es un tratado filosófico. Pero he de introducir, en este punto, dos digresiones breves. La primera es un resumen de mi visión de la historia, que se opone a las creencias categóricas, aún ampliamente aceptadas, de por qué y cómo ocurrió y ocurre la historia; lo que incluye, por supuesto, la historia de la Segunda Guerra Mundial. La creencia vigente, que pasa por "científica", es que la historia es el resultado, especialmente quizá en la era democrática, de grandes factores materiales y económicos, factores de los que la vida, los actos y los pensamientos de las personas son, en gran medida, consecuencias. Esto no es siquiera una verdad a medias. En 1933, Hitler llegó al poder en Alemania no solo por la crisis económica de 1930-1933, sino también por la tendencia política de entonces en muchos alemanes. No fue el estado de la economía británica lo que provocó que el gobierno británico se mostrara reacio a resistirse a Hitler en la década de 1930. No fue la inferioridad material o armamentística la que provocó la derrota de Francia en 1940. No fue una razón económica la que llevó a los japoneses a planear y llevar a la práctica la guerra con Estados Unidos. Naturalmente, por el ingente poder material de Estados Unidos (y por el enorme tamaño de los ejércitos de la Unión Soviética) se pudo ganar la guerra a Alemania y Japón. Pero también aquí lo decisivo fue la resolución y la unanimidad casi total del pueblo estadounidense, así como la dificultad del pueblo ruso para oponerse a Stalin. Lo que la gente pensaba (y piensa), lo que cree, lo que elige pensar, lo que prefiere creer: esto es lo que constituye la esencia principal de su vida. Las condiciones materiales y los deseos económicos suelen ser la consecuencia de todo esto, y no al revés.

La segunda, no sin relación con la anterior, se refiere a la importancia histórica de los líderes nacionales, especialmente durante la Segunda Guerra Mundial. Se han escrito y publicado bibliotecas enteras sobre casi todos ellos. Aunque su importancia fue tal que debo apuntar o describir, con la brevedad necesaria, algunos aspectos que en general no se tienen en cuenta. Los participantes en la Segunda Guerra Mundial fueron estados (y naciones), ciertamente: Alemania, Gran Bretaña, Francia, Italia, la Unión

Soviética, Japón, Estados Unidos, etcétera. Pero, ¿una Alemania sin Hitler? ¿Una Gran Bretaña sin Churchill? ¿Un Estados Unidos sin Roosevelt? Hemos de cuestionar otra vez al menos la creencia, aún muy extendida, de que los seres humanos son, como mucho, instrumentos de la historia y no quienes la hacen. Adolf Hitler fue una destacadísima figura de toda la historia del siglo xx. A los hombres los evaluamos en la historia por las consecuencias que tuvieron en ella. Sin Hitler, no se hubiese producido la Segunda Guerra Mundial. Sin Hitler, no se hubiese producido la ocupación soviética de la mitad oriental de Europa, incluida Alemania del este. Sin Hitler, no se hubiese producido el asesinato en masa de cinco o seis millones de personas. Casi setenta años después de su muerte, hay una minoría significativa de personas, en muchas naciones, que siguen siendo partidarias del nacionalsocialismo, con su antisemitismo incluido, y que evitan mencionar a Hitler por razones políticas, no porque no lo admiren. Por decirlo en pocas palabras: ¿no tendremos aún asuntos que resolver con Hitler?

Al mismo tiempo, debemos entender que Hitler y su mente eran complejos, que no se reducían únicamente a la espantosa simplicidad que también albergaban. Detallar la complejidad es tarea de los historiadores presentes y futuros, algo para lo que no hay espacio en este libro. Pero, como en él se incluye la historia de la Segunda Guerra Mundial, he de consignar algunas de esas complejidades. Hitler no quería realmente una Segunda Guerra Mundial; desde luego, no con Gran Bretaña. Su espantosa simplicidad, que terminaría llevándole a la ruina, era su inclinación a odiar, y su descubrimiento de que la propagación del odio podía constituir para él un activo popular útil. En sus primeros discursos políticos hay abundantes pruebas de ello. Podrían incluso dar a entender una cierta dualidad en su pensamiento sobre los judíos: la cristalización de su propia judeofobia en 1919, y a la vez su reconocimiento, puede que incluso más importante, de que el antisemitismo podía ser potencialmente, como de hecho era, un activo popular. Esto es algo que durante la Segunda Guerra Mundial quedó probado. Hitler sin duda cambió la política alemana de

expulsión de los judíos por la del exterminio, pero no mostró interés cuando se le presentaron documentos de cómo se estaba llevando a cabo. Su última alocución pública, el 16 de abril de 1945, resulta significativa. Hizo hincapié en el "bolchevismo judío", denostándolo, cuando sabía con certeza que Stalin no era ni projudío ni comunista dogmático; de hecho, había llegado a admirar a Stalin. También hemos visto que, en noviembre de 1941, Hitler sabía que no podría ganar ya la guerra según la había concebido, aunque mantuviera la esperanza de dividir a sus adversarios, alguno de los cuales podría considerar la idea de alcanzar algún acuerdo con él. Era un líder nacional y militar que, por desgracia, también tenía habilidades de estadista. A veces subestimaba a sus oponentes, pero no se subestimaba a sí mismo. Tampoco debemos subestimarlo nosotros a él, habiendo sido un azote de la historia y de la humanidad.

Churchill. Sin duda lo evaluamos por sus consecuencias. No ganó la Segunda Guerra Mundial en 1945. Pero gracias a él no se perdió en 1940, y esa es su grandeza histórica. A esto debemos añadir que su visión y su previsión de la historia fueron sorprendentes. Él previó, quizá antes que ningún otro, lo que significaba Hitler. Después, comprendió a Hitler mejor de lo que Hitler lo comprendió a él. Comprendió a Stalin y comprendió a Rusia mejor que Roosevelt. (Justo después de la guerra, también comprendió que Stalin no se arriesgaría a una guerra con Estados Unidos). A diferencia de Rusia en 1941, en 1940 Inglaterra pudo haber recibido una oferta de paz de Hitler, que quería que Gran Bretaña aceptase su dominio sobre Europa y que dejase de resistirse a Alemania. Churchill nunca contempló esta posibilidad. Sabía que, con ello, Inglaterra se convertiría en un mero socio de Alemania, si no en un "estado esclavo". En 1940 estaba solo: constituía el único obstáculo para que Hitler ganase la Segunda Guerra Mundial. En 1941 Stalin no estaba solo: estaba a punto de convertirse en el socio de Churchill y Roosevelt. Aunque, si Hitler hubiese detenido a sus ejércitos en 1941, Stalin podría haber estado dispuesto a ser su socio menor, dispuesto incluso a devolverle trozos de su imperio a Hitler, de haber sido necesario, mientras el resto de Europa se iba al infierno. Hitler

lo sabía. Pero pensó que sus ejércitos podrían conquistar Rusia. No estaba seguro de poder conquistar Inglaterra en 1940. Churchill, no Stalin, era el obstáculo para su triunfo completo. Por eso odiaba a Churchill, y de ahí pasó a odiar con furor al pueblo inglés, hasta el final. A Stalin no lo odiaba: una vez que se empantanó su invasión de Rusia, lo respetó. Incluso le caía bien. Así es la ironía de la historia, o mejor dicho, la alquimia de las mentes humanas.

Hay algo que podemos decir en favor de Stalin: sus ambiciones –en contra de la creencia vigente aún décadas después de la Segunda Guerra Mundial– tenían límite; no por su modestia, por supuesto, sino probablemente por su realismo de campesino. A mediados de diciembre de 1941, Anthony Eden, el ministro de Asuntos Exteriores de Churchill, viajó a Moscú. Las ventanas del Kremlin temblaban a ratos con el eco del fuego alemán, a unos veinticinco kilómetros de allí. Entre otros importantes asuntos, hablaron de Hitler. "Su problema –sentenció Stalin– es que no sabe cuándo detenerse". "¿Hay alguien que sepa?", dijo Eden. "Yo sí sé", respondió Stalin.

El mayor activo de Franklin Roosevelt era su confianza en sí mismo. Era algo que impresionaba a los suyos, y a menudo a los de fuera con los que tenía trato. A esa confianza se añadía su fe antiaislacionista, que compartía con Churchill: la Alemania de Hitler era el principal peligro. Pero su perspectiva de la historia mundial no era la misma que la de Churchill. Esto se vería más avanzada la Segunda Guerra Mundial.

No me resisto a añadir a otro gran líder, aunque su poder no fuese comparable al de los cuatro anteriores. Me refiero a Charles de Gaulle, el dirigente de la Francia libre y el que más ayudó a la liberación militar y espiritual de su país. Hago solo dos indicaciones significativas, referentes a 1940. Una es que Churchill advirtió pronto el extraordinario carácter de este hombre durante sus rápidos y poco concluyentes viajes a París, antes de la caída de Francia: entre las docenas de políticos y generales franceses, profundamente agitados y enfadados, estaba este general de dos estrellas, que se mantenía

en un segundo plano y hablaba poco. "El condestable de Francia", parece que Churchill murmuró en una ocasión. La otra es que no debemos exagerar los innumerables conflictos y discusiones de De Gaulle con Churchill durante la guerra –que, de hecho, exasperaron a este último más de una vez–: el propósito de De Gaulle era demostrarle al mundo que era algo más que un satélite de los británicos. Señalemos una frase concisa y crucial de De Gaulle en sus *Memorias de guerra*. Durante la caída de Francia, decidió desplazarse hasta Gran Bretaña sin nada, solo. Quería hacer algo por su país, ¿pero qué? Entonces Churchill le dio la oportunidad de realizar emisiones radiofónicas a (y para) Francia. Muchos años después, De Gaulle escribió: "Sin él, no hubiera podido hacer nada".

XI
SOMETER Y CONQUISTAR ALEMANIA Y JAPÓN

Tras Pearl Harbor, seis meses de derrotas aliadas – Los puntos de inflexión naval y militar de la guerra – La capacidad alemana para continuar – Mussolini eliminado – Cambio de rumbo en el este – La invasión aliada de Francia – La determinación de Hitler – La conquista de Japón

*G*ran Bretaña, Rusia y Estados Unidos necesitaron tres años y medio para someter y conquistar Alemania y Japón. Con Alemania pudo no haberse alcanzado una de estas dos cosas, o ninguna. En la guerra contra Japón, el poder enorme de Estados Unidos, junto con la resolución de su pueblo, pudo alcanzarlas y las alcanzó.

Tras Pearl Harbor, las potencias occidentales empezaron a sufrir derrota tras derrota. Churchill había enviado dos de los mejores acorazados británicos a Malasia para intimidar a los japoneses, pero dos días después de Pearl Harbor los aviones japoneses los hundieron. A partir de ahí, el ejército japonés fue conquistando con gran celeridad las posesiones británicas en extremo Oriente. La ocupación en febrero de 1942 de Singapur, donde se encontraron con una defensa británica lamentablemente débil, resultó aún más deprimente. Japón vencía por doquier. Su armada se aventuró hasta el océano Índico, bombardeando Ceilán. Dominaba ya la mayor parte del Pacífico. Estados Unidos tuvo que entregarle a Japón algunas de las islas que poseía en mitad de este océano. Por un momento, dio la impresión de que los japoneses se estaban desplazando hacia el sur, hacia Australia. Intentaron poner el pie en Nueva Guinea. En mayo se produjo la primera gran confrontación entre las armadas japonesa y estadounidense, la batalla del mar de Coral, que terminó más o menos en tablas.

Mientras tanto, los británicos, tras su avance de diciembre, se vieron obligados a retroceder de nuevo hacia el oeste por Rommel. Durante el invierno ruso, los alemanes tuvieron que ceder terreno en muchas zonas, aunque sin que los ejércitos soviéticos obtuvieran una victoria definitiva. Llegado abril, Hitler se vanagloriaba de que sus tropas hubiesen logrado salvar el invierno y la fatalidad que ciento treinta años antes derrotaran a Napoleón. En junio empezó otro capítulo de su guerra: una ofensiva no hacia Moscú, sino hacia el sur, en dirección al Cáucaso, y después presumiblemente hacia Oriente próximo.

Aunque para entonces ya se había producido el mayor punto de inflexión militar (naval, concretamente) de la guerra: la victoria estadounidense en Midway, el 4-5 de junio de 1942. Después de la del mar de Coral, fue la primera gran batalla marítima, no entre acorazados, sino entre portaaviones. En Pearl Harbor, la fuerza aérea japonesa había hundido o dañado seis acorazados estadounidenses, un logro extraordinario pero sin consecuencias graves en la guerra naval moderna, en que los acorazados ya habían perdido importancia en favor de los portaaviones: los bombarderos que estos transportaban podían dañar o hundir otros barcos (incluyendo los portaaviones enemigos) con mayor precisión y efectividad que los acorazados, y los japoneses lo sabían. Midway estaba, como es sabido, en mitad del Pacífico. Los estadounidenses contaron con una ventaja crucial gracias a la destreza de sus soberbios descifradores de códigos, que desentrañaron y leyeron las instrucciones secretas de la fuerza naval de Japón, revelando las localizaciones y los movimientos de su flota de guerra mientras se aproximaba a Midway. Esto resultó importante, pero no necesariamente decisivo. Lo decisivo fue el coraje intrépido, transmutado con frecuencia en heroísmo, de la mayoría de los aviadores estadounidenses (junto con el mando firme de su almirante, Raymond Spruance). Al principio abundaron los fallos penosos en los dos bandos (por ejemplo, los torpedos estadounidenses lanzados por esos audaces aviadores no funcionaron). Pero la tendencia cambió en algún momento del mediodía del 4 de junio: los estadounidenses dañaron

y hundieron tres o cuatro portaaviones japoneses, perdiendo ellos solo uno. La gran fuerza naval japonesa se retiró. No volverían a amenazar las islas de Estados Unidos, y el dominio de este país sobre la mayor parte del Pacífico empezó a expandirse hacia el oeste, hacia Japón. Llevaría aún más de dos años someter, una tras otra, las islas que conservaban los japoneses, así como las Filipinas, con las que se habían hecho antes en la guerra.

Si los japoneses hubieran ganado en Midway (y estuvieron cerca de conseguirlo), el plan que tenía el almirante Yamamoto era poner fin a la guerra con Estados Unidos mediante un tratado ventajoso para su país, tal y como ocurrió tras la guerra ruso-japonesa de 1904-1905. Pero, ¿lo hubiera aceptado el gobierno estadounidense? ¿Y el pueblo? Yamamoto no subestimaba el poder ni la determinación de este último. Resulta lamentable que, un año después de Midway, el presidente Roosevelt –informado de nuevo por un mensaje japonés descodificado, que identificaba a un avión solitario que transportaba a Yamamoto sobre una isla del Pacífico occidental– ordenase a la aviación naval que lo destruyera. Este caballeroso almirante no merecía un destino así; en cualquier caso, no tuvo consecuencias en el desarrollo posterior de la guerra.

A los británicos les aguardaban más desastres. Menos de dos semanas después de Midway, en el otro lado del mundo, en Tobruk, al norte de Libia, el general Rommel venció a treinta mil efectivos británicos y de la Commonwealth, que se rindieron diez días más tarde. Ahora avanzaba hacia la frontera occidental de Egipto, donde lo contenían a duras penas los británicos. Había otro problema, aún mayor, que pesaba sobre Churchill: el del "segundo frente", y el de qué hacer con Rusia y cómo lidiar con la desconfianza de Stalin. El grueso, enorme, del ejército alemán había penetrado ya en Rusia, pero aún no había planes británicos ni estadounidenses de abrir un frente en Europa occidental que forzase a Hitler a combatir en una guerra de dos frentes en activo. Las armadas eran una cosa; la guerra aérea contra Alemania, otra. Y otra distinta los suministros y armamentos que británicos y estadounidenses enviaban a Rusia.

Pero, ¿qué suponían, en comparación con la espantosa carga de la guerra que sufrían los ejércitos rusos? La obsesión de Stalin con un segundo frente no era mera propaganda. Por su parte, los comunistas y demás simpatizantes de la izquierda de Gran Bretaña y Estados Unidos clamaban por ese segundo frente.

Lo cierto es que la junta de jefes de estado mayor de Estados Unidos realmente lo planeaba, con una invasión de Francia por el oeste en noviembre de 1942. Churchill estaba convencido de que resultaría un desastre, así que cruzó el Atlántico para volver a hablar con Roosevelt. Casi por última vez en la Segunda Guerra Mundial, iba a convencer de algo a los estadounidenses. Estos aceptarían –a regañadientes– el punto de vista británico de que la invasión de Francia prevista para finales de 1942 debía posponerse a 1943 (al final tendría lugar un año y medio más tarde). Entonces Roosevelt, que estaba decidido a que en 1942, fuese como fuese, un ejército estadounidense debía enfrentarse a los alemanes, aceptó que se preparase una invasión estadounidense del norte de África francés para noviembre de aquel año. A su regreso a Londres, Churchill tuvo que enfrentarse a una moción de censura en la cámara de los comunes, la cual, a pesar de su virulencia sin precedentes, fue rechazada por una amplia mayoría.

Pero ahora tenía ante sí la difícil tarea de calmar a Stalin. "Me dispongo a llevar un bloque de hielo al polo Norte", le dijo Churchill a su mujer. Viajó a Moscú a comienzos de agosto. Al principio –de hecho, durante varios días con sus noches–, tuvo que soportar y afrontar las rudas quejas de Stalin ("¿Por qué los británicos tienen miedo de luchar contra los alemanes?"). La última noche, pocas horas antes de volver a Londres desde Moscú, algo cambió, no solo en las formas, sino también en el fondo. Hubo un entendimiento personal que indicaba que Stalin era tan reacio a abandonar su alianza con los británicos como los británicos a romper con él. Churchill le habló a Stalin del plan de invasión británico-estadounidense del norte de África francés que iba a tener lugar en

pocos meses. Stalin comprendió de inmediato su importancia estratégica y lo celebró.

A partir de ahí, hubo varios puntos de inflexión en la historia militar de la Segunda Guerra Mundial. Un nuevo comandante británico, Bernard Montgomery, consideró que su octavo ejército era ya lo suficientemente fuerte como para atacar a los alemanes y expulsarlos de Egipto, hacia Libia por lo menos. Esto condujo a su victoria en El Alamein, a finales de octubre. Dos semanas después, los estadounidenses desembarcaron en el norte de África francés. Otros diez días más tarde, el sexto ejército alemán, que formaba parte del gran grupo de ejércitos que empezaba a retirarse del norte del Cáucaso, fue rodeado por los rusos y obligado a retroceder a la ciudad de Stalingrado, en el Volga. Los estadounidenses tuvieron dificultades para expulsar a las tropas alemanas que quedaban en Túnez, pero Montgomery avanzó entretanto y se unió a los estadounidenses. A finales de enero de 1943, el sexto ejército alemán se rindió en Stalingrado. A finales de abril, las unidades alemanas (y algunas italianas) que quedaban en Túnez se rindieron a su vez, con lo que la presencia del eje en África llegó a su fin.

La Alemania de Hitler siguió luchando, y no siempre con derrotas, durante dos años largos más. El propio Hitler asumió, según dijo, su responsabilidad por Stalingrado. Por lo demás, esta batalla fue descomunal y sangrienta, pero si nos atenemos al número de pérdidas humanas, no superó a la de Verdún de 1916. Aunque hubo una diferencia: Verdún no fue un punto de inflexión en la Primera Guerra Mundial, mientras que después de Stalingrado los alemanes tuvieron que retirarse de casi todas partes. Su repliegue hacia el oeste, a través de Rusia, y rebasándola, fue impresionantemente meticuloso y eficaz. En 1941 y 1942, a los alemanes les llevó quince meses alcanzar Stalingrado desde Berlín (y cinco llegar a las afueras de Moscú). De 1942 a 1945, los rusos necesitaron el doble para avanzar desde Stalingrado hasta Berlín (y más de un año para expulsar completamente a los alemanes de Rusia). Se produjo incluso una especie de pausa a lo largo de casi todo el largo frente

ruso-alemán, hasta comienzos del verano de 1943. Luego hubo una última gran ofensiva alemana en Kursk, con resultados no concluyentes. Mientras tanto, los bombardeos aéreos británico-estadounidenses de Alemania proseguían sin descanso. Pero esto no decidió la guerra, y no hubo invasión de Europa occidental en 1943.

Estaba claro que el siguiente objetivo británico-estadounidense sería Sicilia. La invadieron el 10 de julio. El efecto sobre Italia era obvio, y no se hizo esperar. Una quincena más tarde, la mayoría del gran consejo de la Italia fascista votó contra Mussolini. Este fue convocado al día siguiente por el rey Víctor Manuel III, quien le pidió la renuncia. Cuando Mussolini salía del palacio real, un automóvil se lo llevó secuestrado, y de este modo acabó súbitamente la era fascista. La mayoría de los italianos lo celebró. El general Pietro Badoglio fue nombrado primer ministro. La guerra continuó, pero, por supuesto, ya había conversaciones entre enviados secretos italianos y aliados sobre la retirada de Italia. El 3 de septiembre, las tropas aliadas pasaron de Sicilia a la península. Cinco días después, se declaró el armisticio, esto es, la rendición de Italia a los aliados. Hitler y los alemanes estaban listos. De inmediato, las tropas alemanas y de las ss ocuparon la mayor parte de las ciudades italianas, incluida Roma. El rey y el gobierno huyeron al sur. La mayor parte de la armada italiana y una gran parte del ejército fueron leales al rey; la primera se escoró pronto hacia los aliados. Hitler envió a una audaz tropa aérea para que rescatara a Mussolini de la casa de montaña en que lo habían recluido. Hubo entonces dos Italias: una en el sur y otra en el norte, esta con un gobierno en la sombra que presidió finalmente Mussolini. Italia y su pueblo quedaron desgarrados, sufriendo casi hasta el mismo final de la guerra.

La campaña aliada en Italia no fue lo que se dice impresionante. A finales de septiembre, los ejércitos aliados habían llegado a Nápoles y poco más. Necesitaron más de ocho meses para alcanzar Roma, lo que hicieron el 4 de junio de 1944, dos días antes del desembarco de Normandía. Churchill fue, en cierto modo, el responsable, por la

angustia que le provocaba la perspectiva de una invasión británico-estadounidense de Europa occidental; entre otras cosas por culpa de su conocimiento de la tradición histórica británica, en la que el poderío naval solía decidir las guerras, y también por la no menos histórica conciencia de que una guerra en el norte de Francia podía suponer la repetición del horrible derramamiento de sangre que hubo allí durante la Primera Guerra Mundial. Aunque esta angustia se la guardó. Sí, el Mediterráneo era el "punto débil" de Europa, y a finales de 1943 era ya un mar interior, dominado en su mayor parte por las armadas aliadas; pero esto no decidió la guerra. (Una estadística: en 1943, Alemania produjo casi tantos aviones como Estados Unidos, a pesar del prolongado bombardeo de fábricas y ciudades alemanas).

A finales de 1943, los ejércitos rusos habían alcanzado en casi todos los puntos las fronteras de la Unión Soviética anteriores a la guerra. A Rusia llegaban ya en aluvión el armamento y los vehículos enviados por los aliados, sobre todo por Estados Unidos. Sin embargo, la ausencia de un segundo frente importante, así como las limitaciones de los convoyes británicos que navegaban hasta Rusia por el norte de Noruega, desde donde eran atacados a menudo por la aviación alemana, irritaban a Stalin, que lo manifestaba a las claras. Todavía en 1943, a Roosevelt, y especialmente a Churchill, les preocupaba la posibilidad de que Stalin llegase a un acuerdo con Hitler. El peligro se desvaneció, sobre todo porque Stalin vio que Hitler podía ser derrotado, y que la Unión Soviética obtendría más al final de las potencias occidentales que de él. En consecuencia, dispuso la primera de las tres cumbres de las tres potencias, para su encuentro con Roosevelt y Churchill en Teherán, a finales de noviembre de 1943. Resulta significativo que, para satisfacer a Stalin, estos dos líderes mundiales estuvieran dispuestos a cruzar el planeta y reunirse con él en Rusia o cerca de Rusia (Teherán se encontraba entonces en la zona de ocupación rusa de Persia, la actual Irán).

La conferencia de Teherán sigue siendo significativa por más de una razón. Stalin pensaba que Churchill seguía sin estar convencido de la invasión de Francia. Pero su sospecha se desvaneció en el curso de los encuentros. Otro punto importante lo constituía Turquía, un aliado británico que le disgustaba a Stalin. Churchill estaba aún impaciente por que Turquía entrara en la guerra y abriese un frente en los Balcanes contra Alemania. Esto no ocurrió, pero resulta revelador el hecho de que la mayor parte de la conferencia tratara sobre Europa. Stalin había roto ya relaciones con el gobierno polaco legítimo en el exilio, y se hacía evidente que el problema no eran tanto las futuras fronteras de Polonia como el tipo de régimen que iba a tener tras la guerra. Una característica muy importante de la conferencia fue que aportó pruebas acerca de las inclinaciones de Roosevelt. A este, la Europa de posguerra no le interesaba tanto como a Churchill. Más importante fue que se aproximó a Stalin ("el tío Joe") y se alejó de Churchill. Lo demostró en varias ocasiones en Teherán. Roosevelt creía que entonces eran más importantes para Estados Unidos las relaciones con Rusia que las mantenidas de antiguo con Gran Bretaña. (Una de las razones era su deseo de que Stalin se uniese a la guerra contra Japón, algo que le prometió Stalin). Había una razón más profunda: la de su perspectiva histórica, que era distinta de la de Churchill. Roosevelt pensaba (más allá de la guerra) que Estados Unidos se encontraba, desde un punto de vista histórico, en medio de Gran Bretaña y Rusia. Gran Bretaña, representada por Churchill, era una anciana venerable. La Rusia soviética, representada por Stalin, era una nación ruda y avanzada, la encarnación de algo tosco pero nuevo. Estados Unidos, democrático y progresista, se encontraba históricamente entre ambas. Así pensaba Roosevelt, y estaba equivocado: Rusia no se encontraba por delante de Estados Unidos (ni de Gran Bretaña), sino muy por detrás.

Hitler estaba informado de lo ocurrido en Teherán, pero no podía servirle de consuelo. Su ejército tenía que hacer frente a los ataques más o menos serios de la guerrilla en Yugoslavia y Grecia. Los gobiernos de sus aliados empezaban a tener contactos con los

aliados occidentales. En marzo de 1944 ocupó Hungría, donde instauró un régimen extremista proalemán. El día después de la caída de Roma, los ejércitos británico y estadounidense, transportados y apoyados por una flota inmensa, desembarcaron en Normandía. El 20 de julio, un grupo de oficiales alemanes patriotas intentó liquidar a Hitler y salvar lo que aún se pudiera de su Alemania. El golpe de estado estuvo mal preparado: el propio Hitler sobrevivió a la explosión de la bomba colocada en su cuartel general. Los conspiradores fueron ejecutados; más tarde, se le ofreció a Rommel elegir entre un juicio y el suicidio. El 21 de agosto, los soldados de la Francia libre de De Gaulle y las tropas estadounidenses entraron en París. Antes, otra invasión estadounidense había desembarcado a lo largo de la costa mediterránea de Francia, casi sin defensa alemana. Churchill se había opuesto a ello: hubiese preferido una invasión como esa en el Adriático italiano, donde un ejército aliado podría avanzar hacia el norte de Yugoslavia y el sur de Europa central. Pero ya no se saldría más con la suya. A partir del día D, había muchos más efectivos estadounidenses que británicos combatiendo contra los alemanes. Rumanía cambió de régimen y se rindió a Rusia en menos de veinticuatro horas. Los rusos hicieron que Bulgaria se les rindiera también; a finales de septiembre, habían entrado en Hungría.

Antes de que esto acabara, tuvo lugar uno de los episodios más lamentables de la Segunda Guerra Mundial. En los últimos días de julio, el ejército ruso estaba cerca de Varsovia; de hecho, una parte se encontraba frente a la ciudad, en la orilla oriental del río Vístula. El ejército nacional polaco, una admirable fuerza patriótica compuesta por civiles y antiguos soldados, se levantó contra los ocupantes alemanes de Varsovia y los mantuvo a raya durante casi dos meses. El ejército nacional, por supuesto, tenía una razón política: si era él el que liberaba Varsovia, causaría sensación en el mundo y entre los rusos, a quienes les resultaría entonces difícil ignorar a estos valientes polacos. Pero justo eso fue lo que hicieron los rusos. Capaces de cálculos cínicos como eran, les prestaron poca o ninguna ayuda. El propio Stalin acusó a los polacos de ser unos

“aventureros”. Tenía ya preparado su propio “gobierno” polaco satélite al este de Polonia.

Empezaba a esbozarse una Europa de posguerra dividida. A Churchill le preocupaba profundamente (a Roosevelt no). Así que hizo un viaje urgente a Moscú en octubre. En la primera hora de reunión, ya le había propuesto a Stalin que no hubiera conflicto entre Rusia y Gran Bretaña, ni entre sus zonas de influencia de Europa oriental. Le entregó un papel con su “acuerdo de porcentajes”. Rusia tendría el 90% de influencia en Rumanía y Bulgaria; Gran Bretaña, el 90% en Grecia; en Yugoslavia y Hungría la división sería al 50% (porcentaje que cambiaría luego Mólotov por un 80-20, en favor de Rusia). Stalin miró el papel y lo firmó de inmediato. Churchill sabía que debía salvar Grecia, donde, tras su liberación, empezaría una cruda guerra civil entre comunistas y monárquicos. En diciembre, envió una división británica a Grecia. En navidad, tuvo que dejar su casa inglesa y viajar a Atenas para ayudar a la formación de un gobierno griego propio. Cinco semanas después, los comunistas griegos fueron derrotados. A lo largo de todos esos meses, Stalin mantuvo su palabra. Sus tropas permanecieron en la frontera norte de Grecia, pero sin proporcionarles ayuda, ni siquiera una palabra de apoyo. Los británicos eran tachados de imperialistas por casi toda la prensa estadounidense, al otro lado del Atlántico, y también por parte de la británica.

Churchill había salvado Grecia, pero quizá eso fuera todo. Por otra parte, debemos reconocer su previsión. Cuando Churchill viajó a París en noviembre, De Gaulle criticó a los estadounidenses, entre otras cosas. Dijo que estaban permitiendo que los rusos se quedaran con Europa oriental. Churchill le respondió que lo sabía, pero que no podía hacer nada. Rusia era ahora “un lobo hambriento en mitad de un rebaño de ovejas, pero después de comer, tendrá que hacer la digestión”. No sería capaz de digerir la mayor parte de sus conquistas.

Mientras tanto, proseguía la guerra. Los aliados habían liberado Francia y la mayor parte de Bélgica, pero no habían penetrado en el oeste de Alemania, ni habían cruzado aún el Rin. Quince días después de la caída de París, Hitler dio órdenes de que se planificara una contraofensiva alemana en el oeste. Y esta contraofensiva se llevó a cabo: en diciembre, un ejército alemán atacó a otro estadounidense en el este de Bélgica. Los alemanes avanzaron unos ochenta kilómetros, pero no pudieron continuar hacia Amberes, como quería Hitler.

Hubo un momento de pánico, pero los estadounidenses se rehicieron pronto. Esta batalla de las Ardenas retardó quizá el avance aliado hacia Alemania, pero no por mucho tiempo.

A principios de febrero, Roosevelt, Stalin y Churchill se volvieron a reunir, en Yalta. Esta vez, el presidente estadounidense se erigió en algo así como la figura principal. A pesar de su creciente debilidad física, obtuvo dos promesas de Stalin: la primera, que Rusia iría a la guerra contra Japón tres meses después de la rendición de Alemania (una promesa que Stalin cumplió a rajatabla). La otra era un objetivo querido por Roosevelt: la Unión Soviética se uniría a la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Esto formaba parte de su ideal de que, tras la guerra, hubiese un orden internacional en el que la Unión Soviética participase activamente. Se discutió sobre Polonia, sin resultados. No se planteó con seriedad el asunto de la Europa dividida que ya se insinuaba y que sería pronto el primer escenario de la guerra fría entre Estados Unidos y Rusia, menos de dos años después de Yalta.

En marzo de 1945, los ejércitos estadounidense y ruso (además del británico) empezaron a avanzar por Alemania. Aunque el final de la guerra estaba a la vista, no había optimismo, ni casi alivio siquiera. La mayor parte de Europa, sobre todo la central, se hallaba en ruinas. Millones de personas habían sido expulsadas de sus patrias o, en su desesperación, habían decidido huir. La marcha de los rusos sobre Alemania fue un prolongado barrido de barbarie, lleno de

violaciones, saqueos y destrucción, como hacía siglos que no se veía en la historia de Europa. Cuando la lucha terminó a comienzos del verano, un sol desvaído producía en los paisajes urbanos un efecto lunar, aunque fuese mediodía.

Roosevelt murió de repente el 12 de abril. Mussolini fue asesinado por los suyos diecisiete días más tarde. Hitler se suicidó el 30 de abril. Hasta el final albergó esperanzas de que sus enemigos se dividieran; entre otras cosas, no censuró las negociaciones que durante meses se llevaron a cabo en Italia entre alemanes (incluidos mandos de las SS) y estadounidenses. Entre sus jerarcas, el general Heinrich Himmler inició negociaciones con estadounidenses, e incluso con judíos, mientras que Goering abandonó Berlín. Goebbels permaneció junto al *führer*, y dos días después del suicidio de este, mató a su familia y se suicidó también. Hitler, en su último testamento al pueblo alemán, apenas dijo nada nuevo, salvo que era consciente de las diferencias entre el este y el oeste. Nombró como sucesores al almirante Karl Doenitz (inclinado a occidente) y a Goebbels (inclinado a Rusia).

Sobre el 12 de abril, el ejército estadounidense se detuvo a unos cien kilómetros al oeste de Berlín, para permitirles a los rusos que conquistaran la capital de Alemania. Su última ofensiva empezó cinco días después. Las tropas alemanas que quedaban en Berlín se rindieron a los rusos el 2 de mayo, y los jefes del ejército, la armada y las fuerzas aéreas alemanas capitularon seis días más tarde en Reims. En Europa, la Segunda Guerra Mundial había acabado. No lo hizo ni con un estallido ni con un sollozo.

En el Pacífico, los estadounidenses iban a por Japón. En 1943 y 1944, desembarcaron y conquistaron varias de las islas Marianas y de las Gilbert. En octubre de 1944, el general Douglas MacArthur desembarcó en las Filipinas. Tuvo lugar una gran batalla naval en el golfo de Leyte, donde buena parte de lo que quedaba de la armada japonesa quedó destruida o dañada. Los británicos empezaron a lanzarse contra los japoneses en Birmania. A principios de 1945, un

bombardeo aéreo masivo incendió extensas zonas de Tokio, donde puede que murieran unos cien mil ciudadanos.

Japón intentó ralentizar el avance de Estados Unidos mediante dos procedimientos desesperados. El primero fue la resistencia increíble de unos pocos miles de soldados, o incluso menos, armados apenas con fusiles, contra el avance de los estadounidenses por sus islas, por ejemplo en Tarawa, Iwo Jima y Okinawa, esta en abril de 1945, cerca ya de Japón. Las pérdidas fueron enormes en ambos bandos, aunque el número de muertos del japonés vino a ser ocho veces superior. El segundo procedimiento fue el recurso a los aviones suicidas (los llamados kamikazes), que se lanzaban, con sus pilotos y su tripulación dentro, contra las cubiertas de los barcos de guerra estadounidenses. El daño total que causaron fue considerable, pero no decisivo. El mando estadounidense, con el nuevo presidente, Harry Truman, aún tenía el plan de invadir Japón en 1946, con la perspectiva de numerosas bajas por parte de Estados Unidos.

No hizo falta esta terrible invasión. Antes incluso del bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki, el emperador Hirohito y otros abnegados dirigentes japoneses querían poner fin a la guerra, no importaba cómo. Había un nuevo gobierno japonés, ahora en manos de los conservadores y los moderados. Estos le pidieron insistentemente a Moscú que mediara entre Tokio y Washington, pero no sirvió de nada. En julio de 1945, la conferencia de Potsdam (la última de la guerra, con Stalin, Churchill y Truman) siguió insistiendo en la rendición incondicional, aunque, con prudencia, el presidente y sus asesores dejaron de lado la condición de que el emperador japonés debía ser depuesto. A principios de agosto, había múltiples señales de que los japoneses deseaban rendirse, entonces con la intermediación diplomática de Suiza. El 10 de agosto, el gobierno japonés tomó la decisión y le fue comunicada al mundo.

En los días previos, dos tremendos cataclismos habían sacudido el país. Uno fue el lanzamiento estadounidense de dos bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. El otro, la declaración de

guerra de Stalin contra Japón, el 9 de agosto (cuyo efecto sobre los japoneses quizá fuera mayor que el de las bombas). El 15 de agosto, el emperador se dirigió a su pueblo, en una retransmisión radiofónica sin precedentes, para anunciar la rendición. Un grupo de fanáticos del ejército intentó destruir la grabación del discurso del emperador, pero fracasó. La respuesta aplastante de la población japonesa fue de obediencia y alivio. La monarquía parlamentaria salvó a los japoneses de sufrimientos aún mayores (como había salvado a buena parte de los italianos, y luego a los griegos, en 1943 y 1944). En su ausencia, no había salvado a los alemanes. Para estos, 1945 era el *Jahr Null*. El año cero.

XII
LA CASI COMPLETA DIVISIÓN DE EUROPA

Europa, aún el centro de la historia – La nueva geografía del continente – Los movimientos de población – Consolidación de la división de Europa – El 'telón de acero' – Primeras reacciones estadounidenses – La doctrina Truman y el plan Marshall – Europa, centro de la guerra fría – Stalin y Asia

*A*lgún lector se preguntará, con razón, por qué hasta el momento esta historia mínima del siglo xx se ha ocupado ante todo de la historia de Europa (y de Estados Unidos y la Unión Soviética), sin excesiva atención a la de otros continentes y pueblos. Pasado el siglo xx, quizá hayan dejado de existir tanto el viejo predominio de Europa como su preeminencia. Pero las dos guerras mundiales y la guerra fría que siguió, 1914-1989, aún se llevaron a cabo y se decidieron en Europa principalmente. Puede aducirse, pues, que, aun teniendo en cuenta las enormes consecuencias políticas y geográficas de estas guerras mundiales en otros continentes, Europa siguió siendo el centro de la historia mundial –en la guerra fría, junto a sus protagonistas Estados Unidos y la Unión Soviética– hasta 1989.

Para cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, en 1945, la geografía política de Europa había cambiado, aunque menos que tras la primera. Casi todos estos cambios se consignaron en unos pocos tratados de 1947. Los únicos sustanciales fueron la reducción y la división de Alemania, el desplazamiento de Polonia hacia occidente y algunas incorporaciones fronterizas a la Unión Soviética. Pero aún más importante que estos cambios de fronteras fue la división efectiva de Europa: el dominio ruso sobre una parte de la Europa central y la mayor parte de la oriental.

Los límites geográficos de este dominio, la división de Europa en lo esencial, ya habían sido establecidos en gran medida antes del final de la guerra. Con escasas excepciones, la división de Europa –y dentro de ella, de Alemania, y dentro de Alemania, de Berlín– se trazó en general a lo largo de la línea en que, cerca del final de la guerra o al final, se habían encontrado los ejércitos austriaco, estadounidense y británico. Y aún antes, en julio de 1944, las delegaciones soviética, estadounidense y británica habían acordado las zonas de ocupación asignadas a cada una (unos meses después se añadiría una zona francesa, extraída de la estadounidense). En enero de 1945 se llegó a un acuerdo similar en cuanto a las zonas de ocupación en Austria, considerando entonces que era necesario para evitar conflictos y que solo se trataba de algo temporal, pero no lo fue. Al término de la guerra, las tropas estadounidenses se habían encontrado con las rusas en la zona de ocupación de estas en Alemania central. El 1 de julio de 1945, los estadounidenses se retiraron a su propia zona, y a los regimientos estadounidenses y británicos se les permitió entrar en los distritos asignados a ellos en Berlín y Viena. La Segunda Guerra Mundial terminó menos de un mes después. En Estados Unidos, muchos funcionarios influyentes y muchos líderes de opinión se resistían a pensar que fuese inminente un conflicto político grave e importante entre la Unión Soviética y Estados Unidos. Harry Truman no estaba entre ellos. Hizo falta un año para que se hiciera cada vez más evidente que ese conflicto existía.

Entretanto, se estaban produciendo grandes movimientos de población en Europa central y oriental, que transformarían la geografía étnica europea. Al menos tres millones de alemanes huyeron hacia el oeste antes de que los rusos conquistaran su patria. Otros tres o cuatro millones fueron expulsados de Checoslovaquia y de Polonia. Algunos cientos de miles dejaron sus tierras y sus casas de Yugoslavia y Rumanía. Esta avalancha migratoria se prolongó durante al menos dos años, y quizá fuese uno de los resultados más duraderos de la Segunda Guerra Mundial. Por primera vez en siglos –en algunas zonas, por primera vez en un

milenio– no había prácticamente alemanes en Europa oriental, excepto dentro de las fronteras de lo que pasó a ser el estado de Alemania oriental. Y a partir de 1947, aproximadamente, hubo más judíos en América que en Europa y Rusia por primera vez en un milenio.

La cuestión, o el problema, no era la existencia de una zona rusa de influencia en Europa oriental, sino sus condiciones. ¿Qué haría Stalin con ella? ¿En qué se traduciría? En agosto de 1944 ya se dio un contraste, con implicaciones siniestras. Compárense las actuaciones de los rusos y los estadounidenses en sus respectivas liberaciones de Varsovia y París. A los rusos no les disgustó presenciar, desde el exterior de Varsovia, cómo los alemanes acababan con el ejército nacional polaco, ya que este no era comunista; los estadounidenses, en cambio, tuvieron la buena voluntad de permitir que la Francia libre de De Gaulle desempeñase un papel importante en la liberación de París, y esto pese a que De Gaulle no era un proestadounidense decidido. Poco después de que se acabase la guerra, hubo más indicios de que Stalin pretendía que su porción de Europa quedase aislada de occidente, de un modo casi completo. Churchill, mucho antes que otros, se mostró angustiado y preocupado por lo que fuese a significar esto. Pero pudo hacer poco: en agosto de 1945, él y su partido perdieron las elecciones británicas, tras una victoria aplastante de los laboristas. Pese a ello, no dejó de hacerse oír. En marzo de 1946 viajó a Fulton (Misuri), donde dio su discurso del telón de acero. Advirtió a Estados Unidos y a occidente de que, desde el Báltico hasta el Adriático, estaba cayendo un "telón de acero", una barrera tangible que partía Europa en dos. El presidente Truman acompañó a Churchill a Fulton con la mayor simpatía y la mejor voluntad, pero Washington no estaba preparado aún para dar pasos en contra de los rusos.

Pero pronto llegaría el momento. A finales de 1946, Moscú amenazó a Turquía, intentando desgajar una provincia de Irán; por su parte, los comunistas griegos reanudaron su guerra civil contra el régimen elegido. Truman envió dos impresionantes barcos de guerra a través

de los Dardanelos y el Bósforo, hasta la entrada del mar Negro, y en febrero de 1947 anunció la que sería conocida como doctrina Truman: el compromiso estadounidense de defender la independencia de Turquía y Grecia. Le siguió el plan Marshall –llamado así por George Marshall, general de gran prestigio y más tarde secretario de Estado–, que consistía en el generoso ofrecimiento de fondos y bienes por parte de Estados Unidos para reparar las destrozadas condiciones materiales de vida de Europa. (Se les ofreció incluso a los estados de la zona rusa de influencia, pero sus gobernantes lo rechazaron). El propósito del plan Marshall era, por supuesto, evitar que el comunismo se extendiera más. Gracias en parte al prestigio de la Unión Soviética durante la guerra, los partidos comunistas tenían fuerza en algunos países de Europa occidental, como Francia e Italia, pero nunca tuvieron tanta como para llegar al poder. De hecho, a lo largo de toda la guerra fría –más de cuarenta años–, no hubo ni un solo país de la Europa situada al oeste del telón de acero que se hiciese comunista. Pero en 1947 había empezado la llamada guerra fría, la confrontación entre Estados Unidos y la Unión Soviética (aunque, para ser exactos, la expresión es del año posterior, en que la acuñaron algunos intelectuales estadounidenses).

Hay que destacar, por otra parte, que la instauración del imperio "totalitario" de Stalin en Europa oriental ya tuvo problemas al comienzo de la guerra fría. En algunos de los países que estaban bajo su dominio no ganaron los comunistas en las elecciones de 1945 y 1946. La esperanza de que Stalin se contentara en Europa oriental con regímenes incuestionablemente prorrusos pero no necesariamente comunistas no se cumplió. Debido tal vez a su propia inseguridad, Stalin consideró que era más seguro imponer allí gobiernos comunistas, mandados por personas que lo adulasen sin fisura. En 1947 y 1948, fueron establecidos regímenes de este tipo en todos los países de Europa oriental, el último en Checoslovaquia, en febrero de 1948. A esto le acompañó la construcción de un telón de acero real: vallas de alambradas electrificadas, con torretas de vigilancia y campos minados junto a las vallas, a lo largo de la

frontera entre la Europa oriental y la occidental. Stalin lo consideró necesario, al igual que las ejecuciones y los encarcelamientos de aquellos comunistas de los distintos países a los que él y sus policías secretas satélite consideraban poco fiables, aunque fuese en potencia. Pese a todo, ya en 1948 se produjo la primera ruptura en el monopolio de la Unión Soviética sobre Europa oriental. En Yugoslavia, el comunista Josip Broz Tito había ganado en 1945, con escasa ayuda rusa, una especie de guerra civil, que tuvo como resultado su brutal gobierno sobre este país con tendencia a la fragmentación. En 1948, unos agentes rusos le denunciaron a Stalin por erigir un estado sin consultarlo con la Unión Soviética. De inmediato, Stalin declaró hereje a Tito, y le leyó la cartilla de la fraternidad de los estados comunistas. Gracias en parte a su favorable situación geográfica, Tito no cedió.

En Alemania, aún en el centro de Europa, y por lo tanto en el centro de la guerra fría, los últimos y pobres intentos por buscar algún acuerdo entre el este y el oeste, entre la Unión Soviética y Estados Unidos –los intentos que tenían como objetivo un tratado de paz con Alemania–, cesaron en 1947. Se hizo entonces evidente que habría dos estados alemanes, uno occidental (no comunista) y otro oriental (comunista), con la capital de este último en Berlín este, que estaba dividida en dos mitades (aunque sin barreras por las que no se pudiese pasar de algún modo). Ambos estados alemanes fueron reconocidos por sus respectivos aliados, y por un tiempo esta fue la situación. En 1949, la división de Europa era casi completa. Aquel año, la presencia militar permanente de Estados Unidos en Europa se hizo oficial con la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). A continuación vendría un peligroso periodo en el que la guerra fría alcanzó su punto máximo.

Europa (especialmente Alemania) estaba todavía en el centro de la historia contemporánea. Stalin lo sabía. Su interés por extremo Oriente, e incluso por América, era limitado. En 1945, aceptó que la ONU se estableciese en Nueva York. Después de su entrada en la guerra contra Japón y de la rendición de este, solicitó la ocupación

por parte de la Unión Soviética de una de las cuatro islas japonesas principales; Truman lo rechazó, y ahí se acabó el asunto. En 1947, Stalin no puso ninguna objeción a la incorporación a Estados Unidos de las antiguas islas japonesas del Pacífico occidental, esto es, al dominio estadounidense del Pacífico. En 1948, reconoció al instante el nuevo estado de Israel. En ese mismo año, Corea se dividió en dos países: uno al norte como satélite ruso, y otro al sur apoyado por Estados Unidos.

Stalin no tenía demasiado en cuenta a China como gran potencia, aunque durante la guerra aceptase el que Roosevelt la considerase como tal. Mientras, tenía lugar una guerra civil china entre los nacionalistas de Chiang Kai-shek y los comunistas de Mao Zedong. Estados Unidos apoyó mucho a los primeros, y los rusos poco a los segundos. En 1945, ocuparon parte de Manchuria, pero luego la abandonaron. Los soviéticos tomaron de Japón la mitad sur de la isla de Sajalín, y de China la base naval del mar de China. En 1947, el general estadounidense Marshall, posteriormente secretario de Estado, viajó a China para intentar mediar en un acuerdo entre los nacionalistas y los comunistas chinos, pero no lo consiguió. En 1950, los comunistas habían ganado la lucha por China. Chiang y lo que quedaba de sus seguidores huyeron a la isla de Formosa, la actual Taiwán.

Todo esto (y la noticia de que en 1949 Rusia había lanzado su primera bomba atómica) tuvo un efecto profundo en la política, la estrategia y el sentimiento popular de Estados Unidos. El comunismo se aparecía ahora como el mayor poder del planeta: junto a Rusia, podría teñirse de rojo China y una gran parte de Eurasia, y se tiñó. Entonces, empezó en extremo Oriente la primera guerra entre estados comunistas y no comunistas.

XIII
EL AUDAZ HARRY TRUMAN

La guerra fría en su punto máximo – La guerra de Corea – Muerte de Stalin – La Unión Soviética empieza a replegarse – Malentendidos estadounidenses – Rusia y China – Emerge el llamado 'Tercer Mundo' – La crisis de los misiles en Cuba – Se relajan las tensiones de la guerra fría

"*R*elaciones internacionales" es una formulación imprecisa y a menudo falsa, a pesar de su uso extendido en el siglo XX, de la creación de instituciones dedicadas a su estudio, y de la alta posición y el prestigio académico que brinda a sus representantes. Se trata de una formulación fallida, desde el momento en que en realidad no se ocupa de las relaciones entre naciones, sino entre estados. Y esto es así con respecto a muchas cosas: por ejemplo, la Organización de las Naciones Unidas, que no es una organización sino una especie de asamblea, y no de naciones sino de estados. Es cierto que, sobre todo en la era democrática (pero también en toda la historia), las relaciones entre naciones pueden ser muy importantes, hasta el punto de constituir el relleno de la estructura efectiva, y más o menos tradicional, de las relaciones entre estados. Pero la esencia incluso de la guerra fría, ese fenómeno peculiar del siglo XX, fue la de las relaciones entre dos estados gigantes, la Unión Soviética y Estados Unidos, y no entre el comunismo y el capitalismo, ni entre el totalitarismo y la democracia, ni entre el ateísmo y la religiosidad, etcétera. Esto, al margen de que la opinión pública y el sentimiento popular tuvieran su papel en este conflicto global, en la medida en que influyeran y conformaran las relaciones entre estados. Su influencia –como factores que son, de hecho– resultó más importante en la plasmación de la política mundial estadounidense durante la guerra fría que en la de la Unión Soviética. Volveré sobre esto en el capítulo XIV ; pero ahora debo resumir, brevemente, el

estado de las relaciones soviético-estadounidenses en el punto máximo de la guerra fría, y después.

En verdad, durante este periodo las relaciones entre estados empeoraron en la práctica hasta unos niveles desconocidos y sin precedentes en la Edad Moderna. Y eso fue consecuencia de una decisión tomada por los dirigentes de la Unión Soviética y de sus nuevos estados satélite. Los viajes entre estos y los estados y países no comunistas se redujeron al mínimo, así como lo que quedaba del comercio internacional; la policía secreta aislaba las embajadas y las legaciones de los estados no comunistas, y los movimientos cotidianos de su personal se redujeron hasta unos límites nunca antes vistos. En estos estados oficialmente comunistas e internacionalistas, la propaganda antioccidental, antiestadounidense sobre todo, era pésima, y en gran medida increíble. Los ciudadanos extranjeros que se encontraban en tales estados eran a veces encarcelados sin motivo. Estos estados se mantenían cerrados a casi todo el mundo, tanto en las relaciones internacionales como en las interestatales.

Una conducta ofensiva es en teoría lo contrario de una conducta defensiva, pero a menudo se solapan las dos. Entre sus motivos pueden estar la sospecha y el miedo. Por esta razón, no es ni parcial ni exagerado proponer que la sospecha y el miedo puedan haber estado entre las inclinaciones primarias de la conducta de la Unión Soviética durante la guerra fría, especialmente en su punto máximo. Y aquí hemos de prestarle atención, con la inevitable brevedad, a Stalin. En casi todos los sentidos, Stalin fue justo lo opuesto a Karl Marx, que se había mostrado desdeñoso con los estados, hasta el punto de proclamar que tarde o temprano desaparecerían por completo. Stalin era más bien un estadista, no un revolucionario. A él no le interesaban los partidos comunistas de, digamos, Francia o Italia, ni siquiera de Grecia. Su interés prioritario, al término de la Segunda Guerra Mundial y durante la guerra fría, fue conservar como fuese la zona de influencia que se le asignó, con los estados de Europa oriental. Pero tuvo que haber comprendido también la

(para él) desagradable verdad que le dijo Churchill a De Gaulle en noviembre de 1944: el lobo ruso comió mucho, pero después de la comida vendrá el problema de la digestión. Stalin, el estadista con sentido de la realidad, se dio cuenta antes que otros. Por ello, antes de su muerte en marzo de 1953, durante e incluso antes del punto máximo de la guerra fría, ya había empezado una especie de retirada soviética de algunas partes de su zona de influencia en Europa oriental. En 1948, Stalin decidió romper con Tito, pero no llegó a actuar militarmente contra Yugoslavia. En ese mismo año (y esto es más significativo en mi opinión) firmó un tratado con Finlandia –cuyas virtudes militares respetaba– que le permitía a este país, caso único entre los de Europa oriental, mantener una cuota bastante alta de independencia. (Los finlandeses, sabiamente, le recomendaron a su vecina Suecia que no entrase en la OTAN). Más avanzado 1948, los soviéticos intentaron restringir o eliminar la presencia occidental en Berlín este, por medio de una especie de bloqueo, cerrando la mayoría de sus comunicaciones por tierra con Alemania occidental. Las potencias occidentales, encabezadas por Estados Unidos, respondieron proporcionándole alimento y suministros a su mitad de Berlín a través de un puente aéreo, con notable éxito. En 1949, los soviéticos pusieron fin a su bloqueo de Berlín.

Entonces, el 25 de junio de 1950, estalló en Corea una guerra de verdad. Los ejércitos de Corea del Norte invadieron Corea del Sur. Aún no sabemos si se trató de una decisión aprobada previamente por Stalin o por Mao Zedong, que acababa de ganar su guerra civil en China; en cualquier caso, se equivocaron con los estadounidenses. Estos no tenían más que una pequeña presencia militar en Corea del Sur, que formaba parte, extraoficialmente, del sistema de defensa estadounidense en extremo Oriente, al igual que Formosa (Taiwán) y Japón. Así que Mao o Stalin, o ambos, creyeron que su satélite Corea del Norte podría invadir la del Sur sin una respuesta militar de Estados Unidos. Fue un error. El mérito le corresponde ante todo al audaz presidente Harry Truman, que ordenó inmediatamente a las tropas estadounidenses –y, lo que fue

más importante, a las fuerzas navales– que apoyaran a los surcoreanos. Por un tiempo, los norcoreanos siguieron avanzando, pero pronto le daría la vuelta a la situación una invasión anfibia estadounidense, planeada y comandada por el general MacArthur. Los estadounidenses se internaron rápidamente en Corea del Norte, aproximándose a su frontera con China. Los dirigentes de este país respondieron enviando una gran cantidad de soldados chinos contra ellos. Al final se formó una especie de línea de armisticio, coincidente a grandes rasgos con la frontera anterior: la del paralelo 38. El armisticio definitivo se firmó dos años después, cuando ya había muerto Stalin, que no tuvo la intención de prestarle a Corea del Norte una ayuda sustancial; por su parte, los estadounidenses se mantuvieron alejados de la frontera ruso-coreana. Tras la guerra, Corea del Norte, que originalmente había sido un estado satélite de los rusos, pasó a serlo de los chinos. Otra consecuencia a largo plazo: durante la guerra fría, la guerra de Corea supuso la primera intervención militar estadounidense en el continente asiático. Seguirían otras como esa en distintos lugares, con resultados discutibles; pero, en este caso, la decisión que tomó Harry Truman en junio de 1950 fue la acertada.

En marzo de 1952, Stalin propuso un cambio sorprendente en la división de Europa –referido ante todo a Alemania–, que no recibió la atención que se merecía. Consistía en una unificación de las dos Alemanias, la retirada de todas las tropas e instalaciones militares extranjeras (rusas y estadounidenses) en ellas, la abolición de todas las alianzas militares alemanas, un ejército básicamente alemán y elecciones alemanas libres. Es posible que no fuese más que una artimaña, con la intención de sembrar la confusión entre los alemanes y prevenir una alianza alemana con Estados Unidos. Esto último era lo que más temía Stalin. Aunque quizá lo propusiese en serio, como punto de partida para otras negociaciones importantes. No podemos estar seguros. En cualquier caso, las potencias occidentales –encabezadas por Estados Unidos y por Alemania occidental, bajo la cancillería de Konrad Adenauer– rechazaron automáticamente la propuesta de Stalin, sin titubeo. Pero, pese a su

falta de resultado, fue un movimiento significativo de Stalin, que estaba enfermo y probablemente inseguro. Moriría menos de un año después.

Le sucedió Gueorgui Malenkov, y luego vendrían Leonid Brézhnev y Nikita Jruschov, este último el de más poder y autoridad de todos. Los cambios que estaban teniendo lugar en los asuntos exteriores de la Unión Soviética quizá fueran aún más significativos que los cambios en el interior, entre los que estuvo el impactante discurso de Jruschov en 1956 contra las brutalidades dictatoriales de Stalin. Pero ya antes había empezado a replegarse la Unión Soviética reconociendo al gobierno de Alemania occidental, y normalizando más o menos sus relaciones con él, sin exigir que las potencias occidentales, Estados Unidos entre ellas, hicieran lo mismo con el estado comunista de Alemania del este. Le devolvió una base naval rusa a Finlandia, y otras dos posesiones rusas en China al gobierno chino. Dejó la zona de ocupación rusa en Austria, a cambio de la retirada de todas las tropas extranjeras de allí, con lo que Austria pasó a ser neutral e independiente. Jruschov normalizó las relaciones con Yugoslavia y otros países europeos. Intentó mejorar las relaciones con Estados Unidos (cuyo gobierno, bajo el presidente Dwight Eisenhower, se mostró en gran medida indiferente ante el sentido de tales cambios, al menos por un tiempo). Mientras tanto, una revuelta de trabajadores en Alemania del este, poco después de la muerte de Stalin en 1953, hizo que se tambaleara el régimen; para reprimirla, fue precisa la ayuda militar soviética. En octubre de 1956 (después del mencionado discurso de Jruschov), se produjo un amago de revuelta en Polonia, que se apaciguó con concesiones del partido comunista polaco y el gobierno, mediante la elección como líder de Wladislaw Gomulka, un miembro popular y patriota del partido.

Menos de una semana más tarde, estalló una revolución a gran escala en Hungría, en la que Imre Nagy, otra figura patriótica y muy querida del partido, se convirtió en el líder de la nación. Al final, se atrevió a declarar la salida de Hungría de la alianza de estados

comunistas de Europa oriental. Durante varios días y noches, los dirigentes soviéticos de Moscú estuvieron al borde del pánico. Anunciaron la retirada de Hungría de las tropas soviéticas, y empezaron a llevarla a cabo (puede que con la esperanza incluso de que los estadounidenses, en reciprocidad, retiraran sus fuerzas de los estados del oeste y el sur de Europa). Pero esto no ocurrió, y tuvieron que cambiar de idea. El 4 de noviembre, el ejército soviético volvió a ocupar Budapest y el resto de Hungría. Nagy y la mayor parte de su gobierno fueron arrestados y juzgados, y ejecutados dos años más tarde. Casi doscientos mil húngaros huyeron al oeste (donde los gobiernos consideraron que era mejor no hacer nada, salvo emitir hipócritas condenas de los rusos). Otro factor de su pasividad, si bien menor, fue la crisis de entonces en Oriente medio, que implicaba a Gran Bretaña, Francia, Egipto e Israel, y al canal de Suez. Los soviéticos manifestaron su apoyo a Egipto, pero en realidad no hicieron casi nada. (Incluso se pusieron del lado de los estadounidenses en este caso, y en contra de Gran Bretaña y Francia). La guerra del Sinaí, como la revolución húngara, acabó en pocas semanas. No así la guerra fría.

El público estadounidense contemplaba los problemas y las reacciones de Rusia en Europa oriental como una confirmación más, todavía, de las monstruosidades inherentes e inevitables de ese estado comunista. El poder de este parecía confirmarse al lograr los rusos la primera incursión espacial (la del *Sputnik*) en 1957. Fue también preocupante la reapertura en 1958, por parte de Jruschov, del problema de Berlín. Los rusos, al contrario de como reaccionaron diez años antes, intentaron entonces lograr algún tipo de acuerdo con las potencias occidentales, a través de negociaciones entre las cuatro, pero fue en vano. La crisis con Berlín oriental alcanzó su momento culminante en agosto de 1961, cuando el gobierno de Alemania del este (con el consentimiento incómodo y a regañadientes de Jruschov) cerró la pequeña brecha, pequeña pero abierta aún, que comunicaba Berlín este y oeste, por la que muchos miles de alemanes del primero huían cada año al segundo. Se construyó rápidamente un muro enorme y horrendo, que separaba

las dos mitades de la ciudad: una prueba más de la brutalidad comunista. Pero esta deplorable decisión del gobierno de la Alemania del este resultaba, nuevamente, más defensiva que ofensiva: si ese último paso de Berlín hubiese permanecido abierto, habría proseguido, y cada vez a mayor escala, la fuga de población alemana oriental.

Más reveladora es la fecha de la construcción del muro: agosto de 1961. Por entonces, las relaciones entre el este y el oeste, y especialmente entre Estados Unidos y la Unión Soviética, habían mejorado. Unos meses antes, el nuevo presidente estadounidense, John Kennedy, se había encontrado con Jruschov en Viena. No llegaron a ninguna conclusión (como el presidente Eisenhower en su reunión de 1959 con Jruschov en Washington), pero la atmósfera de esta segunda cumbre fue mejor. Y lo que es aún más importante: justo en el tiempo en que se construía el muro que encerraba a Berlín oriental, había cada vez más indicios de que, en otros puntos de la Europa del este, el telón de acero había empezado a oxidarse, y en él se multiplicaban los agujeros. Cada vez se hacían más frecuentes los contactos comerciales, turísticos, intelectuales, y en ocasiones hasta políticos, entre los dos lados.

Pero más significativo aún que la oxidación esporádica del telón de acero fue el comienzo del fin de ese mundo de dos potencias, en el que todo, o casi todo, dependía de las relaciones entre la superpotencia estadounidense y la soviética. Y digo "el comienzo" porque en 1961 era todavía muy pronto para hablar de Tercer Mundo, aunque dos décadas después se convertiría en algo más que una realidad retórica, y en otra década más decaería, junto con la guerra fría, ese mundo dominante dividido en dos potencias. La extensión y la popularidad del anticolonialismo, junto con la propagación de la no alineación –que hablaban, en esencia, de la importancia de Asia y África, es decir, de al menos la mitad de la población del planeta–, tuvieron sus orígenes nacionales e intelectuales antes. Empezaron a ser una especie de realidad en la década de 1950, con la conferencia de Bandung de "estados no

alineados", en 1955, y con las demás que le siguieron. El desarrollo de todo esto, incluido el concepto de Tercer Mundo, fue, por supuesto, una consecuencia, no tanto de la retórica vaga e imprecisa de las conferencias anticolonialistas y "no alineadas", como del fin de toda una era, con el abandono de las colonias por las potencias occidentales, en su mayor parte a comienzos de la década de 1960. Volveré pronto sobre esto, pero observemos antes la decisiva centralidad de Europa todavía en 1961, en que, por ejemplo, un ligero desplazamiento de las fronteras de Berlín occidental hacia el este, o de Berlín oriental hacia el oeste, apenas unas docenas de kilómetros cuadrados, podía tener consecuencias políticas mundiales muchísimo más importantes que los acontecimientos ocurridos en otros continentes enteros al mismo tiempo.

La primacía política de Europa –y con ella la del mundo de las dos potencias, e incluso de la guerra fría– no duraría mucho. Podría aducirse, de hecho, que en la década de 1950 había nacido ya un mundo de tres potencias, siendo China la tercera. Los líderes y artífices de la conferencia de Bandung de 1955 invitaron, mimaron y acogieron a la China comunista como estado "no alineado", lo que resultaba tan impreciso como tantas otras formulaciones y declaraciones de esa asamblea. Pero sus cálculos no eran peregrinos, ya que pronto se manifestó toda una panoplia de problemas entre las dos potencias comunistas, China y Rusia. Cuando Jruschov visitó Washington en 1959, uno de los asuntos reservados, pero de gran importancia, de su agenda fue la propuesta al presidente Eisenhower de una colaboración entre Estados Unidos y Rusia contra China. Eisenhower, que no mostró agrado ni el menor interés por la visita de Jruschov, no respondió (como hizo con otros globos sonda del dirigente soviético). Menos de once años más tarde, el presidente Richard Nixon se empeñó en una clara mejora de las relaciones entre Estados Unidos y China, lo que culminó en su fastuoso viaje a China y en su abrazo con Mao Zedong.

Por aquel tiempo, la guerra fría entre Estados Unidos y Rusia estaba en remisión. Pero hubo aún episodios en que se recrudeció peligrosamente, para aplacarse tan rápido como se había recrudecido. Uno fue el de la inesperada crisis con Cuba en 1962. Cuatro años antes, una corta revolución había terminado en Cuba con el gobierno del pseudodictador Fulgencio Batista. Un joven radical, Fidel Castro, llegó entonces al poder. Sus ideas e ideales políticos eran confusos y extraños. Uno de sus rasgos más destacados era la aversión a Estados Unidos (a la vez que establecía y mantenía excelentes relaciones durante un tiempo con la España de Franco). En 1959, Castro quiso ir a Washington a ver a Eisenhower, pero el presidente de Estados Unidos rehusó invitarle. Entonces buscó apoyo para su régimen entre los adversarios de Estados Unidos. La elección evidente (para él) era el comunismo y la Unión Soviética, que se mostró cautelosa. Las insistentes peticiones de Castro a Rusia de una alianza con Cuba fueron ignoradas. Entretanto, prosiguieron sus declaraciones en favor del comunismo, así como el afianzamiento de su dictadura particular (y esto en un país situado a menos de ciento cincuenta kilómetros de Estados Unidos, y cuya existencia, de hecho, fue posible gracias a este apenas unos sesenta años antes). En 1962, era obvio que el gobierno de Kennedy en Washington deseaba deshacerse de Castro. En 1961 había fracasado un intento de invasión de Bahía de Cochinos, en Cuba, por parte de una guerrilla con apoyo estadounidense. Había cada vez más indicios de que el presidente Kennedy, por muchas razones, estaba pensando en tomar medidas drásticas, incluida una posible invasión a gran escala de Cuba.

Castro, asustado, le suplicó ayuda a Moscú. Jruschov, tras sopesarlo a fondo, concluyó que debía hacer algo. Aunque seguía sin mostrarse dispuesto a declarar una alianza rusa con Cuba, decidió entregarle a Castro algunas armas. Rusia enviaría misiles a Cuba, pero bajo determinadas condiciones: se trataría de misiles de medio alcance, con capacidad para llegar solo al sur de Estados Unidos; los montarían, manejarían y controlarían exclusivamente unos técnicos militares rusos, no cubanos, y serían transportados en barcos rusos,

desde puertos situados a ocho mil kilómetros de distancia de Cuba, encima de las cubiertas, visibles para los barcos y los aviones estadounidenses. A mediados de octubre de 1962 –cuando una fuerza expedicionaria estadounidense estaba estableciéndose también al sur de Florida–, Estados Unidos respondió. El presidente Kennedy declaró el bloqueo naval a Cuba. El 24 de octubre, embarcaciones y aviones estadounidenses se aproximaron a los primeros barcos rusos con misiles, cuyo cargamento era claramente visible a bordo. Estos se dieron la vuelta. Dos días después, los rusos propusieron el tipo de acuerdo recíproco que acostumbraban: ellos retirarían sus misiles y sus bases (y sus pocos aviones) de Cuba si los estadounidenses retiraban algunas de sus bases de misiles del norte de Turquía, cerca de la frontera sudoccidental de la Unión Soviética. El gobierno estadounidense aceptó, aunque sin admitirlo ante su pueblo; pero esto no tuvo importancia. Le levantó entonces la cuarentena a Cuba. Poco después, los misiles rusos, con su personal, dejaron la isla.

Esta fue la última confrontación peligrosa de la guerra fría entre las dos superpotencias. Durante los siguientes veinticinco años, hubo conflictos de menor calado entre ambas, pero la guerra fría en gran medida se había desvanecido. Una de las consecuencias de la crisis cubana de los misiles fue la destitución de Jruschov como líder de la Unión Soviética en 1964. Hubo presidentes y políticos estadounidenses que, en ocasiones, quisieron ver estos conflictos como una muestra de la lucha histórica entre la democracia y el comunismo, o incluso entre el bien y el mal. Pero esto iría cada vez a menos, especialmente cuando, tanto Estados Unidos como la Unión Soviética, tuvieron que hacer frente a acontecimientos de todo tipo en el llamado Tercer Mundo.

XIV
NACIONALISMO ESTADOUNIDENSE, BENEVOLENCIA ESTADOUNIDENSE

El siglo de Estados Unidos: más que eso – Problemas en vez de periodos – Cambios en la composición del pueblo estadounidense – Singularidad durante la Segunda Guerra Mundial y después – Nacionalismo estadounidense – El surgimiento del 'conservadurismo' estadounidense – Estados Unidos hacia el final de la guerra fría

*A*ntes de 1914, Estados Unidos ya iba camino de convertirse en la primera potencia mundial; después alcanzó esa posición, y la mantuvo. El periodo de 1914-1989 fue tanto el siglo xx histórico como un siglo estadounidense. No solo porque Estados Unidos ganó las dos guerras mundiales y la llamada guerra fría, sino también porque su influencia en todo el mundo, en la guerra y en la paz, creció hasta incidir en la vida y en los hábitos de cada vez más países, con sus pueblos. Esto presenta un problema que casi sobrepasa la competencia de un historiador riguroso, desde el momento en que el tema de las relaciones de Estados Unidos con el resto del mundo es enorme, especialmente en el siglo xx.

En 1914, una buena parte de los estadounidenses, la inmensa mayoría de hecho, se interesaba por el espectáculo de la guerra que estaba teniendo lugar en Europa, pero sin el menor deseo de que Estados Unidos participara en ella. En apenas dos años y pico, esto ya no fue así: se produjo un desplazamiento tectónico en la opinión pública y en el sentimiento popular de Estados Unidos, de una magnitud sin precedentes casi en su historia. En 1914, la mayoría de los estadounidenses se enorgullecía de comparar su país progresista y democrático con la vieja Europa, que se encontraba otra vez en el trance doloroso de una gran guerra. En 1917, estaban ya convencidos en su mayor parte de que el deber de Estados Unidos

era arreglar el viejo mundo. En 1915, había cien millones de estadounidenses. Una coincidencia histórica: los estadounidenses acababan de terminar el canal de Panamá, otra proeza gigantesca de la ingeniería, cada vez más asociada a Estados Unidos en la mente colectiva.

En 1912, debido a una división inusual dentro del partido republicano, entre William Taft y el imponente Theodore Roosevelt, este dejó de ser presidente de Estados Unidos, en favor de Woodrow Wilson, cuya visión del mundo era menos realista que la de su predecesor. Pese a esto, algunas ideas de Wilson cambiaron el mapa de Europa hacia el final de la Primera Guerra Mundial, y además tuvieron una influencia a largo plazo en Estados Unidos. La extensión de la autodeterminación nacional y la primera instauración de algo parecido a un gobierno mundial –la Sociedad de Naciones– se debieron a Wilson. A pesar de sus defectos, permanecieron como instrumentos de la política mundial estadounidense hasta bastante tiempo después de Wilson.

Con todo, e independientemente de quién fuera el presidente, la entrada en 1917 de Estados Unidos en la gran guerra europea –revirtiendo el camino seguido por el país durante más de cien años– contribuyó en muchos aspectos a su primacía mundial como potencia. Por lo demás, las pérdidas estadounidenses en la guerra constituyeron un pequeño porcentaje con respecto a las bajas sufridas por los estados europeos.

Más tarde, la influencia de Wilson en Europa menguó, como menguó su popularidad en Estados Unidos. A partir de 1920, los republicanos ganaron unas elecciones tras otras. Aun así –a pesar de sus mediocres presidentes y del rechazo a las intervenciones estadounidenses en Europa–, Estados Unidos alcanzó la primacía mundial en la década de 1920. Muchas de las prácticas e ideas de hoy –desde la tolerancia en materia sexual hasta las innovaciones en arquitectura, arte, literatura, música y decoración– son adaptaciones de las "novedades" que surgieron en la década de 1920 (de aquí que

la denominación de "posmoderno", por ejemplo, carezca casi enteramente de sentido). Muchas de estas innovaciones se originaron en Estados Unidos.

El tema de este capítulo es Estados Unidos y su relación con el mundo: los efectos recíprocos de uno en otro. Políticamente, la influencia era todavía muy ligera, pero en muchos otros campos de la vida la incidencia de Estados Unidos en Europa fue amplia y con frecuencia profunda, permeando todos los niveles de la sociedad, incluido el gusto tan extendido por la música y el cine estadounidenses. Esta influencia de la cultura popular estadounidense siguió creciendo, en especial en Europa, hasta mucho después de la década de 1920.

A finales de la década de 1930, cuando amenazaban los nubarrones de otra guerra europea, mucha gente se mostraba abiertamente interesada (y en ciertos ámbitos esperanzada) en la reacción de Estados Unidos para impedir la crisis. De este modo, en cuanto a la historia universal, 1939 difiere significativamente de 1914: lo que Estados Unidos fuese a hacer era entonces de suma importancia.

La gran contribución de Franklin Roosevelt al pueblo estadounidense, a partir de 1933, fue la irradiación de su confianza. En gran medida, lo mismo puede decirse de su imagen en el extranjero. Ningún presidente de Estados Unidos desde Lincoln había tenido semejante imagen, ni en Europa ni en Asia. En 1939, millones de europeos (y de chinos) sabían que el Estados Unidos de Roosevelt se decantaba por los adversarios de Hitler, e incluso los apoyaba. En extremo Oriente, Roosevelt dio apoyo a los nacionalistas chinos, en tanto que él y su armada eran plenamente conscientes de las intenciones bélicas de los japoneses. (Desde el comienzo mismo de su carrera fue un hombre de la armada, condición que jugó en su favor, y en favor de la estrategia estadounidense, al menos durante los primeros años de la Segunda Guerra Mundial). En 1940, tomó dos decisiones que resultaron cruciales para la historia de la guerra, e incluso para el mundo

entero. La primera fue en junio, cuando se convenció de que, ocurriera lo que ocurriese en Europa occidental, su Estados Unidos apoyaría a la Gran Bretaña de Churchill. La otra decisión –menos conocida, pero igualmente importante– la tomó en noviembre de 1940 (junto con el almirante Stark): si Estados Unidos debía participar en una guerra de dos frentes, en el Atlántico y en el Pacífico, contra Alemania y contra Japón, respectivamente, entonces la prioridad la tendría el primero. La derrota de Alemania debía producirse antes que la derrota de Japón. Y así fue.

Conforme la guerra avanzaba, Roosevelt se fue dando cada vez más cuenta (como también, probablemente, la mayor parte del pueblo estadounidense) de que Estados Unidos era ya la primera potencia mundial. En 1942, o a principios de 1943, había llegado a la conclusión de que la Unión Soviética era la segunda gran potencia, y de que, por lo tanto, sus relaciones con Stalin eran aún más importantes que sus relaciones con el gobierno británico. Este juicio pudo tener su razón durante la guerra, pero no a largo plazo. Roosevelt murió el 12 de abril de 1945, dieciocho días antes que Hitler. Al día siguiente, Stalin ordenó que los periódicos soviéticos sacaran la noticia de la muerte de Roosevelt en primera plana, con bordes negros como expresión de luto. Esto no indicaba ningún gran acuerdo, ya que la guerra fría había empezado a formar parte de la mitad oriental de Europa (a la que Roosevelt apenas había prestado atención, si es que llegó a prestarle alguna).

En 1945, la armada estadounidense era probablemente mayor que todas las demás del mundo juntas. Por entonces, las reservas de oro de Estados Unidos constituían las dos terceras partes de las reservas de oro mundiales. Los estadounidenses y su país fueron generosos tras la guerra, como a menudo lo habían sido antes. Ayudaron en gran medida a sus enemigos recientes –los alemanes, los italianos y los japoneses–, y en mayor proporción aún a los países europeos que habían sido sus aliados en la guerra. El llamado plan Marshall, de 1947, formaba parte de ello. Resulta también asombroso que Estados Unidos apenas dependiera aún de los beneficios de las

exportaciones de su ingente producción industrial y agrícola: más del ochenta por ciento de esta lo consumían los propios estadounidenses.

Esta prosperidad, pese a la inflación gradual, estaba cambiando la sociedad estadounidense. Las diferencias de clase se esfumaron. (Los estadounidenses de origen inglés o escocés representaban ya menos del diecisiete por ciento de la población, aunque hasta aproximadamente 1950 seguían dirigiendo muchas instituciones tradicionales del país). "Clase alta", "clase media" y "clase trabajadora" eran expresiones con un uso todavía generalizado, pero con cada vez menos sentido. Las clases inferiores fueron infiltrándose poco a poco en las superiores. Esta movilidad social era tanto geográfica como social: muchos estadounidenses estaban desplazándose hacia el oeste y hacia el sur. Esto no era inusual en la historia de Estados Unidos, pero además estaba ocurriendo otra cosa. En el siglo xx, no solo se terminó el periodo rural y agrícola, sino también el "burgués" y urbano de la historia de Estados Unidos. Aproximadamente a partir de 1880, el crecimiento de las grandes ciudades estadounidenses fue muy rápido. La gente joven, entusiasta y social e intelectualmente ambiciosa, aspiraba a vivir en esas grandes urbes, desechando los hábitos de vida y pensamiento que se aparecían como estrechos, parroquianos o provincianos. Aunque esto último no se diese siempre, "urbano" y "cosmopolita" tenían entonces un sentido mayormente aprobatorio. Poco después de 1945, esta tendencia se debilitó. Se hizo posible para muchos estadounidenses, incluso para la mayoría, adquirir pequeñas propiedades individuales, con casa y jardín, en las afueras de las ciudades, aunque no lejos de ellas. Las zonas residenciales, en su momento puentes entre la ciudad y el campo, empezaron a devorarlos a los dos. A mediados de la década de 1950, el estadounidense medio ya no era urbano, sino suburbano. Esto tuvo muchas consecuencias, al igual que la tendencia posterior de muchas esposas estadounidenses a buscar trabajo fuera de casa.

Lo que no cesó ni se debilitó fue el nacionalismo estadounidense, solo que este encontró nuevas salidas en los primeros años de la guerra fría. De 1945 a 1947, el aprecio de los estadounidenses por sus aliados soviéticos en la guerra, excesivo a veces, se transformó en ansiosa hostilidad. La razón fue simple: la conducta de los propios rusos. Esto produjo una reacción quizá típicamente estadounidense: la de ver el mundo, sobre todo a los adversarios de Estados Unidos, más ideológica que geográfica o políticamente. Se había extendido la creencia popular –y a menudo oficial– de que el comunismo era el gran peligro para Estados Unidos y para el mundo. Hubo un breve antecedente de esto en 1920-1922, después de la Primera Guerra Mundial y la revolución bolchevique (lo que se conoció como "la amenaza roja"), pero a partir de 1947 el miedo fue mucho más poderoso, penetrante y prolongado. Esto tuvo algunas consecuencias lamentables: en ocasiones, determinó y coartó la política exterior de Estados Unidos, así como a algunos de sus presidentes. Condujo también a una inquietud popular por los simpatizantes comunistas del país y sus compañeros de viaje, cuya influencia había existido pero que era mínima, sobre todo a partir de 1947. Los personajes ambiciosos que los acusaban, como el senador Joseph McCarthy, dañaron de un modo más que lamentable las libertades constitucionales de Estados Unidos, aunque fuera brevemente. Lo que persistió durante el resto de la guerra fría fue el elemento ideológico. Los estadounidenses que miraban el mundo con lentes ideológicas eran incapaces de aceptar (o se negaban a hacerlo) que el problema del imperio soviético no era el del comunismo internacional.

Esto tuvo que ver con el surgimiento y el ascenso del movimiento "conservador" estadounidense, muy poco después de 1950. Los personajes públicos estadounidenses, en especial casi todos los políticos, estuvieron rehuyendo este calificativo durante largo tiempo. De repente, se produjo un cambio: "conservador" pasó a significar el ser firme e inflexiblemente anticomunista. Pero esto trajo de la mano una reacción contra el liberalismo y el progresismo estadounidenses, que habían dominado la mayor parte de la vida

intelectual del país y sus instituciones, de manera incuestionable, en las décadas de 1930 y 1940. A partir de 1950, pensadores, estudiosos, escritores e incluso historiadores estadounidenses prestigiosos escribieron libros serios en los que sostenían que la única tradición intelectual estadounidense era la liberal. Esto no era así. Unos cuantos escritores y pensadores inteligentes, y con vocación de independencia, descubrieron y redescubrieron a conservadores estadounidenses del pasado, aunque quizá no se hubiesen llamado a sí mismos de ese modo. Pero, para el ascenso del movimiento conservador en Estados Unidos en la década de 1950, resultó más efectivo que creciera la desafección por la palabra "liberal" (debido en parte a los excesos del liberalismo estadounidense). Sin embargo, muchos de los que se autoproclamaban entonces conservadores estadounidenses, en realidad no lo eran en absoluto. Es cuando menos significativo que un obcecado conservador y nacionalista republicano como el senador Robert Taft se declarase "liberal anticuado" todavía en 1952. Diez años más tarde, el presidente Eisenhower, que continuó muchas de las políticas del *new deal* y expandió la seguridad social, se autodenominó en una ocasión "conservador". Otros diez años después, la mayoría de los estadounidenses votó por Richard Nixon, un "conservador" declarado. Al cabo de otros diez, votó por Ronald Reagan, algunas de cuyas afirmaciones eran radicalmente conservadoras: entre otras cosas, llamó a la Unión Soviética "el imperio del mal".

Esto tenía su importancia, aunque no mucha. Cuando cambiaron los hábitos, el estilo de vida y el pensamiento de los estadounidenses, lo hicieron de diferentes maneras. La llamada revolución juvenil de la década de 1960, por ejemplo, produjo rápidas alteraciones en las costumbres, la ropa, la música, el entretenimiento e incluso los modales sociales y sexuales (o más bien, la ausencia de ellos). A mediados de la década de 1960, hubo una encomiable legislación sobre derechos civiles, promovida por el presidente Lyndon Johnson, a favor de los negros estadounidenses. Aunque este mismo presidente, confiando en la superioridad del poderío militar de su

país, extendió su presencia en Indochina: el resultado fue la guerra de Vietnam, que se fue volviendo más impopular a medida que avanzaba y que terminó con una retirada. Otros problemas para Estados Unidos, más duraderos, habían empezado a aparecer. Había estado saliendo oro del tesoro federal, hasta que en 1971 el presidente Nixon prohibió su disponibilidad para los prestatarios extranjeros. Más importante: la inflación nacional de Estados Unidos crecía, y el valor internacional del dólar empezaba a decaer; mientras que, dentro del país, la financiación de las tarjetas de crédito y sus transacciones aumentaban casi hasta universalizarse. Aún más importante: la composición de la población estadounidense estaba cambiando, debido sobre todo a la creciente (y a menudo incontrolable) inmigración desde los países del sur de Estados Unidos: una hispanización de partes considerables de la república, con abundantes consecuencias culturales e incluso políticas. Aunque ninguna de estas circunstancias y condiciones cambiantes condujo a reacciones populares graves, excepto, quizá, que las categorías habituales en su día de "liberal" y "conservador" se habían vuelto cada vez más imprecisas, llegando a perder sus significados antiguos.

En 1980, parecía –pero solo parecía– que la guerra fría estaba reviviendo. Ciertas palabras y ciertos hechos del presidente Reagan parecían indicarlo. "Conservador" y anticomunista, además de nacionalista sentimental, todo eso era el antiguo actor de cine. Una tendencia que podría haber resultado peligrosa, si justo al mismo tiempo no llega a producirse la gran crisis de la Unión Soviética. "El imperio del mal" había empezado a resquebrajarse por la época en que Reagan se había convertido en presidente. Durante su segundo mandato (obtuvo una victoria aplastante en 1984), llegó a reconocer que el nuevo líder ruso, Mijaíl Gorbachov, estaba intentando cambiar, no solo el gobierno soviético, sino también sus relaciones con los estados vecinos y con el resto del mundo. Los dos líderes celebraron al fin un encuentro amistoso. Cuando Reagan embarcó en su avión presidencial para volver a su querida California, la guerra fría había terminado.

Después de todo, Reagan era estadounidense. A pesar de sus pronunciamientos públicos, a pesar de su nacionalismo, superficial y emocional en esencia, no estaba desprovisto de una cierta tolerancia benevolente. Lo mismo se puede decir, y en mayor medida aún, del pueblo de Estados Unidos. Sí hubo la tendencia a apoyar y celebrar lo que muchos extranjeros consideraban "imperialismo" estadounidense, pero tampoco esta era la palabra justa. Después de todo, el país se había pasado décadas sin intentar convertir la guerra fría en la enormidad de una guerra real con la Unión Soviética. Los estadounidenses pensaban que el suyo era el país más grande, el mejor y el más poderoso del mundo, pero eso era todo. Había siempre un componente de benevolencia por debajo o por dentro de la autoconfianza estadounidense. ¿"Por debajo" o "por dentro"? Daba igual. Lo que no dio igual fue otro ejemplo más de esto, de cuando la guerra fría, y con ella la historia entera del siglo xx, llegaron a su fin. El pueblo estadounidense saludó las transformaciones y la retirada militar y política de la Unión Soviética, pero sin mostrar en general autosatisfacción, sin apenas sentido de la victoria.

XV
‘EUROPA’ Y EL FINAL DE LA GUERRA FRÍA

‘Europa’: una definición imprecisa – El principal objetivo durante la Segunda Guerra Mundial – Después, su división y las consecuencias – Intentos de integración de Europa – La descomposición de la zona de influencia rusa en Europa – Su velocidad en torno a 1989, en tanto que sus consecuencias son imprevisibles

*E*s la última vez en este libro que debo dedicarle un capítulo a Europa, durante la guerra fría y al final de esta. Puede que el lector y el crítico se opongan al eurocentrismo de mi planteamiento, y con buenas razones. La obra lleva el título de *Historia mínima del siglo xx*. Pero hasta ahora he dicho poco, o nada, sobre África, Sudamérica, Asia y otras partes del mundo. En el siglo xx, su población en proporción a la mundial se incrementó enormemente. A partir de 1950, la población de Europa, contando a Rusia, apenas creció, mientras que la del resto del mundo lo hizo más del doble. (La población total del planeta era de unos dos mil quinientos millones en 1950; en 1990, de aproximadamente cinco mil trescientos). ¿Por qué entonces este énfasis mío tan desequilibrado, este centrarme en Europa durante el siglo xx? Por una simple razón: las dos guerras mundiales y la guerra fría tuvieron que ver en su mayor parte con Europa. Se combatieron en ella ante todo, y en ella se decidieron. La última vez en la historia, probablemente, en que una gran guerra se haya decidido en Europa. Durante el siglo xx, se mantuvo todavía la importancia de primer orden de Europa, aunque ya había empezado a decaer. El xx fue un siglo provisional: el final de una era, y muy probablemente el comienzo de otra. Pero especular sobre esta última es algo que no le corresponde al presente libro.

La misma definición de “Europa” es más reciente de lo que se acostumbra a pensar. Durante muchos siglos, apenas se empleó el

término, salvo en ciertas ocasiones. Geográficamente, Europa es una inmensa península al oeste de Asia. En 1833, un geógrafo alemán determinó por primera vez sus límites orientales, a lo largo de la frontera que separaba la parte "europea" de la asiática del imperio ruso. En cuanto al imperio otomano, sus posesiones en el sudeste de Europa fueron cambiando a lo largo de su existencia. En 1914, solo una pequeña parte de Turquía permanecía en la Europa geográfica, en torno a Constantinopla. Cuatro años más tarde, los imperios ruso y alemán se retiraron de algunas de sus posesiones en Europa oriental, mientras que, en mitad de Europa, el imperio austrohúngaro se rompió en pedazos, como consecuencia de lo cual surgieron nuevos estados en el este. La mitad oriental de Europa era entonces, por lo tanto, nueva e inestable. Justo allí había surgido, en 1914, la chispa que hizo estallar la Primera Guerra Mundial; y en muchos sentidos, la causa de la Segunda Guerra Mundial, en 1939, fue Europa oriental. Hitler quería dominarla: sabía que, si lo lograba, la importancia de las potencias de Europa occidental se reduciría notablemente. Por esta razón, en 1939, el gobierno británico, angustiado, le dio por primera vez en la historia garantías a un estado del este de Europa, Polonia: con ello, pretendía hacerle entender a Hitler que, si quería evitar una segunda guerra europea o incluso mundial, no podía pasar de ahí. Fue inútil. Hitler se volvió hacia Stalin, y ambos se dividieron Polonia y otras partes de Europa oriental.

Sabemos en qué acabó todo en 1945, prolongándose hasta 1989 incluso. Hasta 1945, Gran Bretaña y Estados Unidos dependían de Rusia para conquistar Alemania. O Hitler dominaba todo el continente, o Stalin dominaba la mitad. La mitad occidental de Europa era menos que nada; pero fue Stalin el que, con sus prácticas y sus métodos, provocó la guerra fría. Peor aún: nadie podía estar seguro de que Stalin fuera a pararse en el telón de acero. En consecuencia, Estados Unidos se comprometió a proteger Europa occidental militar y políticamente. De ahí vino también la tendencia de los europeos occidentales sensatos a proceder a una integración, o a una posible unión incluso, de Europa occidental.

Este movimiento, o aspiración, ya existía débilmente en la década de 1920, pero se lo llevaron por delante las conquistas de Hitler. Resurgió poco después de 1946, de un modo más amplio e importante que la causa "paneuropea" de la preguerra (uno de sus promotores declarados fue Churchill). Durante el medio siglo posterior a 1948, fue avanzando poco a poco la creación de una Europa institucional. En esta breve obra no es necesario dar cuenta de los pasos, ya que son bien conocidos: la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, el Mercado Común Europeo, la Comunidad Europea de Defensa, el acuerdo de Schengen –que permitía la libre circulación en la mayor parte de Europa– y la adopción de una moneda única europea, el euro.

Pero el plan para la unión de Europa tuvo muchas deficiencias, algunas incluso de partida. Hubo, desde el principio, un énfasis en los asuntos económicos y financieros sobre los estatales y políticos. A finales de la década de 1940, había un deseo genuino, especialmente entre la juventud de algunos estados de Europa occidental, de una especie de unión política. (La primera bandera del movimiento por la Europa unida mostraba una letra E verde sobre fondo blanco. La última, la bandera hoy vigente del Consejo de Europa, es más bien una adaptación, poco inspirada, de las estrellas estadounidenses, sin las barras: una docena de estrellas en círculo sobre fondo azul oscuro). Existía la creencia de que la economía debía ir antes que el gobierno, pero esto es y no es así. Pasaron cuarenta o cincuenta años a partir de 1948, y no había gobierno europeo, ni poder ejecutivo europeo, ni ejército europeo. Cuarenta o cincuenta años después, no hay entre los jóvenes europeos ni atracción ni entusiasmo por una Europa unida, ni siquiera por una identidad europea propia. Con algunas excepciones, los europeos no estaban preparados para afrontar los problemas y los desafíos de la nueva situación: la del final de la guerra fría y la caída de la Unión Soviética, es decir, la del final de la división de Europa. Cuando, solo dos años después de 1989, Yugoslavia estalló en una serie de guerras civiles y tribales, "Europa" no hizo nada: permitió

vergonzosamente la intervención de Estados Unidos, con bombardeos aéreos, en el problema yugoslavo.

Cerca del final de la Segunda Guerra Mundial, y después de ella, tuvieron lugar en Europa cambios demográficos importantes, los primeros de los cuales afectaron sobre todo a Alemania. De 1945 a 1948, más de cinco millones de alemanes huyeron o fueron expulsados de Polonia y Checoslovaquia (les siguieron contingentes menores de territorios de Yugoslavia, Rumanía y otros países). Estos refugiados alemanes fueron absorbidos por la próspera sociedad de Alemania occidental, asombrosamente sin apenas problemas, ni demasiadas consecuencias políticas al principio. Pero después tuvo lugar otro cambio, más importante y significativo, esta vez procedente del sur y no del este. Había empezado antes incluso del fin de los imperios coloniales europeos de ultramar, y consistía en que muchos cientos de miles de personas empezaron a trasladarse a Europa occidental –algunas legalmente, otras no– desde el hemisferio sur y desde oriente. Antes hubo otros emigrantes, temporales a veces (por lo general turcos), que buscaban trabajo en las grandes plantas industriales, sobre todo de Alemania. A partir de 1961, estos desplazamientos de cientos de miles, e incluso de millones de personas, la mayor parte del norte de África y de Oriente medio, experimentaron un enorme crecimiento, con todo tipo de consecuencias sociales y políticas, cuyo final resulta imprevisible.

Desde 1950, Estados Unidos también tuvo que hacer frente a un aumento constante de la inmigración procedente del hemisferio sur, ilegal en su mayor parte. Sus efectos en la composición de la sociedad y la política estadounidenses fueron, y siguen siendo, considerables. Hay dos elementos principales que distinguen las experiencias con la inmigración de Estados Unidos y de Europa. El primero es que el territorio de Norteamérica es mucho mayor que el de Europa, por lo que tiene más capacidad para acomodar a los que llegan. Y el segundo, que los hijos de los inmigrantes de Estados Unidos se asimilan más rápidamente que los hijos de los inmigrantes de las naciones europeas. Además, empezó a invertirse el gran

movimiento histórico de los últimos quinientos años. Durante todo este tiempo, la gente, la mayoría nacida en Europa occidental, atravesó los océanos, se expandió por otros continentes y se estableció en ellos. Ahora, muchos de sus descendientes regresaban desde esos lugares, al tiempo que una parte de la población de África y Asia se desplazaba hacia Europa.

Mientras tanto, en Europa tenía lugar un acontecimiento de gran importancia: el repliegue de la Unión Soviética. En 1961, el telón de acero empezaba ya a resquebrajarse por más de un punto (aunque fuese justo entonces cuando se construyó el muro de Berlín). Se suavizaron las restricciones comerciales y turísticas, e incluso las intelectuales. Estas reformas parciales no venían de Moscú, sino por lo general eran decisión de los gobernantes de sus estados satélite. Seguían siendo estados y gobiernos de partido único, pero por parte de los pueblos se palpaba el deseo de libertad. Un ejemplo fue Checoslovaquia en 1968, en que Alexander Dubček, un hombre decente y algo idealista, condujo el régimen, sin proclamarlo, a que fuera casi una democracia europea. Los dirigentes de Moscú se preocuparon. Decidieron convocar el pacto de Varsovia –nombre de la alianza de los estados satélite de Europa oriental–, e invadieron Checoslovaquia con tanques y tropas. Hubo pocas bajas, y a Dubček se le permitió incluso retirarse y seguir viviendo. Pero este no fue el final. En Poznan, Polonia, estallaron unas revueltas de trabajadores dos años después, para volver a hacerlo en 1976. En 1978, el cardenal polaco Karol Wojtyla fue elegido papa –escogió el nombre de Juan Pablo II–, un ascenso inédito y de una gran importancia, no solo por las excepcionales cualidades del puesto, sino también por sus efectos sobre Polonia, adonde el pontífice viajó en 1979 (¿habría permitido la Unión Soviética esta visita treinta años antes? Resulta inconcebible). Justo por entonces, surgió un nuevo sindicato polaco, llamado Solidaridad, lo que rompía drásticamente con el monopolio del partido comunista y del estado; fue tal su éxito popular, que a finales de 1981 el ministro polaco de Defensa decretó la ley marcial y arrestó a Lech Walesa, el líder de Solidaridad, aunque no llegó a

juzgarlo. Pronto Solidaridad (y Walesa) reaparecieron. Los dirigentes soviéticos estuvieron dudando, y se decantaron por no intervenir.

Pero la guerra fría aún no se había terminado, debido en gran parte al nuevo presidente estadounidense, Reagan, elegido en 1980. Durante la década de 1970, era posible, e incluso corriente, hablar de "distensión" en las relaciones entre Rusia y Estados Unidos, un resultado de lo cual fue el acuerdo firmado en Helsinki en 1975, que contenía detalles enrevesados e imprecisos. Antes incluso de 1980, el gobierno estadounidense se había quedado conmocionado por la decisión soviética de invadir Afganistán, cuyo nuevo gobernante no gustaba en Moscú. Durante dos años, la guerra entre Rusia y Afganistán fue un fracaso, hasta que los rusos se retiraron de aquel país impredecible e ingobernable. Pero a Reagan, confortablemente convencido de la doctrina suprema del anticomunismo, no le interesaba mejorar las relaciones con Rusia, e incluso intervino militarmente en las caribeñas Nicaragua, El Salvador y la pequeña isla de Granada, contra gobiernos irresponsables y movimientos guerrilleros que, aunque antiamericanos, no eran ni podían ser considerados trampolines de la Unión Soviética al sur de Estados Unidos. En 1983, Reagan anunció además una iniciativa de defensa estratégica (llamada por sus críticos "la guerra de las galaxias"), que, al menos por un tiempo, hizo imposibles los acuerdos de desarme entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

Pero lo cierto es que "el imperio del mal" de Reagan se estaba tambaleando, al margen de lo que él creyera o quisiera creer. Eran tantas las señales, que no tuvo más remedio que cambiar de mentalidad. En marzo de 1985, Mijaíl Gorbachov se convirtió en secretario general del partido comunista y en líder de la Unión Soviética (era un protegido de Yuri Andrópov, quien, como embajador soviético en Hungría, había sido un observador excepcionalmente perspicaz de la revolución húngara). Gorbachov proclamó, y después puso en práctica, la *perestroika* y la *glasnost*. La primera se refiere a las inevitables (para él) reformas de la economía rusa, e incluso de la sociedad rusa; y la segunda, a la

necesaria apertura de la opinión pública. Más importante aún fue quizá su convicción de que el éxito final de estas reformas dependía de cambios esenciales en la política exterior rusa, sobre todo en las relaciones con Estados Unidos. Poco después de la llegada al poder de Gorbachov, la sucesión de indicios y pruebas en esta dirección hizo que Reagan se diese al fin por enterado, y empezó a tenerlos en cuenta y a apreciarlos incluso. El resultado fue la primera cumbre entre los dos líderes, que tuvo lugar en noviembre de 1985, en Ginebra. Le siguieron tres más, en años sucesivos. Al final, Reagan y Gorbachov llegaron a entenderse bastante bien.

Todo esto supuso el final de la guerra fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Pero, aún más importante que esta significativa mejora de las relaciones entre los dos países, fue el cambio drástico en las relaciones de Rusia con sus estados vecinos, que se tradujo en el fin del telón de acero que dividía a Europa. Muy poco después de su llegada al poder en 1985, Gorbachov indicó a los dirigentes de los estados del pacto de Varsovia que podían tomar el control de sus propios asuntos, sin intervención de la Unión Soviética. Esto se volvió cada vez más evidente. En menos de tres años, terminaron los regímenes de partido único de Polonia, Hungría y Checoslovaquia. De este modo, 1989 fue un *annus mirabilis*. En estos tres países, el monopolio del gobierno acabó realmente: hubo elecciones libres. También ocurrió así en otras partes de Europa oriental: antes de que se acabara el año, cayó el muro de Berlín, y se reunificó Alemania. Todo esto tuvo lugar sin derramamiento de sangre (con la única excepción, pequeña, de Rumanía).

El mismo Gorbachov declaró que la guerra fría había terminado. Aunque no los problemas para él. Era impopular entre los políticos rusos, y también entre el pueblo ruso en general, que sintió o percibió, acertada o erróneamente, que por su culpa Rusia declinaba súbitamente como gran potencia. Pues lo que estaba sucediendo entonces era algo más que el final del dominio ruso sobre sus vecinos europeos: era la desintegración de la misma Unión Soviética. En 1991, las antiguas repúblicas bálticas de Estonia, Letonia y

Lituania (incorporadas por la fuerza a la Unión Soviética) declararon su independencia. Lo mismo hicieron Ucrania, Bielorrusia, Moldavia y Azerbaiyán. Fracasó una intentona de derrocar a Gorbachov, quien dimitió en Navidad. El nuevo presidente, Boris Yeltsin, proclamó el final de la Unión Soviética y el nacimiento de una nueva Rusia, que ya no estaba representada por la bandera roja, sino por su antigua bandera tricolor.

Lo que pueda ocurrir con Rusia en el futuro excede a este libro. Las consecuencias de la desintegración de la Unión Soviética fueron, y son aún, enormes. En la propia Rusia, la división, histórica y antigua, entre los habitantes del este y los del oeste, entre los "eslavófilos" y los "occidentalistas", estaba desapareciendo temporalmente. Hay que mencionar otro asunto del siglo xx, que tiene que ver con la guerra fría: después de casi medio siglo de ocupación por parte de Rusia, los efectos de la cultura, el lenguaje, la religión y los hábitos rusos sobre los pueblos de Europa oriental fueron prácticamente inexistentes.

Al mismo tiempo, muchas de las diferencias entre la Europa occidental y la oriental continuaron y continúan existiendo.

La guerra fría se acabó. El siglo de las grandes guerras europeas se acabó. La división de Europa se acabó. Pero también se acabó la Edad Europea, la primacía de Europa sobre el resto del mundo.

XVI
‘EL GRAN SALTO ADELANTE’

El Tercer Mundo – Oriente próximo y Oriente medio – Extremo Oriente y Australia – África – Sudamérica y el hemisferio occidental – Los movimientos de población

*L*a expresión “Tercer Mundo” tiene dos significados, uno temporal y otro a largo plazo. El temporal –pero vigente aún– surgió en 1955, en relación con la conferencia de Bandung de aquel año, en que los líderes y ponentes de Asia y de otras zonas se declararon representantes de una gran parte del mundo que no se alineaba ni con Estados Unidos ni con la Unión Soviética, y que se consideraba independiente de ambas superpotencias. La expresión aludía a algo en buena parte evidente pero impreciso, puesto que bajo el nombre de “Tercer Mundo” no había ni una entidad unificada ni un conglomerado político. El final de la guerra fría no afectó a su sentido, ni lo mermó. A lo largo de los siglos, nadie había hablado jamás de un “Tercer Mundo”. Es más, Europa y Rusia se expandieron y establecieron sus colonias en otros continentes, especialmente en África. En ciertas zonas del planeta, como Australia y Nueva Zelanda, los británicos y los irlandeses conquistaron grandes continentes y archipiélagos vacíos. Aquí, como en otros estados de Sudamérica, aún resulta visible el “blanqueo”. No así en casi todo el resto del mundo.

Durante el siglo XX, llegó a su fin el dominio de las potencias europeas sobre otros continentes. Tras la marcha de estas, todo tipo de estados nuevos llenaron el vacío. En Sudamérica y Centroamérica, esto ya ocurrió en el siglo XIX. En la mayor parte de África tuvo lugar en el XX. En el llamado Oriente medio, resultó más complicado. Aquí, y en el inmenso continente asiático, se mantuvieron imperios antiguos, como los de Irán (Persia), la India,

Japón y China, aunque renovados, transformados y centralizados. Una consecuencia de todo esto fue la proliferación de estados en la ONU, aquella idea de Roosevelt que se llevó a la práctica en 1945, cuya sede es una protuberancia recubierta de vidrio en la zona inhóspita de Nueva York, y que a finales del siglo XX tenía poco poder, y puede que ningún sentido. No se puede decir qué ocurrirá con la historia de los "estados" en el futuro. Recordemos solo que durante al menos cinco siglos, en la llamada Edad Moderna, los principales instrumentos de la política y de la historia fueron los estados, y las guerras entre ellos. Si esto constituirá la estructura de la historia de los pueblos en el futuro es algo a lo que no se puede responder.

Una cuestión relacionada, a la que solo se puede responder con una gran incertidumbre, es el origen de la mayoría de estos estados. Resulta posible rastrear al menos los orígenes –bueno, algunos de los orígenes– de la Francia "moderna", de la Italia "moderna", de la Alemania "moderna", etcétera, si por "moderno" entendemos la existencia de un estado francés, italiano o alemán en gran medida unificado, nacido en unos casos hace cinco siglos, y en otros hace menos de dos. Antes y después, la estructura de esos estados empezó a rellenarse con una sensación de nacionalidad. La palabra "nacionalismo" casi no existía antes del siglo XIX, pero, en Europa al menos, el ideal de un estado nacional (o, más tarde, de la "autodeterminación nacional") se convirtió en dominante. En Asia y en África, sin embargo, no surgió esta idea de estado nacional hasta algún momento del siglo XX ; ni siquiera la mera conciencia de nacionalidad, como algo diferenciado de otros tipos de identificación religiosa, racial o tribal, incluyendo la autoidentificación. Sí hubo antes un puñado de pensadores, literatos y políticos ambiciosos que propugnaron algo parecido, pero sin mucho efecto, por no decir ninguno. Lo que finalmente produjo una especie de nacionalismo asiático y africano fue el fin del dominio colonial de las potencias "blancas" (con notables excepciones, como Japón).

Durante la Primera Guerra Mundial, y después de ella, hubo brotes de nacionalismo y anticolonialismo en Oriente próximo, la India y China. En la India había aparecido el profeta y líder del movimiento, Mahatma Gandhi. Los chinos se sentían cada vez más espantados y dolidos de ver cómo se había entregado partes de su antiguo imperio a las potencias europeas, y a Japón especialmente. En 1917, los británicos empezaron a apoyar el nacionalismo árabe contra el imperio otomano, ya en decadencia y en retroceso. La situación de África no cambió demasiado. En todo este continente inmenso, apenas había dos estados más o menos independientes: Liberia, en el oeste, y Abisinia (Etiopía), en el este. En 1935, en pleno periodo de entreguerras, Mussolini decidió invadir y conquistar el segundo de ellos, con lo que Italia se hizo poseedor de un extenso imperio en África oriental, con Abisinia, la Eritrea italiana y Somalia. Cinco años más tarde, las tropas británicas y de la Commonwealth acabaron con él. En otras partes, especialmente en extremo Oriente, la Segunda Guerra Mundial supuso el fin del colonialismo. Los japoneses intentaron beneficiarse de ello, y en muchos sentidos lo lograron: en algunos países y entre algunas poblaciones, incluso de manera permanente.

"Asia para los asiáticos" fue el lema japonés. En Indonesia, Birmania e incluso las Filipinas, empezaron a surgir nacionalistas projaponeses, así como regímenes anticolonialistas "independientes". Los japoneses estimularon también el movimiento nacionalista indio, así como un pequeño ejército nacional indio en el sudeste asiático; pero este ejército nunca llegó hasta la India. Durante la Segunda Guerra Mundial, en China competían tres regímenes: el de Chiang Kai-shek en Chonking, estrechamente aliado con los estadounidenses y los británicos; el de los comunistas de Mao Zedong, en su mayor parte en el noroeste de China; y el de Wang Jingwei, promovido y apoyado por los japoneses en Nanking. Resulta revelador que, con pocas excepciones (la de Wang entre ellas), los colaboracionistas projaponeses no sufrieran después de la guerra un castigo como el de los colaboracionistas pronazis en Europa. Un ejemplo: el projaponés Sukarno de Indonesia se mantuvo, llegando

a convertirse en el líder nacional de este país inmediatamente después de la guerra. En resumen, el anticolonialismo y el nacionalismo habían llegado a ser casi la misma cosa, y en casi todo el Tercer Mundo.

Las consecuencias más complicadas y duraderas de las dos guerras mundiales –complicaciones que se agudizaron con la guerra fría– fueron las relativas a "Oriente medio". Este término geográfico requiere también su explicación. Hasta 1945, pongamos, estaban Oriente próximo y Oriente medio. El primero comprendía los estados y territorios situados al oeste de la India; el segundo, la India y algo de la zona occidental del sudeste asiático de extremo Oriente. La expresión "Oriente próximo" ya ha desaparecido, lo que puede que se eche de menos desde el punto de vista geográfico (aunque quizá no del político), desde el momento en que el desarrollo y la historia de la India durante los últimos sesenta años han sido diferentes de los de la mayoría de los estados que hay al oeste de ella, es decir, de lo que nosotros llamamos, imprecisa pero quizá significativamente, Oriente medio.

El acontecimiento más importante de Oriente medio, y con consecuencias a más largo plazo, tuvo su origen en la Primera Guerra Mundial: la ruptura del imperio otomano. Incluso antes de 1914, el dominio y la soberanía de Turquía sobre buena parte de su imperio eran débiles. En 1917, los británicos expulsaron a los turcos de Palestina y de otros lugares, e hicieron la llamada declaración Balfour, que les garantizaba a los judíos, después de casi dos mil años, una patria en Palestina. Turquía se rindió a los aliados seis semanas antes que Alemania. Su imperio desapareció. Pero entonces surgió un héroe y salvador nacional, Mustafá Kemal Ataturk, que logró reparar al menos las mutilaciones más insensatas y dañinas que, en 1920, le habían impuesto a Turquía los aliados, incluida Grecia. El tratado de Sèvres se revisó en 1923 con el tratado de Lausana. Por entonces, Ataturk derrotó y expulsó a los griegos de los importantes enclaves que conservaban en Turquía, lo que hizo de este país un estado sólido, estable y casi homogéneo, gracias

también a la aceptación de la pérdida de la mayor parte de su antiguo imperio. Este es uno de los pocos ejemplos históricos en que la amputación de territorios enormes y en el exterior resulta un beneficio incuestionable para la madre patria.

Los británicos mantenían ahora Palestina, donde debían tener cuidado de no ganarse la enemistad de la enorme población árabe. Intentaron limitar la migración de grandes contingentes de judíos a Palestina. Los franceses establecieron un protectorado sobre Siria y el Líbano. Todo esto se terminaría poco después de la Segunda Guerra Mundial. Durante esta, en 1941, los británicos tuvieron que contener una sublevación nacionalista en Irak, y vencieron. Más avanzado el año, derrocaron, junto con la Unión Soviética, al sah de Persia, poniendo a su hijo en el trono. Ambas ocupaban entonces las zonas norte y sur del país, importantes para el tránsito del armamento y los suministros que Estados Unidos enviaba a Rusia. Poco después de 1945, Irán fue el escenario de un breve episodio que anticipaba la guerra fría. En enero de 1946, los soviéticos intentaron separar dos de las provincias del norte de Irán, manteniendo sus tropas en ellas. Un año después, Stalin consideró que era mejor dejarlo. Por aquel tiempo, la influencia de Estados Unidos en Oriente medio había llegado a ser más importante que la de Gran Bretaña. Uno de los elementos decisivos para ello fue la importancia cada vez mayor del petróleo de Oriente medio, especialmente en Irán, Kuwait y Arabia Saudita. De 1940 a 1950, la producción de petróleo de Oriente medio se incrementó seis veces; diez años más tarde, equivalía a más de la mitad de la producción mundial.

En 1951, después de que el líder de Irán fuese asesinado, un extraño personaje político, Mohammad Mosaddeq, obligó al sah a que le hiciera primer ministro de Irán. Mosaddeq nacionalizó de inmediato la industria petrolera iraní, expulsando a las compañías británicas y a sus expertos, que eran los que la gestionaban. En 1953, el presidente Eisenhower y la CIA ayudaron a derrocar a Mosaddeq y a restaurar la autoridad del sah. Estados Unidos

reemplazó de esta manera a Gran Bretaña –que había mantenido tradicionalmente la primacía en el apoyo a la independencia iraní–, convirtiéndose en su principal aliado económico occidental. Esto no tuvo demasiada importancia, al menos por un tiempo. En la década de 1950, los principales contenciosos, problemas e incluso guerras tuvieron lugar en lo que en su día se llamó Oriente próximo, con la implicación de muchos estados y naciones árabes (incluido Egipto), además de Israel.

Muchos de los árabes de Oriente medio tenían un lenguaje común y una religión común, el islam. Su población se incrementaba a una velocidad enorme. Pero no estaban unidos, y sus intentos de unión –aunque fuese parcial– fracasaron. Sí estaban unidos contra Israel, debido a la enorme población árabe existente en Palestina. Poco después de 1945, los británicos se dieron cuenta de que su presencia en Palestina-Israel había dejado de ser útil. Gran Bretaña, Estados Unidos e incluso la Unión Soviética acordaron en 1947 recurrir a la ONU, que propuso que Palestina fuese dividida en dos estados: uno judío y otro árabe. Pero los estados árabes no aceptarían la existencia de un estado judío. En mayo de 1948, los británicos se marcharon, y los israelíes declararon inmediatamente la creación de un estado judío. Seguidamente, los estados árabes de Egipto, Siria, Transjordania, el Líbano e Irak atacaron Israel. Esta guerra la ganaron los israelíes, pese a su inferioridad numérica: combatieron mejor que sus enemigos, cuyos ejércitos no estuvieron unificados. Al final, se declaró una especie de alto el fuego, aunque muy frágil e imperfecto.

En 1948, tanto Estados Unidos como la Unión Soviética apoyaron a Israel. Esto no duró mucho, en gran parte debido al poder creciente del nacionalismo y el populismo árabes. En 1952, en Egipto, el rey Faruk fue derrocado por oficiales del ejército, y pronto un excoronel, Gamal Abdel Nasser, se puso al mando del gobierno y empezó a recibir armamento de la Unión Soviética. En 1956, declaró la nacionalización de la compañía del canal de Suez, construido y gestionado por Francia y Gran Bretaña. Los gobiernos de estas

antiguas potencias, ya hostigadas y mermadas en otros terrenos por los nacionalistas árabes, decidieron –tras dudar un poco, y en contra del secretario de Estado de Estados Unidos, John Foster Dulles– plantar cara, e incluir a Israel en sus planes. Este avanzaría a través de la península del Sinaí hacia el canal, y allí se detuvo; mientras, las armadas y las fuerzas aéreas francesas y británicas caerían sobre el canal y se lo cerrarían a Egipto. Fue una guerra breve y brillante. La Unión Soviética amenazó con intervenir, sin demasiado efecto. El presidente Eisenhower intervino, con considerable efecto. En menos de una semana, los israelíes, los británicos y los franceses se retiraron. Menos de dos años después, una revolución acabó con la monarquía de Irak, en su día probritánica. Poco a poco, de forma esporádica, se fueron enviando tropas estadounidenses a distintos países de Oriente medio.

Ningún país árabe iba a aceptar la existencia de Israel. No había acuerdo sobre las fronteras, sino solo líneas de alto el fuego entre Israel y sus vecinos. Israel era un estado viable y enormemente próspero, pero tenía una población de menos de tres millones de habitantes, mientras que la suma de la población de los países árabes que lo rodeaban era diez veces superior. Estos constituyeron la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), pero en otros aspectos no estaban unidos. En mayo de 1967, Nasser amenazó con cerrar la embocadura sur del Sinaí, cortándole a Israel la salida al mar, aunque poco más quizá. Los israelíes consideraron que era el momento de una guerra preventiva. El 5 de junio atacaron Egipto, y a continuación Jordania y Siria. En menos de seis días, derrotaron a estos tres ejércitos. Se produjo entonces otro alto el fuego. Ni la Unión Soviética ni Estados Unidos habían intervenido. El estado de Israel adquirió entonces considerables territorios, pero también una gran cantidad de población árabe en Cisjordania, fuente de problemas entonces y a partir de entonces.

En octubre de 1973, hubo otra guerra corta entre Egipto e Israel, que terminó en tablas. Pero mientras tanto, los líderes de los estados árabes y los de Irán se dieron cuenta de que contaban con

un poderoso instrumento, no solo para aumentar sus propios ingresos, sino también para influir sobre las grandes potencias, Estados Unidos inclusive. Este instrumento era su capacidad para controlar los precios del petróleo. Comenzaron por subir el del suyo casi en un setenta por ciento, y enseguida estaban triplicándolo. Pero he aquí otro ejemplo de cómo los efectos de los asuntos económicos y financieros, aun los más extremados, son mucho menos decisivos de lo que se suele pensar. Estos ingresos financieros nuevos y asombrosos no cambiaron apenas la vida, ni siquiera la mente, de la mayor parte de los habitantes de estos países productores de petróleo. Tuvieron mucha más importancia sus revoluciones políticas, con sus jefes y lemas populistas y nacionalistas. Las monarquías de Libia e Irak desaparecieron. Más importante fue el caso de Irán. Su sah fue derrocado en 1979 por un movimiento revolucionario islámico y su ayatolá (Jomeini). Y esto en un estado cuyos ingresos se habían duplicado e incluso triplicado poco antes, y donde millones de personas tenían automóvil.

Un acontecimiento encomiable fue el acuerdo de paz firmado entre Egipto e Israel en 1979, auspiciado por el presidente de Estados Unidos, Jimmy Carter. Hasta la fecha, este ha sido el primer y único acuerdo de ese tipo entre Israel y uno de sus vecinos árabes. Fue alentado por el sucesor de Nasser en la presidencia de Egipto, Anwar el-Sadat, que sería asesinado dos años después. En 1989, el final de la guerra fría no produjo ningún cambio sustancial en Oriente medio. El nacionalismo populista siguió siendo el orden (o el desorden) del día, como por ejemplo en el caso de la hostilidad radical e irreflexiva de Irán contra Estados Unidos.

El estado y país de Afganistán (que en realidad no forma parte de Oriente "medio") fue atacado e invadido por Rusia, tras la eliminación de un gobernante supuestamente procomunista por parte de otro jefe tribal; pero los rusos, no por vez primera en la historia de Afganistán, fueron derrotados y se retiraron. Estados Unidos decidiría enviar una parte de su ejército a Afganistán más tarde: otro movimiento insensato. Pero para entonces, no solo la

guerra fría había terminado, sino también el siglo xx histórico. En Oriente próximo ese siglo había empezado también en 1914, pero no acabó en 1989. El nacionalismo populista de Oriente medio continúa.

En todo el siglo xx, no hubo ninguna colisión real entre Rusia y Estados Unidos en la mayor parte del inmenso continente asiático. Con el caos de la revolución bolchevique y la guerra civil subsiguiente, Japón intentó alcanzar una posición importante en el extremo Oriente ruso en 1920, pero luego se retiró, en parte debido a la presión estadounidense. Hemos visto que Estados Unidos y Rusia fueron aliados en 1945, brevemente, contra Japón. Durante la guerra de Corea, cada uno se cuidó de mantenerse apartado del otro. El elemento discordante era la relación de China con el comunismo. En 1989, de todas formas, China era ya un país amigo (o algo así) de Estados Unidos, además de su proveedor, y era cada vez más capitalista, aunque oficialmente se mantuviese en el comunismo. Excepto en Corea del Norte, ya no existían regímenes comunistas rígidos en ningún punto de extremo Oriente o el Sudeste asiático. En Asia, había ahora cuatro potencias grandes o importantes: China, la India, un renacido Japón y Rusia, con sus posesiones imperiales en el norte. Un orden geográfico cuatripartito, con una situación muy distinta de la de Oriente medio y África, y no del todo alejada de la que había en el pasado.

Lo que, al principio de la guerra fría, pareció que iba a cambiarlo todo (pero solo lo pareció) fue el triunfo de los comunistas en la guerra civil china. De repente, daba la impresión de que más de la mitad del mundo se había vuelto roja. Aunque Rusia siguió siendo Rusia, y China, China. Desde el comienzo de la guerra fría, hubo conflictos en los dos países. Stalin prefería dos Chinas en vez de una. Mao Zedong, el dirigente dictatorial de la nueva China comunista, no tenía buena predisposición hacia Stalin ni hacia Rusia. Entretanto, durante más de veinte años, ni las ideas de Mao ni su gobierno les hicieron ningún bien a China. Su colectivización y nacionalización de la agricultura y la industria chinas fueron enormemente perjudiciales; sus declaraciones doctrinales "que

florezcan mil flores" (animando a los ciudadanos a que expusieran sus puntos de vista) y "el gran salto adelante" (la campaña para modernizar rápidamente la economía china) fueron desastrosas, con el resultado de millones de muertos. La Unión Soviética le hizo algunas concesiones territoriales a China en 1954-1955, pero esto no supuso una mejora efectiva de sus relaciones. A finales de esa década, su desconfianza mutua era evidente. Jruschov rescindió los acuerdos militares de Rusia con China; durante un conflicto fronterizo entre China y la India, declaró que ambos países eran amigos de la Unión Soviética. Diez años después, los ejércitos de China y de Rusia combatieron durante al menos un mes a lo largo del río Ussuri. El presidente Nixon proclamó su amistad con China, visitó Pekín y estrechó entre sus brazos al marchito y tambaleante Mao. Nixon se veía a sí mismo como un gran estadista que jugaba la carta china. En realidad, eran los chinos quienes estaban jugando la carta estadounidense. Mao murió poco después, y lo primero que intentó su sucesor fue convertir el país (entonces con más de setecientos millones de habitantes) en una gran potencia industrial, e incluso financiera. Pero, aunque podían ser tolerantes en algunos aspectos, en la política todavía no. En 1989, una gran multitud compuesta por estudiantes se manifestó contra el gobierno en una gran plaza de Pekín, y la policía la aplastó brutalmente.

Ni la India ni Japón se hicieron comunistas. En estos dos países apenas hubo atracción por el comunismo, ni por lo tanto influencia del partido comunista. En la India se tenía un gran recuerdo de la relativa benevolencia del antiguo gobierno británico y de sus beneficios, lo que, aunque a menudo no se reconociera, constituía una ventaja. Por su parte, los británicos (a diferencia de los franceses, e incluso de los holandeses) decidieron aceptar la independencia de la India muy poco después de la Segunda Guerra Mundial. Se retiraron en 1947. El líder político indio Jawaharlal Nehru, inteligente y oportunista, ayudó en la transición. Sorprendentemente, los más de quinientos principados de la India, con sus marajás, estuvieron conformes. Pero grandes zonas del noroeste y del este de la península del Indostán no estaban

habitadas por hindúes, sino por musulmanes. Por fortuna, tanto Nehru como el líder musulmán, Muhammad Ali Jinnah, comprendieron que su coexistencia dentro de un mismo estado indio era imposible. De ahí que se llevara a cabo una partición de la gran península del Indostán: en un lado Pakistán, un estado musulmán en el noroeste; en el otro Bangladesh, un enclave musulmán más pequeño en el sudeste, a mil quinientos kilómetros de distancia. La partición condujo a la migración y al desplazamiento de millones de personas, y a la muerte de decenas de miles. Pero, aunque fuese imperfecta, no dejaba de ser una solución. Durante décadas, la India y Pakistán discutieron e incluso se enfrentaron a lo largo de sus fronteras, especialmente en Cachemira, de población mixta (mayoritariamente musulmana). En 1962, la India se enfrentó en una pequeña guerra con China, cuyas tropas traspasaron las fronteras de su estado.

La India y Pakistán se enredaron en más de una miniguerra en la década de 1960. Más tarde, Bangladesh proclamó su independencia, lo que supuso una gran pérdida para Pakistán. Los propios problemas internos de la India eran importantes. En la mayoría de los casos, tenían que ver con el lenguaje, ya que había numerosas partes del país en que los idiomas hablados, aunque no del todo alejados, eran distintos del hindi. De vez en cuando, el subcontinente se veía golpeado por rebeliones, revueltas provinciales, disturbios sangrientos y movimientos en favor de la separación o la autonomía, lo que comprometía su unidad. La práctica de las elecciones, democrática y cada vez más populista, la salvó de la ruptura; la mejora progresiva del nivel de vida y su creciente población también contribuyeron. En 1966, Indira Gandhi (la hija de Nehru) fue elegida primera ministra. Gobernó durante diez años, y fue elegida de nuevo en 1980; cuatro años más tarde la asesinaron. Tenía un notable talento como líder, pero se dedicó a gobernar cada vez más por decreto. Su hijo, Rajiv, fue primer ministro de 1984 a 1990. La guerra fría y el siglo xx histórico habían terminado, mientras que la democracia electoral en la India se mantenía. *"Pourvu que ça dure!"*, ¡ojalá que dure! (como decía

Leticia Bonaparte siempre que le llegaba la noticia de una nueva victoria de su hijo Napoleón).

El beneficio mayor y más permanente que Estados Unidos les proporcionó a los japoneses en 1945 fue dejarles su emperador y sus consejeros, así como, en lo esencial, su orden político. Japón había tenido mucho éxito antes de la Segunda Guerra Mundial. Durante la primera, había incrementado su influencia y su poder (un ejemplo: en 1917, hasta había una flota de destructores japoneses en el Mediterráneo). Tras la guerra, Japón amplió sus posesiones y su influencia en el Pacífico occidental y en China. Los británicos consideraron que debían elegir entre Estados Unidos y Japón; por supuesto, prefirieron al primero. La armada estadounidense y la japonesa habían contemplado la posibilidad de una guerra en el Pacífico. Los japoneses consideraron que debían elegir entre expandirse a Siberia, contra Rusia; expandirse por el Pacífico occidental, contra Estados Unidos, al menos indirectamente; o expandirse hacia el este y el norte de China. Dos potencias fuertes y una muy débil. Optaron por avanzar contra China.

Los japoneses habían tenido una posición firme en el continente asiático desde 1910, dominando Corea. En 1931, conscientes de las limitaciones financieras y de otro tipo de las potencias británica y estadounidense, convirtieron la Manchuria china en un estado satélite de Japón (Manchukuo). Al año siguiente, avanzaron más al sur. En 1937, tuvo lugar una guerra a gran escala entre China y Japón. Para 1939, China había sido expulsada de todo el mar de China, que se había convertido en un mar fundamentalmente japonés. Un año después, comenzó la Segunda Guerra Mundial en Europa, y Japón se unió en un pacto tripartito a Alemania e Italia. Gran Bretaña y Estados Unidos apoyaron a China. En 1940, Japón tenía un ejército y una armada formidables, únicos en todo extremo Oriente y en toda Asia. Había construido los mayores acorazados del mundo. El armamento moderno de Japón era sorprendente, en un país cuya producción de acero constituía un pequeño porcentaje respecto a la de Estados Unidos. (Entre otras cosas, Japón construyó

un impresionante caza, el *Zero*). A lo largo de 1941, Japón y Estados Unidos se fueron aproximando cada vez más a la guerra. El curso de esta ya lo conocemos: el final de las negociaciones entre ambos, Pearl Harbor, seis meses ininterrumpidos de triunfos japoneses, y luego el progresivo socavamiento de Japón por parte de Estados Unidos.

Tokio había quedado en buena parte hecha añicos por los bombardeos, Hiroshima y Nagasaki fueron destruidas por las bombas atómicas estadounidenses, Rusia declaró la guerra a Japón justo al final, Japón abandonó todas sus conquistas en extremo Oriente, incluida Corea. Pero el país y su pueblo se recuperaron muy rápido. (También su memoria. Aceptaron con facilidad la victoria de Estados Unidos y su ocupación de Japón). La guerra de Corea, 1950-1953, supuso un impulso para Japón, ya que la estrategia estadounidense, además de otras cosas, dependía de este enemigo reconvertido en aliado. Lo que siguió fue una larga estabilidad política, junto con un crecimiento espectacular de la prosperidad material, sin interrupción salvo en unos pocos años de la década de 1970. En 1989, al final del siglo histórico, la renta per cápita de Japón era ligeramente superior a la de Estados Unidos. Los japoneses se dispusieron a incrementar sus fuerzas armadas (los gastos mínimos en ellas habían desempeñado un papel decisivo en el éxito de sus balances), y hubo algunos roces con China, aunque no muchos. Con todo, las relaciones entre Japón y China pueden ser una de las cuestiones abiertas –si no la principal cuestión– del siglo XXI. En el continente asiático, un extraño residuo del pasado reciente es la dictadura comunista de Corea del Norte: un problema para China, y a la vez para Japón.

Indochina, situada al sur de China y al sudoeste de Japón, no salió indemne de la guerra fría. Desde el siglo XIX había sido una colonia francesa enormemente próspera; luego fue ocupada por los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial, y al final de esta entregaron una parte (Vietnam) al jefe comunista nacionalista Ho Chi Minh. Los franceses intentaron restablecer su autoridad en la

posguerra, con éxito solo en las partes de Indochina correspondientes a Laos y Camboya; pero encontraron un adversario a su altura en Ho Chi Minh y sus generales de la guerrilla, que los derrotaron en Dien Bien Phu, en 1954. Creyendo en la teoría del dominó –según la cual, la caída de un país en el comunismo conduciría inexorablemente a la caída también de sus vecinos–, Estados Unidos empezó a enviar tropas a Vietnam del Sur. En 1964, un ejército estadounidense entero se había establecido allí. El presidente Lyndon Johnson, recordando el aislacionismo de Estados Unidos, quiso ganar aquella guerra. Pero fracasó. Vietnam del Norte no fue derrotado; luego hubo un armisticio. En 1975, todos los países de la antigua Indochina –Vietnam del Norte y del Sur, Camboya y Laos– estaban bajo regímenes comunistas, aunque no del todo unidos entre sí. Las siguientes fichas del dominó, al sur de estos países, no cayeron. Tailandia y Malasia no fueron comunistas. En esta última, los británicos obtuvieron, quizá por última vez, una difícil victoria militar sobre los comunistas y la guerrilla; luego abandonaron el país. El resultado fue una Malasia independiente, y al sur una ciudad-estado, Singapur. Al término de la guerra fría, las relaciones entre Estados Unidos y Vietnam estaban casi normalizadas.

Los continentes más meridionales del mundo, Australia y Nueva Zelanda, fueron miembros valientes y decididos del imperio británico en ambas guerras mundiales. Sus soldados y marinos (y a veces sus generales) prestaron una gran ayuda, decisiva en ocasiones, a su madre patria. No estuvieron directamente amenazados por ninguna potencia enemiga hasta 1942, en que los japoneses se aproximaron al noroeste de Australia; pero este peligro se desvaneció enseguida, en gran parte por la presencia de la fuerza naval estadounidense. Tras la guerra, y durante el resto del siglo, la principal preocupación de Australia fue la inmigración a un continente aún vacío en gran parte. La perspectiva de que un buen número de asiáticos y otras personas de raza no blanca se trasladaran a Australia o Nueva Zelanda no se materializó. La estabilidad democrática y la prosperidad de las antípodas se mantuvieron a lo largo de la guerra

fría, en la cual –al contrario que en las dos guerras mundiales– apenas participaron.

Durante el siglo XX (para ser precisos, a partir de la Segunda Guerra Mundial), los cambios más radicales y siniestros en la geografía política, social y racial del mundo tuvieron lugar en África. Este enorme continente permaneció al margen de las dos guerras mundiales, a excepción del norte, donde en la segunda, los ejércitos británico, alemán e italiano combatieron en Libia y en la parte occidental de Egipto, y los estadounidenses, por un breve periodo, en Argelia y Túnez. Hacia 1940, casi todo África seguía colonizada por potencias europeas: Francia, Gran Bretaña, Bélgica, Portugal, Italia y España. (La Unión Sudafricana formaba parte, con autogobierno, de la Commonwealth). Egipto era una especie de protectorado británico. La colonización de África había sido relativamente reciente: casi toda había tenido lugar durante la segunda mitad del siglo XIX. Hemos visto que, a principios del XX, solo había dos estados independientes o no coloniales en África: Liberia, en el oeste (fundado por antiguos esclavos afroamericanos), y Abisinia, en el este. Acabada la Segunda Guerra Mundial, la geografía política de África no había cambiado aún. Pero pronto las colonias de las potencias blancas desaparecerían. Les sucedieron, en casi todas partes, desórdenes sangrientos.

En las colonias francesas del norte de África fue diferente. Francia había ocupado Argelia y se había asentado en ella en 1830, con Túnez lo hizo cincuenta años más tarde. En el siglo XX, aproximadamente un millón de franceses (además de italianos y españoles) vivía en Argelia, la única presencia sustancial de población blanca en África, con la excepción de los de origen holandés y británico en el lejano sur del continente. Los franceses, tras la Segunda Guerra Mundial, estaban decididos a mantener estas tierras y sus pueblos. Después de quince años de lucha, abandonaron. Aquel millón de franceses perdió lo que para muchos de ellos eran las tierras de sus antepasados, retirándose a Francia con amargura. Incluso el general De Gaulle, que en 1958 volvió a

asumir la presidencia de Francia e intentó mantener una presencia francesa en Argelia, se dio cuenta de que ya no era posible; le reconoció la independencia a ese país en 1962. Túnez y el Marruecos francés la habían alcanzado sesenta años antes. En la larga guerra argelina, murieron al menos medio millón de personas. A principios de 1990, hubo en Argelia una guerra civil encarnizada. Pero lo que una vez fue el norte de África francés quedó por lo general libre de la barbarie y el caos que afectaron a casi todo África, en parte gracias a sus primeros dirigentes tras la independencia, que eran de formación francesa.

En 1960, Bélgica y Gran Bretaña (y Francia al sur y al oeste del Sáhara) dejaron sus colonias; Portugal les siguió unos catorce años después. De pronto, unos treinta "estados" de África declararon su independencia y su soberanía, estableciendo sus nuevas fronteras. Muchas de estas entidades se crearon a lo largo de líneas geográficas artificiales. En 1990, había unos cincuenta estados de este tipo, entre ellos algunas islas próximas a África en el océano Índico, como miembros de la ONU. Algunos de tales "estados" mantuvieron guerras cortas con algún otro. Casi todos ellos se vieron envueltos en guerras civiles que, en la mayoría de los casos, eran conflictos tribales, durante los cuales, y después, fueron asesinados cientos de miles de personas. Casi todo esto empezó inmediatamente después de la "independencia"; por ejemplo, en el antiguo Congo belga, devastado por una bárbara guerra civil (o mejor dicho, incivil) entre sucesivos líderes tribales. Resumir o incluso enumerar estas guerras y asesinatos masivos en África requeriría quizá docenas de páginas. No es exagerado afirmar que, a partir de 1960, la mayor parte de África se sumergió en el caos o estuvo marcada por él. La mayoría de los nuevos "estados" africanos pasaron a estar gobernados por dictadores y tiranos, todos ellos llegados al poder mediante actos militares sangrientos, para los que la expresión clásica de "golpe de estado" resulta inadecuada. El título y el tema de *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, escrito en el siglo XIX, podría aplicarse a la mayor parte de África un siglo más tarde.

En la década de 1970, la Unión Soviética apoyó por doquier estas tiranías, aprovechando que algunos de los dictadores (en Abisinia, por ejemplo) se declaraban "marxistas". Esto no duró mucho. Más lamentable fue la política estadounidense, bajo Reagan, de sostener y apoyar todo régimen africano que se autoproclamara anticomunista. (A modo de ejemplo: en 1981 o 1982, este presidente recibió en la Casa Blanca al tirano Samuel Doe, gobernante de Liberia; el hombre al que se le había visto presidir un espectáculo en el que sus soldados, tras vencer y capturar a uno de los opositores al régimen, se comieron partes de su cuerpo, caliente todavía. Dos años después, en otra ceremonia, el siguiente gobernante, Charles Taylor, le cortó una oreja a su rival y se la comió).

Las dos únicas zonas de África donde siguió habiendo una población blanca importante fueron Rodesia y Sudáfrica. En la primera, los blancos ofrecieron una fuerte resistencia contra el gobierno de mayoría negra, pero esto duró solo unos años; un tiempo después, Rodesia se convertiría en Zimbabue. En la antigua Unión Sudafricana, los blancos y los "de color" (hombres y mujeres de raza mixta) representaban el treinta por ciento de la población; la población de origen holandés y británico mantuvo el *apartheid* (separación de las razas) establecido por la legislación aprobada después de la Segunda Guerra Mundial, pero el sistema de segregación sería finalmente derogado sin guerra civil. Hizo falta un hombre extraordinario, Nelson Mandela, sin el que un compromiso así difícilmente hubiera sido posible; este líder negro, tras permanecer un cuarto de siglo en prisión, se unió al presidente sudafricano, F. W. de Klerk, en un acuerdo para abolir el *apartheid* y aceptar un gobierno mayoritario en Sudáfrica. Esto ocurrió en 1989 y en los años siguientes, cuando el siglo xx histórico había concluido.

Lo que hicieron los sucesores de Mandela, y lo que vayan a hacer, no pertenece a este libro. Pero quizá sí encaje aquí un poco de especulación histórica. A finales del siglo xx, en África y en Oriente medio solo quedan dos lugares con una cantidad importante de

población blanca: Sudáfrica, en la punta sur de este vasto continente, y a miles de kilómetros de distancia, en la orilla occidental de Asia, el estado de Israel. ¿Seguirá siendo así dentro de cien años?

Por último, aunque no menos importante, debo volver a la América Latina del siglo xx. "Sudamérica y Centroamérica" sería una denominación más adecuada, o "Latinoamérica", menos precisa pero reveladora. Se trata de otro vasto continente, de casi veinte millones de kilómetros cuadrados. Los exploradores españoles y portugueses ya lo habían cartografiado y habían empezado a asentarse allí antes de hacerlo en Norteamérica. A diferencia de esta, América Latina nunca tuvo un número demasiado elevado de colonos procedentes del viejo mundo. Es sorprendente que en general, a lo largo de cinco siglos letárgicos y rudos, las poblaciones de Sudamérica y Centroamérica, cada vez mayores y más mezcladas, conservaran de manera preeminente la religión católica romana, al igual que el idioma, fuese el español o el portugués. Los ejemplos de las revoluciones francesa y estadounidense tuvieron su incidencia, aunque tardía, a partir de 1815, en unos pocos hombres de sus reducidas clases dirigentes. El resultado fue una serie de guerras de independencia contra la débil España; independencias que se fueron alcanzando en los años sucesivos. En 1867, México se rebeló contra el breve gobierno de un emperador europeo. Brasil, también independiente, mantuvo a su emperador de la dinastía portuguesa hasta 1889. Cuba se rebeló contra España algo más tarde, y logró su semiindependencia, con el apoyo del ejército de Estados Unidos, en 1898.

Durante la Primera Guerra Mundial, Brasil envió un pequeño ejército a Europa, para que combatiera junto a los estadounidenses y los británicos. En el periodo de entreguerras, Gran Bretaña cedió el paso a Estados Unidos en cuanto a presencia e influencia en Sudamérica. En la Segunda Guerra Mundial, Argentina fue neutral; en octubre de 1945 (de nuevo, extrañamente, después de que Alemania hubiera sido derrotada), el general Juan Domingo Perón, que había mostrado

simpatías por los alemanes, asumió el poder durante una docena de años. Pero la dependencia de Estados Unidos era todavía un factor fundamental, sobre todo en Sudamérica. En Centroamérica, los sentimientos y la política tendieron a ser distintos. En México, un partido radicalmente anticatólico y antiestadounidense gobernó a finales de la década de 1920 y en la de 1930, intentando expropiar, entre otras cosas, las propiedades petroleras que Estados Unidos tenía allí; por fortuna, no hubo conflicto armado entre ambos países (salvo unas cuantas incursiones menores a lo largo de sus fronteras durante la Primera Guerra Mundial). El habitual caos político de México se calmó antes de 1939. Las ciudades de América Latina experimentaron un crecimiento enorme. A finales del siglo XX, Ciudad de México tenía diecinueve millones de habitantes, Río de Janeiro diez millones y Buenos Aires once millones, mientras que muchos habitantes indígenas rurales, como también muchos habitantes de las aglomeraciones urbanas, seguían siendo muy pobres.

En los siglos XIX y XX se produjeron pocas guerras entre los estados de América Latina. No hubo ninguna en Sudamérica, y solo dos miniguerras ridículas entre estados centroamericanos (Honduras contra Nicaragua y Honduras contra El Salvador, esta última a causa de un partido de fútbol). Pero la guerra fría afectó a algunos estados latinoamericanos, o mejor dicho, a sus ambiciosos líderes. Proclamaran lo que proclamasen, había un sentimiento esencial, que no era tanto el antagonismo entre el capitalismo y el comunismo como el antiamericanismo. El gobierno estadounidense y la CIA, sin embargo, tendían a pensar lo primero: les preocupaba el peligro del comunismo y el apoyo soviético a estos estados y líderes. Hubo algunas pruebas de esto último, pero no muchas. Por ello, la CIA, con la ayuda de otros estados centroamericanos, derrocó al gobernante de Guatemala en 1954, y en 1973 ayudó a deponer y eliminar al presidente chileno libremente elegido, Salvador Allende. Más importante, por supuesto, fue el problema de Cuba. Su dictador, Batista, fue vencido en 1959 por el antiguo líder guerrillero Fidel Castro. Este buscó entonces la ayuda de la Unión Soviética, situada a más de medio planeta de distancia. Ya hemos visto de qué modo

desembocó todo esto en una peligrosa crisis entre Estados Unidos y la Unión Soviética: intentos estadounidenses parciales e indecisos por derrocar a Castro, frenéticos esfuerzos de este por obtener apoyo de los rusos, decisión de estos de enviarle misiles defensivos a Cuba en 1962, súbita retirada de los rusos. Castro se mantuvo, física y mentalmente enfermo. Estados Unidos decidió ser prudente y no invadir Cuba. (Mandó tropas al vecino de Cuba, la República Dominicana, en 1965, a la pequeña isla caribeña de Granada en 1983 y a Panamá en 1989).

Una guerra extraña y episódica tuvo lugar en 1982. El presidente de Argentina, el militar Leopoldo Galtieri, decidió –probablemente para ganar apoyo nacionalista y populista– invadir y ocupar las islas Malvinas (Falklands), una solitaria posesión británica en el Atlántico sur, a veces reclamada por Argentina. Los británicos respondieron, hundieron uno o dos barcos de guerra y recuperaron las Malvinas en un mes. Galtieri se marchó, pero el populismo y el nacionalismo argentinos se quedaron.

A lo largo de la segunda mitad del siglo xx, muchos, o incluso la mayoría, de los estados latinoamericanos fueron gobernados por dictaduras militares. En 1989, el dictador de Panamá, Manuel Antonio Noriega, constituía un grotesco ejemplo de lo peor de ellos. Era un traficante de drogas a gran escala. A finales de diciembre de 1989, le declaró la guerra a Estados Unidos. Los marines de este país entraron en Panamá y lo derrotaron en diez días. Noriega se refugió en la legación del Vaticano; las fuerzas estadounidenses hicieron sonar cerca música de rock estruendosa para desquiciarlo, lo que no resultó difícil. Se entregó a los tres días, tras lo cual fue llevado a Florida, donde lo juzgaron y condenaron a cuarenta años de cárcel. Todo esto tuvo lugar en los ultimísimos días de 1989, al final de la guerra fría y del siglo xx histórico.

A algunos de los lectores de las páginas precedentes –si no a la mayoría– quizá les haya chocado o sorprendido la ironía, o incluso el sarcasmo, con que rechazo las dictaduras deplorables y ridículas del

llamado Tercer Mundo. Sus gobernantes importaban, y seguirán importando. Pero la palabra "rechazo" no es del todo correcta. Lo que a mí me interesa, y me debe interesar, son los súbditos de esos gobernantes. Nosotros, en Europa occidental o en Norteamérica, no debemos pretender que nuestras tradiciones sean superiores de un modo natural, ni quizá irrevocable, a las de los pueblos de África, Oriente medio o Centroamérica y Sudamérica. La "democracia", más que el "principio" –la igualdad de los seres humanos–, está avanzando, seamos conscientes de ello o no. Creo que es el designio de Dios. No espero que todos mis lectores lo vean así también. Aunque espero que la mayoría reconozca que el mundo se está democratizando, y que de algún modo avanzamos, no retrocedemos. El populismo y el nacionalismo son los peores (y, por desgracia, los más poderosos) componentes de la democracia. Si van a aplastarla para siempre, no lo puedo decir. Lo que me atrevo a decir es que hasta las personas más miserables y corruptas del Tercer Mundo son nuestros hermanos y hermanas.

La democracia anima a que mucha gente se desplace. El movimiento de los más pobres hacia las zonas más prósperas del mundo se ha venido incrementando, especialmente desde la década de 1960. Esto ha afectado a muchos países del oeste y del sur de Europa, pero sobre todo a Estados Unidos, donde los inmigrantes, la mayoría procedentes de México, constituían en 1990 el veinticinco o incluso el treinta por ciento de la población de California y Texas. Buena parte de esta inmigración ha sido ilegal. Debido a las condiciones geográficas, parar esto –o controlarlo siquiera– es muy difícil. Hasta hace poco, la asimilación y la integración de los hijos de los inmigrantes de todo tipo en Estados Unidos ha sido un éxito. Ignoramos si se mantendrá o no. Pero, ocurra lo que ocurra con las fronteras de los estados –esto es, con el mapa político del planeta–, el mapa demográfico está cambiando y seguirá haciéndolo. Todo indica que este movimiento de personas continuará en el siglo XXI.

XVII
LOS LÍMITES DEL CONOCIMIENTO HUMANO

Un siglo de transición – Herencias del siglo anterior – Logros positivos – Tecnologías – Cada vez menos entusiasmo por algunas aplicaciones – Decadencia de la cultura y la civilización – Carencias y algún reconocimiento del determinismo científico – Nosotros y nuestra tierra: de nuevo en el centro del universo

*E*l siglo XX fue un siglo muy de transición. Todos los siglos, naturalmente, son de transición entre otros dos siglos, pero el XX lo fue además entre dos edades: entre la llamada Edad Moderna y la siguiente. Algo similar había ocurrido en los siglos XVI y XVII : la transición entre la Edad Media y la Moderna, por más que estas denominaciones (en especial la segunda) no existieran todavía en 1700. Deberá pasar también mucho tiempo antes de que a la edad actual se le aplique un adjetivo o un nombre. No tiene sentido especular al respecto.

La historia no es nunca de una pieza, ni en la vida de un simple ser humano, ni en la de países enteros, ni menos aún en la de los continentes. Podemos arriesgar, con todo, algunas generalizaciones sobre los grandes cambios que tuvieron lugar en el siglo pasado, en tanto que han afectado (de diversos modos) a una gran variedad de pueblos de todo el planeta. Para empezar, creció la esperanza de vida de los seres humanos. Algunas enfermedades tradicionales quedaron controladas decisivamente o eliminadas. La escolarización de los niños fue mayor que en cualquier otra época de la historia. Ha sido asombrosa, en tanto desarrollo global, la progresiva universalidad del inglés como segunda lengua. Las comunicaciones han florecido de un modo antes inimaginable, y menos imaginable aún ha sido la ingente cantidad de información disponible para miles de millones de personas. Las hambrunas, registradas o no, se

hicieron menos frecuentes que en cualquier otra edad pasada. Algunas de las del siglo XX fueron provocadas por el hombre, por culpa de las dictaduras o de los desórdenes sociales. Causadas por el hombre fueron también los millones de muertes debidas a las guerras, las guerras civiles, las revoluciones, las persecuciones y las matanzas ocurridas entre 1914 y 1989. La mayor parte de ellas fueron posibles por los avances tecnológicos. Algunas de las proezas tecnológicas del siglo XX superaron casi todas las previsiones de apenas un siglo antes, como por ejemplo el logro de enviar seres humanos al espacio y que pudieran caminar por la superficie de la luna. Por supuesto, ha habido también escepticismo respecto a la tecnologización del mundo, algo sobre lo que volveremos.

Miles de millones de personas, puede que la mitad al menos de la población mundial, tenían mejores condiciones materiales de vida en 1989 que sus antepasados en 1914. Si eran más felices que ellos, no podemos decirlo; de hecho, a nadie le debería estar permitido especular siquiera sobre ello: ni a los historiadores, ni a los sociólogos, ni a los psicoanalistas, ni a los expertos en nutrición o en hormonas, ni siquiera a los pensadores y escritores más sensibles de nuestro tiempo (o el suyo).

Un siglo no empieza (ni acaba) súbitamente. La vida del siglo XIX –sus circunstancias materiales y, puede que más incluso, sus hábitos mentales– se filtró de muchas maneras en el siglo XX, y en él se mantuvo durante mucho tiempo. Entre estos procesos, uno de los más importantes fue el de la democratización del mundo. Las diferencias sociales se deshicieron, prácticamente hasta desvanecerse. En casi todas partes desapareció la influencia, e incluso la presencia, de las aristocracias más o menos tradicionales. Por supuesto, había riqueza y pobreza extremas, incluso en las democracias más avanzadas, pero las "clases sociales" tuvieron cada vez menos relevancia en la vida de menos personas. Lo que se fue volviendo paulatinamente más aceptable –e incuestionable– fue la idea de la democracia o, para ser más precisos, de la soberanía popular. En la mayoría de la gente, esto se tradujo en una atracción

por el populismo y el nacionalismo. Pocos comprendieron que el populismo no era el liberalismo, ni que el nacionalismo era diferente del patriotismo.

Las ideas paralelas de democracia y liberalismo pertenecían al siglo XIX, y se prolongaron en el XX. Pero la idea y la práctica de la democracia liberal de Europa occidental, Gran Bretaña e incluso Estados Unidos se volvieron impopulares en la mayor parte de los estados europeos (por no hablar de los latinoamericanos) poco después de la Primera Guerra Mundial. Un demoledor ejemplo de esto fue el ascenso de Hitler –y antes el de Mussolini–, con su amplia popularidad en Europa: hizo falta una segunda guerra mundial para acabar con ellos y su dominio. Pero la victoria de la Gran Bretaña de Churchill, del Estados Unidos de Roosevelt y, por supuesto, de la Rusia de Stalin no significaba una resurrección de los ideales y la práctica de la democracia liberal decimonónica. Mucho antes del final del siglo XX, "liberal" se convirtió a menudo en un calificativo impopular, en Estados Unidos y en otras democracias ya tradicionales (y, a partir de 1989, en la mayor parte de los estados de Europa oriental). Mucho antes del final del siglo XX, las denominaciones políticas clásicas de "liberal" y "conservador" perdieron buena parte de su significado, por más que ambas –sobre todo la segunda– empezaran a ser usadas inapropiadamente por la mayor parte de los "antiliberales". (El marxismo y el comunismo habían muerto para entonces).

Hay una honda sabiduría en esto que escribió Wendell Berry: "En lugar de la división entre 'liberales' y 'conservadores', o entre 'izquierdistas' y 'derechistas', empieza a insinuarse otra: entre quienes se ven a sí mismos como máquinas y quienes se ven a sí mismos como criaturas".[6]

Hay que tener en cuenta también lo que escribió hace ciento ochenta años Tocqueville, en el segundo –y poco leído– tomo de *La democracia en América:*

Dado que la civilización romana pereció tras la invasión de los bárbaros, quizá estemos hoy demasiado inclinados a pensar que la civilización no puede morir de otra manera. Si las luces que nos alumbran nunca llegaran a extinguirse, se oscurecerían poco a poco y como por sí mismas. A fuerza de limitarse a la aplicación, se perderían de vista los principios, y una vez que se hubieran olvidado los principios por completo, se seguirían mal los métodos que se derivan de ellos. Ya no se podrían inventar otros nuevos, y se emplearían sin inteligencia y sin arte sabios procedimientos que ya no se comprenderían.[7]

O la sorprendente profecía que hizo el gran Jacob Burckhardt hace siglo y medio: "El cambio abrupto de la democracia no tendrá ya como consecuencia el mando de un individuo, sino el de una corporación militar. Y quizá por ello se emplearán unos métodos para los que ni el más terrible déspota tendría entrañas". Métodos técnicos, desconocidos por los pueblos democráticos en cuyo nombre se emplean los medios cada vez más impersonales de hacer la guerra. Después del final del siglo estadounidense, uno de los mayores problemas no es tanto la omnipotencia estadounidense como el modo en que millones de estadounidenses, y muchos de sus políticos, creen en ella de manera insensata.

Con todo, la historia no es nunca de una pieza. Terminaré este breve libro dando cuenta de los primeros indicios de que la gente está empezando a tener dudas acerca de la tecnología, dudas de las que, por lo general, aún es apenas consciente, pero que con certeza existen. Al principio de este libro indiqué que, quizá en las edades democráticas sobre todo, los asuntos decisivos dependen menos de las condiciones materiales que de las mentales: de qué y cómo piensa la gente. Durante el siglo XX, no fueron alentadoras muchas de las señales al respecto. "Cultura" y "civilización" son términos difíciles (mejor dicho, imposibles) de definir o incluso de separar. Sin embargo, los patrones y las modas de la cultura y la civilización han decaído a unos niveles tales que quizá asistamos finalmente a algún tipo de reacción.

Todo esto es especulación; no así, en cambio, ciertas cosas que pueden entresacarse del registro del siglo que ha pasado. Algunas, por ejemplo, las encontramos en las artes. Los artistas, como suele decirse, son las antenas de la raza, pero ni la antena más sensible es un instrumento del todo independiente, separado de su contexto y de la atmósfera. En comparación con las obras de siglos anteriores, los nuevos estilos de arquitectura, pintura, literatura y música fueron efímeros: la mayoría no llevaron a ninguna parte. Por supuesto, hubo excepciones: unas pocas luces débiles en un universo artificial de veladuras engañosas.

Aunque también podemos detectar los primeros signos de disminución del entusiasmo por la tecnología, hacia la que en su día se tuvo una veneración sin límite. A finales del siglo XIX, hubo innumerables libros, artículos y todo tipo de manifestaciones de un optimismo desmedido sobre el futuro tecnológico, cuyos múltiples beneficios no se cansaban de profetizar. No detectamos nada parecido a finales del siglo XX.

Soy historiador, no profeta. Así que concluiré este libro mencionando, brevemente, que durante el siglo XX (e incluso antes, por aquí y por allá) empezaron a aparecer los primeros signos de una nueva tendencia de pensamiento. Una prueba significativa es que cada vez hay más personas conscientes de las catástrofes que puede producir la tecnología, desde las explosiones nucleares hasta las manipulaciones genéticas. Otro elemento, menos reconocido, es que la gente se empieza a dar cuenta de las carencias del determinismo científico: de cómo este depende de la causalidad mecánica (que, como señaló Aristóteles, no es más que una entre las diversas formas de causalidad humana); de cómo se adhiere a la creencia injustificada de que las mismas causas producirán necesariamente los mismos efectos; o de cómo rehúsa comprender, y en verdad ver, que la mente humana interfiere en estas mismas causalidades y las altera.

La prueba inicial de esta conciencia ha sido evidente en ámbitos que van de las bellas artes a la física: el reconocimiento de que los seres humanos participan incluso del acto mismo de ver, la conciencia corregida de que nuestro conocimiento mismo de la materia no es sino el resultado de nuestra participación en el universo material, mediante nuestras observaciones. Un ejemplo precoz de esto es la obra de los pintores impresionistas, cuyo arte dependía de la participación. La "realidad" puede ser externa, pero depende completamente de lo que el pintor ve. Esto es lo que nos propone un cuadro impresionista: el pintor puede ilustrar ("lustrar"), en el sentido original de ese verbo, cómo y qué vemos. Por ello, el impresionismo no fue un síntoma de decadencia, sino de aumento de la conciencia. De más está decir que estos pintores no conocían su significado histórico, pero el hecho es que su planteamiento se anticipó a la física cuántica en aproximadamente medio siglo. (Después, en el siglo xx, llegaron movimientos como el cubismo y otras formas abstractas de arte, así como la teoría de cuerdas en física. La degeneración fue espantosa, pero no durará).

Entonces, en la década de 1920 (la única década moderna, como he señalado), se produjeron avances profundos en el estudio de la materia misma. En la investigación sobre la fisión nuclear y la naturaleza del mundo subatómico, grandes físicos como Heisenberg y Niels Bohr formularon lo que sería conocido como el principio de incertidumbre, que quiere decir que lo que podemos conocer y ver de las partículas atómicas es inseparable de nuestra "observación" de estas, que además las altera: el que conoce no se puede separar de lo que conoce. De lo que se sigue algo más grande y profundo: que nosotros, en nuestro pequeño y cálido planeta, estamos (¿otra vez?, ¿de nuevo?) en el centro mismo del universo. El universo no fue, ni es, nuestra creación. Pero nosotros, los seres humanos, en esta tierra, lo hemos inventado, y de vez en cuando lo seguimos inventando.

Que este reconocimiento tuviese lugar durante la década de 1900, debería figurar como uno de los más importantes logros del siglo, y

ello a pesar de que pocas personas sean conscientes de su significación, incluidos muchos físicos. No importa: en adelante producirá todo tipo de resultados. Sería erróneo llamarle a esto el nuevo humanismo, desde el momento en que el viejo humanismo se erigió sobre la creencia de que los límites del conocimiento humano y de sus aplicaciones eran potencialmente ilimitados. Nuestros reconocimientos del siglo xx, por dispersos que estén y por poca conciencia que de ellos se tenga todavía, deben surgir, y así lo harán, no de la arrogancia, sino de la humildad humana. Tan importante quizá como el reconocimiento de nuestra situación central en el universo es el reconocimiento de que las limitaciones de nuestro conocimiento humano no nos restringen, sino que nos enriquecen.

[1] Me referiré ampliamente a ello en los capítulos posteriores.

[2] El 1 de enero de 1944, Churchill dio esta instrucción a sus tres jefes de estado mayor: "Espero que en adelante se supriman las expresiones del tipo 'invasión de Europa' o 'asalto a la fortaleza de Europa'".

[3] Hay que señalar que, bajo una monarquía alemana o austriaca, Hitler no habría llegado al poder; que, incluso durante la Segunda Guerra Mundial y la ocupación alemana, la mayoría de las monarquías parlamentarias de Europa se opuso a Hitler y al Tercer Reich; que el rey de Italia depuso a Benito Mussolini en 1943; que fue el emperador japonés, Hirohito, el mayor partidario de la paz en su país, contra los militaristas, y el que logró convencer a su pueblo de la necesidad de poner fin a la guerra. (Una sabia excepción en el antimonarquismo estadounidense fue la del presidente Harry Truman en julio de 1945, cuando, para la rendición de Japón, retiró la exigencia de que el emperador fuera depuesto). Pero a partir de 1945, las monarquías que quedaban en oriente, como Egipto, Irán, Afganistán o Indochina, ya no fueron apoyadas por los gobiernos de Estados Unidos.

[4] En español en el original. [*N. del T.*]

[5] John Lukacs, *El Hitler de la Historia. Juicio a los biógrafos de Hitler*, Saúl Martínez, tr., Turner-FCE, Madrid, 2003.

[6] Compárese con estas palabras de Goebbels, publicadas en la revista *Deutsche Technik* en febrero de 1939: "Los burgueses se mostraron ajenos y hostiles a la tecnología; los escépticos creyeron que en ella estaba el origen del colapso de la cultura europea. El nacionalsocialismo ha comprendido cómo llevar la estructura inanimada de la tecnología, y llenarla con el ritmo y los impulsos calientes de nuestro tiempo".

[7] Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, Raimundo Viejo Viñas, tr., Akal, Madrid, 2007.